

Geraldina Colotti

Prueba de vida




EL PERRO
y LARANA

narrativa



Prueba de vida



1ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2023

© Geraldina Colotti

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición y corrección

Nagdy Guevara Valecillo

Diagramación

Vilma Jaspe

Diseño de portada

Roberto Chávez Pabón

Hecho el Depósito de Ley:

ISBN: 978-980-14-5355-0

Depósito legal: DC2023001324

Geraldina Colotti

Prueba de vida

Primera parte

RECORDANDO A LIBO

Gina estaba tras las rejas desde unos años cuando sus padres le escriben que Libo está muerto.

“Se fue unos días antes que Lilli”, piensa con pesar.

Ese gracioso gato negro con una cola rayada, ojos azules y orejas desproporcionadas no lo había disfrutado. De él, como de Lilli, le hubiera gustado encontrar una manera de nunca separarse. Juntos, tal vez, encontrarían una salida.

Ahora mira las nubes oscurecer el último tramo del cielo: nubes hinchadas con esperas y abandonos, de los cuales solo ellos, prisioneros políticos, parecían preguntarse... ¡Trágate el chorro de retórica! Habría envejecido en la cárcel, pero no quería verse reducida a la caricatura de una mujer.

El sonido de un campanario lejano. O tal vez llega desde las sienas y el corazón. Escucha el verso de una tórtola, monótono y exhausto. Mira el reloj, mecánicamente, luego arregla las arrugas de la mano que inmediatamente desliza entre las rejas. Ya ha olvidado qué hora es, pero ya no quiere volver a girar la muñeca (lleva el reloj al revés). Deben ser casi las ocho de la noche. De hecho, desde las secciones opuestas, las reclusas

“sociales” comienzan a cantar más fuerte. La gruesa puerta blindada de la celda pronto se cerrará con doble entrega. Ignora las manos, ignora las campanadas, ignora... Tienes tiempo, en treinta años de condena, para memorizar todo el repertorio de canto gritado desde las celdas en frente...

“¿Por qué lo hace, por qué, mi amada chica desesperada?, ¿por qué?”. Es el año de Marco Masini: definitivamente un éxito en esas rejas...

Identifica las voces, imagina los gestos y expresiones de las mujeres que conoce. Amigas. Muchas cartas llenas de promesas, pronto olvidadas a las puertas de la prisión o después una dosis de droga. Pero esta vez, tal vez, Samantha, que ha estado fuera por un tiempo y escribió... Quién sabe, puede ser que se va al centro social. Ruidos de llaves. Una vuelta más y llegará la noche, adentro. ¿Si pudiera retroceder en el tiempo, esta llave tan pesada como las almas que encierra! Prueba una fórmula mágica, como una niña pequeña: “Grande llave del tiempo falso, llave hechizada, llave dorada, ¿Gire mi tiempo!”. Nada. Solo charlas de guardianes: es la cuenta.

“¿Por qué lo haces, por qué?”. Incluso detrás de las puertas blindadas, las voces se duplican.

“Esperamos encontrar una respuesta antes de la noche, de lo contrario, pobres tímpanos...”.

Gina se ríe a medias, detestándose a sí misma. No hay nada de qué reírse. Esos años oscuros e impredecibles, como una catástrofe, habían conmocionado al mundo: ¿Alejaron a todos los Libos y las Lillis del universo, espaciados por rejas infinitas, en los que flotaban juntos con sus sueños! Ahora

no tiene más que la falsa intimidad de esas noches, incluso el llanto medido por guardianas somnolientas.

—¡Pobre Libo! —dice en voz alta a las rejillas, al viento y a la lluvia que, junto con la cara de Lilli, traen un olor a gato mojado y sueños desaparecidos.

Esos sueños y esas armas que en ese momento, poco más que veinteañera, llevaba en el tren local. Lo había elegido cuidadosamente para pasar la noche y llegar por la mañana a su destino, sin correr el riesgo de tener que detenerse en un hotel. Pero el sonido de la puerta corrediza, totalmente percibido, confirmó que, a pesar de sus intenciones, había terminado durmiendo un poco: una ligereza imperdonable... Buscó el boleto en su chaqueta. En ese momento y en ese lugar solo podía ser el controlador. En cambio, enmarcó una figura femenina en la puerta. Instintivamente metió la mano en el bolsillo y encontró la pistola con la que actuaría, en caso de que hubiera tenido que abrirse una ruta de escape. Pero vio a una muchacha vestida como una “hija de las flores” y se controló. Esta se sentó enfrente, sin mirarla. Debía haber tenido más o menos su edad. Quién sabe por qué había entrado allí, a pesar de tener un compartimiento disponible. Después de todo, sin embargo, podría tener miedo de viajar sola, ya que estaba oscuro. ¿Qué pasaría si, en cambio, fuera una mujer policía que, quién sabe cómo, la había seguido? Siguió para mantenerla bajo control.

Sin embargo, el instinto le dijo que no tenía nada que temer: ese hueso carnoso ahora se comía las uñas y ya no sabía dónde mirar. Era menuda y amable con esa mata de pelo rojo que ciertamente incluía pecas en la cara... Finalmente,

encontró sus ojos. Tenía que ser adicta a alguna sustancia química que se vendía en las plazas. Él plantó sus ojos en ella. La otra intercambió la mirada. Nada mal... Gina esbozó una sonrisa. Pero esta, sin decir una palabra, usando su mochila como almohada, se dispuso a dormir. Y cuando Gina echó la cabeza hacia atrás, notó que la muchacha seguía cada uno de sus movimientos.

—¡Boletos, por favor! —El controlador, somnoliento, miró inquisitivamente a las dos: ¿qué hacían en ese carrito de noche?

Gina le entregó el boleto con una sonrisa y el hombre lo devolvió. Pero cuando él extendió su mano hacia la otra joven, esta comenzó a buscar frenéticamente en la mochila: se veía a un kilómetro de distancia que no tenía boleto, ni dinero.

—Espera, me encargaré de eso. Lo habrás perdido. —Gina pagó: si la infracción de la desconocida hubiera causado un altercado, podría llegar la policía...

El controlador finalmente se eclipsó, seguido por la mirada de la muchacha con la falda floral. La misma mirada que le dio a Gina en lugar de darle las gracias.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo ella— ¿Sabes que había venido a robarte el bolso?

—¡Ojo: te habría ido mal!

—¿Por qué? Estabas dormida... y además, yo tenía esto. —Una lata de aerosol soporífero apareció de la mochila.

—Arma de guerra...

—¿Cómo?

—Arma de guerra. En Francia es de venta libre, pero aquí es un arma de guerra: si te atrapan, recibes varios años.

—Sabes mucho, entonces... ¿O eres policía?

—Olvidalo. —Interrumpió Gina. Y se estremeció: a causa de su sueño imperdonable, ¡se arriesgaba a estar en un lindo desastre! ¡Y por esta loca desubicada! ¡Si supiera quién era Gina y lo que llevaba!

—¿Qué coño sabes tú a quién estás robando? ¿Crees que un burgués viajaría en un tren similar? ¡Al menos, ve a arriesgarte en un robo serio! —Gina gritó todo de una vez, llevada por su propio entusiasmo. Temblaba.

—Lilli —dijo la otra—. Mi nombre es Lilli. O más bien, mi nombre es Liboria, pero todos me llaman Lilli. Y necesitaba el dinero para...

—Para comprarte hierba, tal vez...

—¿Por qué? ¿Tienes algo mejor, en medio de este desastre?

—La lucha...

—¡Ah, la lucha! Jefes, palabras, jerarquías... Ya hecho, gracias. ¡Estoy buscando algo más, yo!

—Hablo de lucha: lucha real, no folklore. —La mirada de Gina se endureció y esta vez la otra no la desafió.

El silbido del tren en una curva precedió a la oscuridad del túnel por un momento. Ambas saltaron, intentando sin éxito quedarse sentadas. Terminaron una encima de la otra, sin saber si se repelían o se apoyaban mutuamente.

De repente, la ventana cedió, introduciendo un chorro de aire húmedo y pestilente. Hicieron la misma mueca y se sonrieron. La piel de Lilli olía a pachulí.

—Bien, tu perfume...

—¿Pesa esa maleta? —preguntó Lilli, señalando la bolsa de Gina.

—Un poco.

—¿Quieres que la pongamos en el maletero?

—No, olvídalo, la mantengo aquí.

—Fiel a la línea.

—Ya. Y tú, ¿a qué eres fiel?

—A mí misma. Hay excedente. —Lilli, sonriendo, se movió al lado de Gina, apenas empujó la maleta y le ofreció un cigarrillo.

Gina aspiró perfume de drogas. Inmediatamente la extinguió con enojo y devolvió la colilla: ella estaba en contra de fumar, ¡diablos! Mientras tanto, la otra chupaba profundamente y se echó a reír. ¡Cristo, qué situación! Ya sentía una sensación de agotamiento... ¡Eso le había hecho efecto inmediatamente! Y quién quería ahora a esa alocada, pasándole los dedos entre su cabello, detrás del cuello y...

—¿Qué piedra es? —Lilli siguió el collar de Gina con un dedo hasta el colgante que tocaba el hueco del pecho.

—Lapislázuli. Viene de Egipto. —Gina estaba avergonzada de los escalofríos y todo lo demás, pero no tenía la fuerza para moverse.

—¿Qué demonios había en ese tabaco?

—Aceite... El pakistaní es de lo bueno: una verdadera revolución, ¿eh?

Se rio con más gusto, mirando ahora a Gina, ahora a la maleta:

—A la mierda la línea, ahorita estás aquí con tu viaje... y yo. También podemos volver a los orígenes, cuando todo era tan puro como esta piedra... —Tocó de nuevo el colgante de Gina, que se puso rígida.

—Mira, somos descendientes de monas, no de las piedras frías...

—Ah, para mí también podrían ser las dos: no conocí a mis padres.

Se rieron, mirándose a los ojos. Mientras tanto, el tren se había estacionado en campo abierto, sin razón aparente. Gina corrió hacia la ventana, miró hacia el pasillo y volvió a mirar, alerta. Ningún faro sospechoso, ningún traqueteo... Quizás el tren estaba esperando una coincidencia. Suspiró y, al darse la vuelta, vio a Lilli parada detrás de ella, con la mano en la mochila y los ojos fijos en el pasillo. ¿Qué cosa? ¿Quería cubrir su fuga con la lata soporífera? La miró con otros ojos, mientras el tren comenzaba a subir lentamente.

Retomaron sus asientos, cómplices y cercanas. Y luego hablaron toda la noche, en voz baja, intercambiando promesas: ¿se verían, por supuesto, cómo podría Lilli dudarlo?

En la noche presionada por un amanecer de hollín, las luces rojas de las fábricas rodeadas por el esmog parecían aferrarse a los faros del tren. Gina observó a su amiga pasar de los discursos a los bostezos y dormir. Cuando vio por el movimiento de sus párpados que estaba empezando a soñar, extendió la mano para acariciarla. Pero la ventana aún cedió, haciéndola saltar, y en un momento se dio cuenta: Lilli tenía antecedentes, tomaba drogas. En cambio, ella vivía desde mucho tiempo con la organización. ¿Cómo podrían volver a encontrarse sin consecuencias? Luego maldijo esas reglas que, sin embargo, nadie le había impuesto, y preparó una nota con una dirección falsa para Lilli.

La despertó en el último minuto, para prepararse mejor para la peor de las traiciones. Pero por la forma en que Lilli la miraba, se dio cuenta de que no había sido convincente con su historia de direcciones y citas. Sucias corrientes de lluvia se formaron más allá del cristal. Y cuando se bajaron del tren, la tormenta ya estaba rompiendo. Fue entonces cuando vieron, escondido dentro de un contenedor, como un pequeño trapo empapado de lluvia, un gatito aturdido maullando con toda la fuerza de sus pulmones. Gina se inclinó para recogerlo, lamentando un momento después su increíble habilidad para procurarse disgustos. Pero luego pensó que un abandono ya era suficiente para ese día...

—Lo llamaremos Libo, ya que el diminutivo de tu nombre es tan hermoso —dijo. Y de nuevo—: ¿Por qué no me das tu dirección? No me gustaría perderte...

Pero la otra manipulaba los botones del abrigo, le lanzó una mueca irónica y se quedó mirándola, colgando de un pie al otro. Gina le dio la espalda y se alejó. En el bolsillo interior de su chaqueta, el gato temblaba. Pobre Libo, qué ojos tristes tenía cuando Gina, unos años después, tuvo que dejarlo en casa de sus padres.

No obstante, de la otra Libo, la guerrillera, no supo nada más hasta el momento del arresto. Luego descubrió que ella también estaba tras las rejas, por tráfico de drogas y sufriendo de sida. Intentó escribirle una larga carta y varias postales de las que, sin embargo, nunca recibió una respuesta. Solo después de algún tiempo se enteró de que Libo había muerto.

LA NIÑA

Después de años en prisión, Paola regresa a Ventimiglia durante un permiso. Una cara envejecida la mira, temerosa de reconocerla; alguien trata de sonreír, alguien más la detiene y la abraza: pero unos días. ¿Nos vemos, entonces? Sí, por supuesto, tendremos cosas que decirnos... ¿Cuántos años han pasado, Paola? ¡Cuántos años!

Paola siente el peso de alguien que tiene demasiados recuerdos. En el aire, niebla salina, olor a caramelo, aroma a flores. En las licorerías y joyerías, todo es nuevo para ella y, al mismo tiempo, muy viejo. La Standa todavía está allí: “compras proletarias”, justo debajo de la casa, dentro de una provincia que ya no le quedaba.

Esas furias improvisadas resurgen como un *shock* habitual. Tuvo que irse. Este es el grito interno prolongado. Aléjese de las palmeras amarillentas, aléjese de las flores frescas, los mercados y las misas dominicales. Lejos de las monjas, de las miradas cerditas de los hombres. Y sobre todo, lejos de los padres.

Ahora ha vuelto. La desagradable impresión de lo nuevo que se casa con lo viejo se renueva: primero el rincón habitual, el del primer amor, luego las planchas de latón de una nueva oficina elegante, y nuevamente las escaleras, sus empinadas escaleras. El olor de la casa persiste, lo ha sentido desde el penúltimo piso: una mezcla de campo y humo, un olor que acoge y rechaza. Así como los hábitos de los padres, ridículamente inadecuados para ese desván pobre, pero en el centro histórico.

Ella los escucha pelear y se siente atrapada por la sensación de contraste que sus padres siempre le han inspirado: amor y vergüenza. Paola lo sabe, no huye de sí misma. Durante unos días estará molesta por sus quejas, por ese afecto hipertráfico, tratará en vano de explicar sus razones y sus elecciones extremas, derrotadas, pero nunca negadas.

A menudo soñaba con regresar, hurgar en viejos escondites, encontrarse con objetos obsoletos y olvidados. Pero, sobre todo, encontrar a la madre.

—¡La niña! Ven aquí, Gianni, la niña ha llegado...

La madre es menuda, oscura, su piel aún brillante. Y casi ciega, tal vez no tiene mucho para vivir, pero hoy no importa: hoy es una fiesta, como si su enfermedad no existiera. Para esto, infatigable, la madre cocinaba para ella, no lejos de los bronceos de su padre con sus ojos verdes y las manos de granjero.

Paola deambula por la choza en la que nació, presa de una emoción insoportable: santos y velas en las paredes, la radio polvorienta. Entonces el viejo piano todavía mantiene la afinación. La guitarra está allí, detrás del colapso de los estantes, luego el diploma pomposamente enmarcado.

—¿Por qué te hice estudiar, hija mía, para verte aquí?—
Su madre le preguntaba durante las raras visitas que hizo a la cárcel. Una sentencia de casi treinta años para las Brigadas Rojas. Para sus mayores, un golpe fatal.

Resurgen de un montón de polvo desvaído, revistas, textos libertarios, psicoanálisis y filosofía que ahora ya no estaban disponibles.

Explora las fotos en la pared. De trece a quince años cantó en salones de baile. En la foto, la retratan con la cara más pequeña del micrófono, su cabello de algodón, envuelta en un vestido negro con volantes de encaje. Aquí está vestida de portera en un campo de fútbol, un partido memorable, quizás el único en la Selección Nacional, por el único golpe de riñón de su carrera. Su especialidad era la salida de avalancha, o pierna o pelota. Buen placaje. Quizás fue porque tenía el judo en la sangre.

Aquí está en el gimnasio de artes marciales, en medio de energúmenos exagerados. Ella los hace volar, resuelta y valiente, como siempre. No es sorprendente que en las peleas con los fascistas locales... En esta otra foto está ganando un oso de peluche en el tiro al blanco. Ser una buena tiradora le sería útil más tarde... aunque no suficiente.

Aquí están las últimas fotos, las que le envió a su madre desde la prisión. No está permitido fotografiar celdas o rejas. Por esta razón, solo el patio polvoriento es visible, las plantas dispersas, un pilar de cemento, la manga de un uniforme, la cara hinchada de aquellas que han hecho demasiada cárcel.

La foto que ahora tiene en sus manos ha salido de un viejo álbum. Paola, vestida para la fiesta, camina de la mano con una

monja que aún hoy le resulta hermosa: la hermana Malvina. Recuerda que durante mucho tiempo había languidecido detrás de esa sotana, que había deseado una correspondencia emocional imposible. Pero la hermana Malvina prefería a otra chica, llena de vitalidad y pecas, vestida como una muñeca. Por lo contrario, Paola era patosa y el vestido de tul blanco la hacía más gorda. Debía haber tenido ocho años.

—¿Has visto lo hermosa que eras, hija mía? —dice la madre, ciñéndole los hombros por detrás, para poner su mejilla sobre la de Paola.

—Pero vete. —Se protege la hija, aceptando de la madre un gran chocolate.

La mirada de Paola se ve atraída hacia el suntuoso altar al pie de la fotografía. Con la boca llena, gime una bufonada incomprensible, sacudiendo la cabeza. Se acuerda de algo.

Todo comenzó con el Milagro del Corazón de Jesús, que la hermana Malvina les dijo a las niñas durante la hora del recreo. Una niña devota, invocando un milagro por una cuestión de suma importancia, había decidido tocar el tabernáculo. Y el Corazón de Jesús le había respondido.

Paola en ese momento quería convertirse en una santa a toda costa, para entrar en las buenas gracias de la hermana Malvina, y así había tomado la historia del tabernáculo literalmente. Aprovechó un día en que la iglesia estaba desierta (el olor a incienso regresa, fuerte) para subir al altar. Pero terminó arrastrando todos los objetos sagrados junto con los paramentos, sin poder llegar a la misteriosa puerta del tabernáculo. El ruido, amplificado por las inmensas bóvedas, había

atraído a las monjas, quienes, corriendo, no habían creído su historia y la habían acusado del robo de hostias consagradas.

Ese recuerdo desagradable ha encendido sus mejillas, la vergüenza la perturba, como si todo hubiera sucedido unas horas antes. Cuando la encontraron colgada a los sagrados paramentos, entendió por qué su gatito hacía una expresión tan extraña cuando, arrojando la trayectoria durante un salto, colgaba de las cortinas, causando la hilaridad de todos. Tal vez incluso el gatito tenía conciencia y, por lo tanto, la capacidad de avergonzarse: no se sonreía, por supuesto, pero tiraba las orejas hacia atrás. Por otro lado, Paola no había sufrido en el momento de los golpes recibidos como castigo de las monjas, sino solo por la sombría hostilidad de la hermana Malvina, que había murmurado:

—¡Pero qué milagro del co...!

La madre se sentó a su lado. La mira acariciando su cabello. Quizás murmure algunas palabras contra el maleficio. Paola reprime un movimiento enojado, luego con los ojos abraza las paredes descascaradas, las manos arruinadas de su madre, los cabellos que habían vuelto a crecer después de su última quimioterapia.

Mira otra foto. El bolso de cuero cubierto de eslóganes y lleno de volantes. Primer año de bachillerato, el año en que murió un hombre de la edificación cayendo de un andamio: un trabajador fronterizo que subía a los andamios sin protección en los sitios de construcción del Principado de Mónaco. Como su padre. Para mantener sus trabajos, los demás ocultaron la evidencia que mostraba la responsabilidad de la compañía.

De modo que ese hombre, que cayó mientras se dirigía hacia arriba como un Ícaro ajeno al sol, se convirtió en el límite que Paola tenía que cruzar.

Y aquí la retratan en el Bar del Corso, con los difuntos Cobra y Bacicin: quién sabe dónde enterraron sus supuestas viejas piezas, tal vez en unas botellas de Rossese. Viejas caras simpáticas pero estériles. ¿Y en cambio nosotros —piensa Paola— jacobinos arrogantes y derrotados? Nosotros también hemos tocado el sol, sin siquiera reconocerlo. Caímos pesadamente en la tierra.

Paola mira otras fotos, en diferentes momentos le devuelven un caos de paz y disparos: ella y Roberta, asesinada en un tiroteo. La foto de un viejo pasaporte descolorido que se acerca a otras fotos del pasado. Las mira, las baraja, en un divertido juego de tres cartas.

Por la tarde está en la playa de Calandre, alcanzada por el camino habitual. Todo ha permanecido igual: La fila de pinos, cactus, tojo, hinojo salvaje e higos. Las rocas amarillas que miran al mar ondulante en un abanico espumoso. Además, solo hay un elevador que ayuda a los que están en las residencias de lujo a llegar a la playa ahora repleta de bañistas.

En la multitud reconoce muchas caras. Una pátina de plomo gris parece haber descendido sobre esas máscaras. Por lo demás, solo senos, vientres, glúteos, cremas solares, arrugas profundas bajo el bronceado. Los gritos de los niños. En el fondo, los arbustos donde se escondió con sus primeros novios.

Una niña, que emergió repentinamente, golpea sus zapatillas de plástico una contra la otra, haciendo que salpiquen granos de arena, algunos de los cuales hieren los ojos de Paola.

Paola jura y la niña se divierte. Paola trata de limpiarse los ojos, pero con las manos manchadas con crema bronceadora solo empeora la situación.

—¡Aquí, lávate con esto! —La niña se ríe, descargando su pistola de agua sobre ella.

Paola siente que las pupilas hierven, mientras que la niña continúa riéndose.

—¡Pam-pam-pam!

Párpados a media asta, ahora Paola intenta concentrarse; en el orden, aparecen dos promontorios, la publicidad de un precocinado, una enana rubia con ojos de hoja verde, que insiste en señalarlas con su herramienta amarilla:

—¡Pam-pam-pam!

Tendrá cuatro, cinco años, cabello largo que se derrite en suaves rizos, una mancha en el iris que molesta a Paola: realmente se parece a Roberta cuando era niña... Roberta. La mirada permanece fija en la niña.

—¡Pam-pam-pam!

—¡Ta-ta-ta-ta! —Paola responde mecánicamente.

La niña cae, boca abajo, con la cabeza vuelta hacia Paola, con los ojos muy abiertos, fingiendo ser golpeada. Paola no se ríe, incluso Roberta cayó así, sobre el asfalto seco de un febrero romano en una acción armada. Y, muriendo, volvió niña otra vez, manos pequeñas, expresión inocente.

La primera noche, Paola y Roberta habían tenido la misma pesadilla: Roberta fue hecha pedazos por los perros rabiosos frente a la dolorosa impotencia de Paola. Por la mañana se habían reído juntas.

La niña se ha levantado.

—Oiga, señora, ¿se siente mal?

Con viento y arena en sus ojos llorosos, Paola esconde su rostro entre las rodillas y los brazos, mientras la niña continúa dándose la vuelta.

—¿Fui yo quien la lastimó? —Iba a llorar.

—¿Qué estás haciendo? Deja a la dama tranquila. ¡Ven aquí ahora mismo!

Una mujer morena, llena de gracia, sale del agua y agarra la mano de la niña. Paola levanta la vista.

—Pero... ¡Sandra!

—Paola, eres tú, son más de veinte años... ¿Cuándo saliste?

—Por unos días, de permiso.

—Te escribimos, toda la clase.

—Nunca recibí nada, censura, ya sabes.

—No debería preguntarte. Te conocía tan bien, alguna idiotez hecha juntos, pero... ¿por qué todo esto?

—Éramos jóvenes entonces, luego crecimos.

—¿Con el arma en la mano?

Gaviotas en picada y un avión en gira arrastrando una pancarta publicitaria detrás de él. Sandra, traje verde, pecho plano, escudriñando los ojos como solía ser. Recuerdos de la escuela: su mejor amiga que deja el grupo a las primeras señales de peligro y nunca la ha buscado desde entonces.

Paola no sabe y no quiere explicarse a su vieja amiga. Piensa en los años de su elección política. Ya no sabían qué más pedir sino el poder: en las fábricas, en las escuelas, en las calles. Alguien tenía que intentar ir más allá, se necesitaba una salida.

Estaba buscando el socialismo, esto era lo único que sabía y recordaba, una intensa aspiración a la libertad y la igualdad para todos y todas.

Esta fue la genealogía de todo ese gran ruido clandestino, esta fue la infancia de su “vocación”. Muchos lo habían intentado y creído. Habían sido derrotados. Por otro lado, ella nunca había sentido la nostalgia de esta brisa marina, había cosas más importantes que hacer.

Paola mira el arma de la niña.

—Ella es mi hija —dice Sandra.

—¿Cuál es su nombre? —Paola pregunta, aún errante y absorta.

—Roberta. Se llama Roberta.

EL REGISTRO

División de Agentes de Custodia. En la puerta está la hoja con la lista de objetos en el cuarto: una mesa, dos sillas, un perchero marrón, una computadora. Mi nombre no está incluido en la lista porque estoy detenida en otra celda. Esta es la sala del director, actualmente utilizada como lugar de trabajo. Ya no se utiliza para audiencias, todas las presas políticas pueden ser acompañadas a los pisos superiores, los pisos de las oficinas: los únicos equipados con objetos “prohibidos” (plantas, sillas, ceniceros...). Los únicos con puertas de madera, como esta. Aquí también, por supuesto, hay rejas en las paredes y vidrio blindado, pero mejor que las ventanas de boca de lobo que hay en nuestras celdas: gruesas barras trenzadas y cuadrados de plexiglás que apenas se abren, tirando de un asa.

Desde los pisos superiores se llega a la salida, precedida por jardines y calles repletas de guardias, proveedores, médicos, trabajadores de cuidado infantil, personal civil (la prisión es una pequeña ciudadela cercada). Por otro lado, también hay algunas mujeres que cumplen tareas específicas: jardineras, lavanderas, barrenderas. Yo también hice trabajo de limpieza,

tanto que incluso hoy, si veo un saco de basura, compruebo que esté bien sellado. ¿Quién dijo que no se adquieren habilidades en prisión? Quizás necesite este trabajo para mi currículum cuando salga de aquí.

Por ahora estoy almacenando recuerdos. Uno en particular del que nunca he podido hablar: Giada, un metro ochenta de músculos armoniosamente distribuidos y un seno próspero que nunca quiso tener, porque Giada amaba a las mujeres. Tenía ojos verdes como hojas de cardo y cabello inquieto como su temperamento.

¿Por qué hablar de ella en el pasado?

Tal vez porque hoy es su cumpleaños, porque Giada ha contraído el sida y hace tiempo que no sé nada más..., y porque sus flores de cardo se han desmoronado esta mañana. Giada ya no está, al menos no para mí. Tal vez nunca estuvo sino en los raros momentos robados a las drogas. Era una flor, hasta que permaneció en prisión, una flor silvestre, con sus formas ostentosamente ásperas. Los primeros días incluso tuve miedo de eso. Fue muy difícil conquistar un espacio en ese grupo.

Nos conocimos en la “gira externa” (era el nombre de la recolección de basura en esta prisión). Las más robustas y “problemáticas” fueron asignadas a ese trabajo. Yo era una cosa y otra. Pero de una manera diferente a la de mis compañeras. Diferencias que inicialmente pesaron. De las presas políticas, las detenidas sociales tenían una idea inducida por la propaganda del sistema. Creían que éramos privilegiadas, quisquillosas y zorras. Que teníamos toda la prisión a nuestros pies... ya que nos habían trasladado de secciones ordinarias a secciones especiales. Especial solo para el refinamiento del

tratamiento punitivo. Y también para aquellas militantes de la lucha armada, que habían contratado un oasis de privilegios dentro de las secciones de Máxima Seguridad a cambio de tomar distancia de sus decisiones políticas. No fue mi caso. De lo contrario, no habría terminado allí entre absorbentes usados y bolsas de basura roídas por las ratas.

Además, esas muchachas no eran nenitas inclinadas a la ternura. En el trabajo aceptaban cualquier forma de chantaje: solo les gustaba quejarse, pelear, apuntando sobre quién trabajaba menos. Excepto luego descargar el trabajo duro sobre los hombros de los demás. También lo intentaron conmigo, por supuesto, pero fui astuta como ellas, tal vez más. No quería problemas, sin embargo, ya tenía suficiente en mi sección: siempre sola, para defender la causa comunista, imagina si quería luchar por la basura...

Giada era autoritaria, tenía la costumbre de dar órdenes, hasta el punto de que, a veces, apenas contenía el impulso de derramar el cubo de basura sobre su cabeza. Tomó muchas pruebas de fuerza antes de entenderse conmigo. Me enteré entonces que teníamos tantas cosas en común: conocíamos los mismos chistes y las mismas viejas canciones de lucha. Me sorprendió que detrás de tanta aspereza hubiera sensibilidad e inteligencia y que, antes de abandonarse a las drogas, ella también había sido una camarada. Sin embargo, me sorprendió su poca fiabilidad. Nunca podías contar con ella hasta el final. (A menudo les sucede a los adictos, lo sé). Y aun así, sus problemas de temperamento me dañaban.

Una vez me obligaron a quedarme para barrer el camino, mucho más allá del horario. Un acoso, debía trabajar horas

bajo el sol. Juntas, sin embargo, lo hubiéramos logrado en poco tiempo. Pero Giada fue la primera en escaparse, los demás la siguieron sin mirarme. La única ráfaga de viento de ese día de julio extendió una lluvia de hojas en la parte recién barrida. Alguien se rio, dejando caer un vaso de papel lleno de colillas mojadas. Yo no estaba de buen humor, pero había que poner buena cara. Era una cuestión de dignidad. Después de un cuarto de hora oí silbar la melodía de *Contessa*, nuestra canción de lucha contra los opresores. Miré hacia arriba y la vi detrás de la ventana, triste. Debió haber hecho el diablo a cuatro para poder colarse en esa celda.

Pero una otra vez me dejó sola con todas estas cargas mahlolientes, y yo le hice puchero durante varios días. Se dio cuenta, nunca se le escapó nada, siempre me puso a prueba:

—¿Conoces el último chiste?

—No me importa. Ya lo has hecho con tu comportamiento, el último chiste...

—¿Sabes lo que Bossi le hace a su esposa? “La Liga...” —dijo en broma porque Umberto Bossi era entonces el jefe del partido La liga.

—¡Y ríete! —me miró con esos ojos de mariposa. Muchas lagartijas se lanzaron a nuestros pies, siempre recordaré sus balzis en las paredes— ¿Sabes lo que descubrí esta mañana? —Se me acercó más. Sentí su aliento y su aroma: un buen aroma masculino. Aparté la vista de sus pezones siempre sin sostén.

—Llevamos una montaña de registros antiguos de la época del fascismo... —empezó a decir. Alcé los oídos, ella lo sabía— ¿Sabes por qué las mujeres fueron arrestadas entonces? Por

resistirse a los acosos de los fascistas... También he leído sobre parlamentarias comunistas, arrestadas y detenidas aquí... ¿Estas mismas que hoy te consideran terrorista y te dejan aquí, verdad?

“Tú también me dejaste eligiendo la droga”, hubiera querido decirle, pero me quedé callada. Giada entendió mi aire entristecida y se quedó en silencio a su vez, poniéndose ese puchero como una niña, y no dijo nada más. Qué hermosos labios tenía... Las relaciones entre mujeres son frecuentes en las secciones comunes. Un día intercepté un trozo de conversación:

“A Giada le gusta la política...”.

Entonces, me di cuenta de que “la política” era yo, e intenté evitar cualquier ocasión. La prisión contamina todo, es el lugar menos adecuado para “experimentar”...

Qué labios tan hermosos tenía Giada ese día que recogió flores de cardo para mí. Me entregó el ramillete con una expresión suave en su rostro. Hicimos planes para su reintegración. Me prometió... Cuando salió de la cárcel por enfermedad, de repente, durante mucho tiempo, ese trabajo volvió a ser basura.

Qué hermosos labios tenía Giada. Se destacaban como un gran corazón en la cara demacrada cuando regresó de nuevo a la cárcel. Voz del inframundo y profundas ojeras. Irreconocible. Hice lo imposible para volver a verla. Estaba sucia y delgada. Pero nos las arreglamos para reír.

—Con una puñalada me habrías lastimado menos... —dije.

—No te preocupes, después todo pasa, todo...

VANIA

Y luego los años se acumulan, cada fecha es un recuerdo: caras en el vacío, como la botella de plástico en esa rama. La habrán arrojado desde el muro de la cárcel. La pared sepia parece reflejar la sombra de un ahorcado. Demasiadas citas. El mismo día, de acuerdo. ¿Pero qué año? Voces y miradas (casi siempre de mujeres) regresan, como una película al revés.

Era el 7 de marzo, igual que hoy: la víspera del espectáculo carcelario para el Día de la Mujer. Esperábamos a las autoridades. Para esto, todo tenía que ser limpio. Fue la primera vez que participé en el trabajo a “la gira externa”.

Nos llamaron temprano en la mañana, sin explicación. Dos personas, que al principio pensé que eran dos muchachos, me estaban esperando. El primero era pequeño, fibroso, perfil asiático. El otro, alto, pelo largo y negro que le caía sobre la frente. Me impresionó con sus maneras afeminadas. Podía pasar del barítono a un *crescendo* alto de meneos, típico de ciertos homosexuales. Era una mujer: Vania. Sus ojos negros me miraron. De mala gana, aceptó estrechar la mano que le tendí. Recibí su mano grande sin vigor.

—Te presento a Argentina —dijo girando—, que en lugar de quedarse en Filipinas, vino a romperme la polla aquí.

La otra no captó, ocupada en pasar un trozo de cuerda alrededor de su cinturón, mientras me saludaba con un distraído “hola”. Fruncí el ceño, suspirando:

—Comencemos bien...

—¿Qué dijiste? —Vania me desafió.

—Que el salario de Argentina lo paga la prisión, no tú.

—¿Qué te importa?

—Me importa, me importa. Precisamente por esto me pusieron en la cárcel, porque me importa.

Me dirigió una mirada malévola, cuando se abrió la puerta y la guardiana nos llamó para hacernos la inspección. Le di paso a Vania, sonriéndole. Vi a las dos mujeres ir a buscar las herramientas de trabajo, escoltadas por la guardiana de prisión.

Pensé que alguien nos daría instrucciones satisfactorias, o al menos proporcionaría herramientas de trabajo. Nada de eso. Encontré solo un par de guantes de estibador y rastrillos destartalados.

—Esto es el tuyo —dijo Vania pasando por delante de mí. Entonces agarró los bordes de un plato oxidado y crujiente cuyos pequeños rollos giraban en todas direcciones. Un carrito que, en cualquier caso, estaba menos deteriorado que el palanquín con dos ruedas que me había obligado a tomar.

Las ruedas de mi cacharro, desprovistas de neumáticos, parecían pisotear las ásperas avenidas. Una carga insostenible. Comprendí que nadie me enseñaría nada, estaba lista para cualquier cosa para no perder la cara. Me las arreglé de alguna manera, mientras Vania me daba miradas intermitentes.

La guardiana se detuvo con un superior. Teníamos que quedarnos cuesta abajo. Me puse pies en punta para llevar el carro que me empujó hacia abajo. Un guante se resbaló y cayó. Me incliné para intentar atraparlo con una hazaña. El sostén cedió y la camisa perdió el botón en la parte delantera. Vania se inclinó para recogerlo a su vez. Cuando levantamos la cabeza al unísono, sorprendí su mirada en mi escote. Así que lamenté no haber hecho nunca una gran ganancia de lotería o, al menos, no tener un pequeño ingreso que me permitiera una ociosidad bien remunerada.

Rodeamos el muro delimitador. A lo largo del túnel, entre una torreta y otra, había cámaras y agentes amenazantes. Por primera vez vi las secciones desde afuera. De las celdas salían olores y voces confusas, algunas chicas nos saludaron. Respiré el olor de la hierba confundido con el hedor de los contenedores.

Después de un tiempo que pareció muy largo, llegamos a la cocina cuadrada, un lugar repugnante. Estábamos sumergidos en una montaña de basura, bolsas de basura repletas de gusanos. La guardiana nos ordenó limpiar hasta el último gramo de basura. Tenía ganas de huir. Me sentía hundir en una oscura pesadilla: la peste, la descrita por Manzoni, que sin duda habría contraído, y los sepultureros que me iban a llevar en esos carros sucios...

—Tú tienes saco, por favor...

La voz de Argentina, hablando en un italiano aproximado me devolvió a la realidad. Ella estaba vertiendo mucha sopa maloliente en el copo que yo sostenía. Bocetos de esa inmundicia llegaron a mi cara. Sin soltar la bolsa, grité:

—¿Pero en qué jodidas condiciones aceptan trabajar?

—Dijimos varias veces, pero siempre así: poco personal, nadie nos acompaña... Esta basura de cinco días... No hay nada que hacer...

—Me parece que hay mucho que hacer, en todos los sentidos...

Argentina comenzó a romper las cajas vacías para hacerlas menos voluminosas. Clavos oxidados salpicaron por todas partes. Estuve a punto de herirme con una tapa de lata. Camisa y pantalón arruinados. Hubiera tomado una ducha con soda cáustica para limpiarme de esa porquería. Vania exigió que la ayudara a levantar un saco lleno. Lo hice sola, lanzándolo con rabia en el carrito, mientras Vania seguía fumando su cigarrillo. Cargué todas las bolsas sin su ayuda. Mientras me esforzaba por atar mi cargamento, Vania me bloqueó y, después de recoger una montaña de escombros, los colocó en el carrito. Ahora mi carga era la más pesada.

—Tienes que traer esto —gruñó—, así hacemos menos viajes.

—Sí, pero vayamos más despacio. ¿No sería más rápido con cargas más ligeras? Esta basura cae por todas partes y tenemos que recolectarla continuamente.

Me llamó una guardia, me estaban buscando en la cocina. Hice apenas un paso y me alcanzó la voz baja-alta de Vania:

—¡Oye, mira que el descanso tenemos que hacerlo todas juntas!

Cuando volví, encontré a Vania, que en un rincón seguía fumando con ostentación. La enfrenté con una mala cara.

—No quiero problemas aquí. Pero si te permites otra vez ese tono, te haré tragar las bolsas una por una. —Ella palideció, murmurando palabras confusas. Una luz, que en vano trató de ser seductora, estaba entumecida por un toque de lágrimas.

—Seamos colaborativas —agregué para atenuar los tonos—, de lo contrario, los pesos se duplicarán.

Regresamos al trabajo.

Algo entró en mis ojos, traté de limpiarlos con las manos enguantadas y fue peor. Para ayudarme, Vania sopló en mi pupila. Sorpresa: me caí hacia atrás, un corte en mis pantalones. Le tendí la mano para que me ayudara y nos echamos a reír.

—¿Cuánto tiempo has estado adentro? —le pedí.

—Cuatro años.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Con las quejas que hice, al menos el doble de eso.

—¿Alguien viene a visitarte?

—Sí, mi madre.

—¿Viene a menudo?

—Aún no ha venido.

—¿Cómo no ha venido?

—Nunca llegó... pero vendrá.

Dedos hinchados y nudosos trazaron líneas gruesas como barras en el suelo. La guardiana nos invitó a reanudar el trabajo. Vania corrió a tomar el carro menos cargado. Era casi la hora del almuerzo y solo habíamos logrado un tercio del trabajo. Regresé a la celda distorsionada.

Solo tenía un descanso de media hora y ninguna intención de almorzar. En primer lugar, una ducha, después de haber

pegado el sello apestoso en un saco. A mi compañera de celda que preguntó cómo iba el trabajo, respondí con un lamento. Me puse un traje viejo y salí de nuevo.

—¿Es otra cosa trabajar al aire libre, verdad? ¡Un buen avance! —digo a la guardiana que me abrió la puerta. Asentí con una mirada alucinada.

Al ver el trabajo de las grúas en los espacios de la cárcel, sonreí pensando en las caricaturas satíricas en las interminables obras viales de nuestras ciudades.

—Oye, Vania, ¿te gustan los dibujos animados de Vauro?

Ella no respondió. La guardia me señaló que tenía auriculares en las orejas. Entonces noté que Vania movía la cabeza canturreando.

—¿QUÉ ESTÁS ESCUCHANDO? —grité.

—¿EH? ¡LOS POOH!

—¿TE GUSTAN LAS CARICATURAS DE VAURO?

Se quitó los auriculares y me miró.

—¿Qué grupo es?

—Sí, buenas noches... Es un dibujante del periódico...

—No leo periódicos.

—¿No te importa lo que pase?

—Ya estoy tan mal así...

El cardo violeta, los enebros amarillos y los brotes de los árboles anunciaban la primavera. Nuestros carritos avanzaban levantando polvo hacia la carga de basura. Argentina y yo comenzamos por un lado, Vania por el otro.

Levanté la vista a tiempo para ver la grúa a pocos metros de Vania. El conductor maniobraba hacia atrás sin mirar. El ruido del motor cubrió mi grito. Ni siquiera Vania podía

oírme por los auriculares. Por suerte, ella me vio corriendo y señalando detrás de ella y se movió en el último minuto.

—Estoy viva de milagro —murmuró—. Justo ahora que mi madre tiene que venir.

Me abrazó entre sollozos mientras la guardiana redactaba el informe del incidente. Vania siguió llorando.

—Hubiera muerto sin verla, al igual que mi hermano.

—¿Cómo murió tu hermano?

—Un accidente, tenía veinte años. Yo tenía cuatro. Mamá trató de suicidarse. Luego comenzó a vestirme como él. Hasta que me parecía a él y luego comenzó a llamarme por su nombre. Me parezco mucho a él, ya sabes, deberías ver las fotos. Mamá dejó a un lado toda su ropa. Este pantalón por ejemplo, es el suyo, hoy vuelve a estar de moda.

—¿Alguna vez le has contado a un psicólogo, Vania?

—Una vez. Cuando traté de suicidarme. Luego vino la droga. Y de todos modos, si tengo una mujer que me ama, no pienso en morir..., bueno, solo unas pocas veces... Cuando hablé con esta psicóloga, me parecía odiar a mi madre. Pensé que no me amaba. En cambio, no es cierto. Vendrá... Esperaré...

Nos dimos la mano con fuerza. Al final de la tarde, los trabajadores se dirigían hacia la salida. El conductor de la grúa se quitó el sombrero para saludarnos. Para él, como para nosotras, no había sido un día cualquiera.

ARGENTINA

Argentina encontró el gran nido, escondido entre el faro y la cámara, y lo atacó con un palo. Traté de disuadirla: muchos pájaros revoloteaban, podría haber pequeños allí. Me electrocutó con una mirada fulminante, continuando en el trabajo sin sentido de la devastación. Las ramas trenzadas cayeron, levantando polvo. Argentina terminó de blanquearlos con el tacón de la bota. Algo cayó repentinamente sobre sus pies: el choque de un gorrión, que permaneció intacto incluso después del impacto. Argentina palideció, mirándolo por unos momentos. Luego arrojó el palo, recogió la escoba y el rastrillo y se fue a trabajar un poco más. Le toqué el hombro, se soltó, invitándome a dejarla sola.

Había tenido otras reacciones similares. Un día nos encontramos con una gatita mimada y derretida. Me incliné para acariciarla y Argentina se agachó a mi lado.

—Pequeña... hermosa —murmuró con su italiano roto y nasal.

De repente se levantó y pateó el animalito. Dándonos la espalda, se quedó mirando los árboles y rejas detrás de los

cuales se vislumbraban los techos de San Basilio. Seguí el humo de su cigarrillo pintar anillos gruesos en el cielo de ese día en declive. Sucedió que la recolección de basura continuó hasta la noche. En ese momento la prisión se convertía en un bosque de sombras. Argentina nunca estuvo cansada. Trabajó sin guantes, poniendo sus manos en todas partes. Parecía encontrar gusto en las manchas. Exigió que hiciéramos lo mismo. Lo importante para ella era regresar a la celda lo más tarde posible.

Cuando las presas políticas aún no podíamos trabajar fuera de la sección, había confundido a Argentina con un muchacho. Desde lejos la veía descargar paquetes pesados, usar una gigantesca cortadora de césped, enjaezada como un marciano.

Delgada, toda musculatura, pensé que era un trabajador de mantenimiento.

—¿Cuál es tu apellido? —le pregunté un día.

—Argentina.

—Pensé que era tu nombre, todos te llaman así... ¿Y el nombre, entonces?

—Argentina.

—¿Eres Argentina por nombre y apellido? Nos faltaba que fuera argentina en lugar de filipina...

Me miró con sus ojos almendrados. Hilos de sudor los empedraron desde el casco hasta las mejillas verde oliva, hasta el cuello, hasta el hueco del pecho.

—¿Qué, Filipinas? No entiendo...

—Se llama Maribelle. ¿Es cierto, Argentina? —La guardiana asignada a “la gira externa” vino a mi rescate. Argentina sonrió. Luego tomó una violeta y se la entregó.

Tomé una azada y comencé a arrancar el césped de las aceras. Busqué con poca convicción una plántula de trébol de cuatro hojas, luego me contenté con un trébol.

—Yo lo busco, yo lo encuentro para ti... Detrás de mí, la voz de Argentina. Me giré: entre el pulgar y el medio sostenía un gigantesco trébol de cuatro hojas.

—¿Tienes suerte, Maribelle?

—Lo encuentro para ti. Solo tómalo.

—Muy bien. Lo siento.

Había empezado a cavar de nuevo, lejos de nuevo. Nuevamente Argentina. Ese día le pregunté a una de las chicas por qué y cuánto tiempo había estado en prisión la filipina.

—Ha estado aquí por seis años. Intento de infanticidio. Creo que el niño fue salvado. No sé nada más, ella nunca habla...

Miré el perfil asiático de Maribelle, sus manos pequeñas y nudosas, su vientre estirado en un esfuerzo por levantar una bolsa llena de moho. ¿Qué edad podría tener y por qué había tratado de matar a su hijo? Desde entonces, la he observado a menudo, sin hablarle nunca. Por el contrario, escapé creyendo que ella me prefería a los demás como socias en el trabajo: lamenté su brutalización del esfuerzo, evitar cualquier ocasión de sociabilidad, su excesiva adulación con las guardias.

Hasta que un día nos asignaron a la jardinería y estuvimos juntas: una conversación cansada y mucho trabajo allí. Llegó el otoño, la lluvia, llegó el invierno. Nuestras respiraciones

parecían bocanadas de pipa congeladas esa mañana, manos y pies luchando por activarse. Encontramos un trabajo al abrigo. Era como si el suave fondo de la lluvia cronometrara las horas en las ventanas de plexiglás. Maribelle me dio unas flores plateadas hechas con papel de fumar y me hizo muchas preguntas: ¿cómo vivíamos las presas políticas? ¿Cómo era nuestra sección? ¿Cómo podría estar siempre sonriendo con una condena tan pesada?

—Tengo ideales. Todavía creo en el comunismo.

—¿Comunismo? Mi esposo también comunismo.

—¿Está tu esposo aquí en Italia?

—No, en Filipinas con niños.

—¿Tienes hijos? ¿Cuántos?

—Dos, adultos.

—¿Cuántos años tienes?

Hizo un tres y un seis con los dedos.

—¡Vaya, qué bien llevas tus años! Y tu esposo te está escribiendo, ¿vendrá a verte?

—No: ahora amo a las mujeres.

—¿Lo descubriste aquí?

—No, afuera. Viví con una mujer afuera. Viniendo a Italia con ella. No hay trabajo en Filipinas. El esposo no dijo nada, pero se quedó en Filipinas. —A nuestro alrededor, sacos de abono para la ropa, una carretilla, una olla rota. Y una vela encendida frente a una imagen gastada de la Santísima Virgen. Maribelle se levantó, tomó una violeta de un florero—: Te hablo porque... bien, siempre me llamaste Maribelle, nunca Argentina. Yo te cuento...

Evocó los meses pasados en servicio por una buena familia del vecindario. Dificultades y cansancio: doce horas de trabajo más el viaje, desde Roma hasta el lujoso hogar suburbano. Todo por una miseria, y tenía que pagar la habitación y enviar dinero a sus hijos. Me lo contó a través de perífrasis y metáforas, lo que me resultó difícil de entender. Le pregunté a sus ojos, seguí sus dedos. El malentendido fue un dolor... Adelante, amiga, haré lo mejor que pueda, tu confianza vale el esfuerzo de interpretación.

Esa noche, Mirabelle, estabas esperando el autobús en la parada semidesierta. El auto se acercó y los hombres te pidieron de subir. Te negaste. Los tres salieron del auto como viejos amigos. Sentiste la punta del cuchillo entre las costillas. Nadie se movió mientras te cargaban en el auto.

Sin embargo, no gritaste. Ni siquiera cuando los tres se turnaban para divertirse con tu cuerpo. Incluso querían darte dinero más tarde. Solo pediste que te llevaran de vuelta a donde te recogieron.

—Yo, de lo contrario, me podía perder, ya sabes, perder en el campo después de que me lo hicieron, ¿cómo se dices?

Violación, se dice, Maribelle, lo que negaste y escondiste durante unos meses incluso a tu pareja. Pasabas largos períodos sin menstruación. Es por eso que solo notaste al embarazo en el quinto mes. En el hospital se negaron a abortarte. Entonces dejaste a tu pareja sin explicación y te fuiste a vivir con amigos. Luego llegaron las contracciones, el séptimo mes. Un taxi, corriendo al hospital. Sola. Para dar a la luz a un niño que necesitaba unas pocas semanas de incubadora. Fuiste dada de alta casi de inmediato, reanudaste tu trabajo en la playa

con la rica familia italiana. Días enteros mirando al vacío, tu secreto en el estómago como la succión del mar.

Luego regresaste al hospital para recoger al bebé. En la calle, los autos que se lanzaron tan cerca, sin encontrar el coraje para hacerlo: tirarte debajo de las ruedas. Acabar con esto de una vez. ¿Pero por qué no le dijiste a nadie, Maribelle?

—Me avergüenzo. Estoy muy avergonzada, ya sabes.

Y de repente ese automovilista te gritó que tengas cuidado con el niño. El niño, el niño... Del bulto que sostenías, un grito: como una cuchilla en el velo negro de tus ojos. Has vuelto sobre tus pasos. Lo pones en el basurero. Ve, como en trance, a la parada del autobús. Pero no tienes el coraje de subir. Y de nuevo con el corazón en la garganta, de espaldas a ese maldito basurero. El bebé ya no estaba. Luego esperaste a la policía en casa. Y luego los largos meses en prisión, casi completamente descontados.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Maribelle, como riachuelos en la tierra marrón. Una carcajada de lluvia más violenta dejó caer un trozo de chapa. Dos tórtolas volaron a otros refugios. Sin decir nada le entregué una servilleta.

EL TRIBUNAL

Alguien dijo que solo los asesinos se salvan, como si la vocación asesina irreductible le diera a la existencia un significado profundo. Estas elucubraciones que he estado repitiendo desde que abrí los ojos esta mañana no me dan ningún alivio. Soy tediosa y ansiosa. Al salir de prisión, reconozco a un pariente esperando una visita y lo saludo. El resto de la cola me mira, preguntándose quién soy: ¿una guardiana o una asistente social?

“Dejo la llave”, le susurro al guardia al otro lado del cristal, él me responde con un gruñido sombrío.

Salgo de la cárcel mirando alrededor, esperando que los familiares de los reclusos entiendan que yo también soy una prisionera. El carabinero que encuentro es gentil y bronceado: respondo a su saludo.

El autobús que lleva a los prisioneros a los tribunales, manchado con pequeñas escamas de sol, es negro como un escarabajo. Afortunadamente, siendo en régimen de semi-libertad tengo la autorización para llegar al tribunal por mi cuenta, (con “medios propios”: este es el término burocrático).

Vislumbro los agudos perfiles de los detenidos detrás de las ventanas del autobús y acelero mi paso. Siento un extraño alivio mezclado con vergüenza: pequeños sentimientos en un sol que te hace llorar los ojos.

Después de todo, reflexiono, la prisión te acostumbra a un único lenguaje incommunicable que se presenta bajo la apariencia de una inconfundible letanía. Una vez fuera, la canción se desvanece, pero el eco permanece dentro de ti como un moho.

Detrás de la primera curva, los edificios: bloques de pisos con vista sobre el alambre de púas de la cárcel. Qué idea venir a vivir aquí. En la calle, los trabajos habituales que nunca se terminan. Hormigoneras. Un perro lisiado persigue algo o a alguien.

Me encuentro con las primeras tiendas de la zona. Estoy interesada en los precios detrás de las ventanas. Lástima que en la cárcel esté prohibido traer algo del exterior. Todo se compra desde el interior, después de completar la solicitud, un formulario preimpreso concebido para hombres, en el que *la* abajo firmante ni siquiera está considerada: “el abajo firmante”, dice el papel amarillo, de hecho, “reza su Excelencia ilustrísima”...

¡Reza una mierda! Nosotras, la presas políticas, reemplazamos el “rezar” por un “pedir” más sobrio, y borramos la “Excelencia ilustrísima”. En el módulo se tiene que poner la solicitud de compra de cualquier producto. Hipócritamente, también se nos permite describirlo en detalle, determinando el costo y el gasto.

Todavía, la mayoría de las veces todos estos detalles no sirven, no por distracción o negligencia, sino a propósito, como por voluntad metafísica, por una especie de ley de prisión no escrita. Por solito te llega lo que ellos quieren.

El otro día, en una tienda cercana, me encontré con el empleado que llevaba los formularios autorizados. Estaba pagando la cuenta en la caja de al lado: él compró para mí las cosas que fácilmente podía comprar sola, y a un precio más barato.

Debo haberlo arreglado con una mirada de trucha hervida. Luego me eché a reír, mientras él me miraba con una expresión bovina y avergonzada. Era un trabajador que hacía su tarea, ¿qué creía?

¿Pero por qué contar ciertas cosas? Tonterías que se transfiguran por la oscuridad a la que la prisión te condena: una oscuridad que atrofia el sistema nervioso, hasta el punto de que ya no sientes las manos, los ojos o las piernas.

En la prisión, todo parece suceder de acuerdo con una lógica inversa, como en *Alicia en el país de las maravillas* (desafortunadamente, sin la fantasía literaria brillante de Carroll).

Todavía tengo la risa de mis compañeras en mis oídos cuando, tan pronto como entré en la cárcel, pedí un paraguas para salir al “aire”: estaba lloviendo y me pareció normal.

Sin embargo, en la prisión, los paraguas, los bolsos y, a veces, incluso las botas, se consideran accesorios peligrosos, están prohibidos: así que fui yo la que hizo una solicitud absurda, fui yo la loca.

Aquí está la camioneta blindada que transporta a las mujeres presas que tienen familiares detenidos en la prisión de

hombres. Un viaje corto que podría cubrirse en unos momentos. Pero en prisión, las distancias tienden a una dilatación irreversible, e incluso el tiempo a veces parece molesto y convulsionado, de acuerdo con leyes que no tendrían sentido en el exterior.

Entonces, por hacer una hora de conversación, pasas más de medio día. Y cuando finalmente ves al amado aparecer al otro lado del banco y te apresuras a besarlo, inmediatamente sientes que una mano tonta de guardia golpea el vidrio: está prohibido. Desde el micrófono instalado sobre tu cabeza, cerca de la cámara de seguridad, llega una voz, similar a la que anuncia los trenes que parten, que dice en un tono intimidante:

“¿Nos alejamos sí o sí?”.

Tonterías, sin embargo, para morir de risa. Piezas de un teatrino de títeres. Como esa mañana cuando dos guardianas con aire inquisitivo subieron para interrogar a mi compañera de celda:

—Anoche tomaste un informe disciplinario. El guardia de seguridad dice que estabas tratando de introducir peces.

—Una pequeña porción, para cenar... —Mi compañera se protege.

—Sí, pero sabes muy bien que los peces no pueden entrar aquí. Y en cualquier caso, no había necesidad de hacer muchas historias, de gritar así... No estamos aquí para que nos pasen por encima con el pescado...

—Realmente no pasaba por encima, sino por la puerta...

Media risa, la tensión se alivia, una mosca aterriza en la visera de la carcelera.

—Entonces —dice mi compañera otra vez—, hay una queja todas las noches... La otra vez me obligaste a tirar la leche.

—Bueno, puede ser porque la leche era fresca...

—Por supuesto que era fresca, no me voy traer la leche podrida...

—Sí, pero solo se permite leche de larga duración... y en pequeñas dosis.

—La próxima vez tomaré prestado el pezón de mi sobrinito...

—Oh, bueno, eso es todo, ¿cogemos el toro por los cuernos?

—Sí, de lo contrario, ya no se sabe qué pez atrapar...

Regreso al tribunal después de tantos años y la impresión es la misma: alejamiento. El tribunal es un área fuera de este mundo, dedicada al artificio de togas, lemas y banderas. El nerviosismo de los familiares de las víctimas o de los acusados, cada uno encerrado en su propio dolor particular, es el único testimonio de vitalidad que el tribunal sabe expresar. Mientras tanto, los prisioneros tiemblan en los túneles fétidos donde los obligan durante horas.

Conozco el procedimiento agotador, un corolario de expectativas, hedor a orina, humo y esperanzas. En breve, el espectáculo comenzará: la Sala del Jurado, por los juicios menos graves. Una secuencia de cuerpos sentados o levantados mientras esperan que el tribunal decida si otorgará o no descuentos por buena conducta.

La anulación que los prisioneros tienen que pagar es la desvergüenza, esa forma terrible en que los inquisidores tienen que ingresar a su vida privada e íntima para determinar si es

digno de indulgencia. Escucho: “Ella pidió arresto domiciliario en la casa de su hija, pero su yerno no la quiere porque ronca, eructa y blasfema, y... sin embargo, después de la última crisis de llanto durante la cual gritó oraciones blasfemas, ella demostró querer reintegrarse asistiendo a la Santa Misa y estableciendo buenas relaciones con el capellán...”.

Las juezas son muy metidas en su papel: una es rubia, joven y ruda. La otra marmórea, inflexible y oscura como la etiqueta de un traje de sastrería. Dicen que es una campeona del justicialismo. Bostezo. Cerca de mí, hay un bigote que mira a su alrededor desconcertado. A pocos metros de distancia hay un escritorio más pequeño, y alrededor, empleadas agitándose.

Hormiguelo en las piernas, hormiguelo en los ojos. Si fuera por mí, me estiraría en estas sillas de metal perforado usando mi mochila como almohada, me quedaría dormida con la esperanza de despertar en mar abierto, al sonido de los Agricantus, con el primer prisionero transformado en un tuareg bailando.

Me dan ganas el aroma a *croissants* de crema que viene del exterior: quiero el desayuno. Pero también tengo sueño, me desperté al amanecer para escribir, pero también por la irritación. En la celda somos cinco en dos metros por dos. El calor es insufrible, sin mencionar el roncar de mi vecina, un ruido que se parece al tubo de escape de una oruga.

Pero hubiera preferido tener en mis oídos ese fondo molesto, en lugar del grito agonizante que escuché poco después venir de la Oficina de Matriculación. Una detenida de otro pabellón había sido convocada allí para comunicaciones urgentes. No quiero pensar en eso.

El horror de esa mujer estaba cerca y se acercaba. No tenía la aséptica asquerosidad de un artículo en el periódico. Acababan de decirle que había perdido a su esposo e hijos en un accidente automovilístico. Estaban hablando con ella. La jueza hizo muchas historias antes de darle permiso para asistir al funeral.

Echo un vistazo rápido a la lista de prisioneros que serán llamados a la audiencia: según la lista, deberían haberme llamado a las nueve y media, a las once todavía estoy aquí.

Entro en la sala y señalo la silla más cercana. Los carabineros quieren alejarme.

—¿No puedo parar aquí? Pero he sido convocada, soy una prisionera... Se tienen que respetar las normas —reconozco al carabinero bronceado y amable—. Fui convocada, repito, tengo que quedarme aquí.

Me hace un gesto para que pase. Mientras me siento, todavía mis párpados se cierran por el cansancio. Una mujer de cabello gris rojizo, despeinado, esmalte de uñas y vestido desteñido, se ha arrastrado a cuatro patas, aprovechando la distracción de los carabineros. Intenta hacerse pequeña porque no puede estar aquí. Ojos llorosos de perra y una vieja y cansada sonrisa de puta. Mira a los carabineros:

—Bastardos, pero ¿cuándo me la traen? —luego, volviéndose hacia mí— No la he visto en años.

Estoy hipnotizada por el mosaico con sombras alborotadas en sala. La jueza hermosa ajusta el alfiler a los lados del seno y el secretario mira en el escote: para esto tropieza y todavía logra colocar el archivo en la mesa con deferencia.

La otra jueza se pone las gafas y mira al nuevo detenido. La señora a mi lado tiene un sobresalto, teme ser expulsada porque la jueza ha ordenado nuevamente a los militares que retiren a los familiares de los detenidos.

—Espera, no tengas miedo —le aseguro—, déjame hacer a mí.

El carabinero viene hacia nosotros amenazadoramente. Pero lo distraigo con algunas bromas, ya no le importa la anciana, la deja tranquila.

—¿Eres una abogada? —pregunta ella.

—Presa política —rectifico.

—Ah —se enciende—. Pero entonces conoces a mi hija. Debe venir para que le suspendan la sentencia. Está enferma. Ojalá la dejen salir de allí...

La voz de la mujer es como un susurro, estoy demasiado cansada para escucharla con atención, pero de repente un recuerdo y una sospecha se insinúan. Detrás de sus rasgos caídos me parece reconocer la fisonomía de mi amiga Renata. Por esto le pregunto:

—¿Quién es tu hija?

La mujer confirma mi sospecha. Renata (para nosotras Minino Miao) vendrá aquí, la volveré a ver después de casi dos años. ¿Ahora es una enferma terminal? Solo espero que su abogado haya exagerado la gravedad de su enfermedad para permitirle la libertad. Pero también sé que la prisión no la enviaría a una audiencia si Renata no estuviera muy mal.

A mi lado, la mujer se agita, mirando ansiosamente la puerta del fondo de donde llegan los detenidos.

—¿Pero por qué las mujeres siempre pasan después? —Ella pregunta.

—Porque esta mala gente piensa que no cuentan —le digo—. Conozco a tu hija. En prisión recogimos la basura juntas.

—Ah —exclama con un aire disgustado y cuestionador.

No es fácil imaginar la prisión y sus deberes degradantes.

—Estos son los trabajos que se hacen en la cárcel... Incluso allí necesitas vivir...

—Me odias, ¿no?

La miro, ¿qué le puedo decir?

—¿Te dijo mi hija que me odia?

En ese momento se abre la puerta a los detenidos. Nos inclinamos para ver más allá de ese montón de uniformes. Avanza una figura delgada, que se apoya en una guardiana. Es pálida y usada como un trozo de mármol. El pelo negro cae como un peinado funerario. Tiene la mirada fija de los moribundos. Es Renata, llamada Minino Miao, quien avanza sin mirar a su alrededor.

Evidentemente, piensa que nadie ha venido a verla. Su madre se resbala y la llama, su voz ronca de emoción y cigarrillos. Minino Miao levanta los ojos, reconoce a su madre y se enoja. Al verme apoyada en la balaustrada, sonrío y comienza a acercarse.

—¿Sabías sobre Giada? —me pregunta— Estaba en el hospital, pero detuvieron el tratamiento para llevarla de regreso a prisión. Luego todavía en el hospital, pero demasiado tarde...

—¿Cuándo? —pregunto, con el estómago en un vicio.

—Hace dos meses...

Los carabineros la empujan hacia el mostrador de la audiencia. Aprieto el codo de su madre que se quedaba a mi izquierda con la boca abierta. La multitud de familiares empuja para entrar, los militares intentan detenerlos, pero al final se rinden.

Solo en unos días se sabrá si Minino Miao ha obtenido la suspensión de la sentencia. En cualquier caso, ya no podré verla: frecuentarse entre los que tienen antecedentes penales está prohibido.

Los actores en la escena cambian. Es el turno de un arrepentido, no quiero escuchar a traidores. Salgo y deambulo por los túneles del tribunal, hasta que me encuentro con otra vieja conocida.

—Silvana, ¿qué haces aquí?

—Yo trabajo aquí. Y tú, ¿cómo saliste?

—Una audiencia. Por el descuento de penalización.

La dejo, es mi turno.

El ritual se consuma rápidamente, estoy distraída, todos los informes sobre mí (los problemas, las relaciones de comportamiento) me dejan indiferente. Me vienen a la mente los procesos políticos: los rostros de los familiares más allá de las barreras que se parecen de manera impresionante, los comunicados colectivos, las duras condenas. ¿A dónde fue todo esto? ¿Qué tipo de memoria se mantiene?

Salgo del aula en una condición de somnolencia leve, la misma que me acompañó durante mi estadía en este lugar de burocracia ordinaria. Como si el Tribunal no se pudiera visitar estando despierto y con todas las facultades físicas y emocionales activadas, sino solo bajo esta capa gris de fatiga tórrida.

MININO MIAO

Renata aterrizó en “la gira externa” mostrando un ceño fruncido que no prometía grandes conversaciones. Ese día el viento inflaba como pequeños globos de aire caliente las bolsas de basura, incluso antes de que pudiéramos llenarlas. ¿Te imaginas una evasión así, apegadas a estas bolsas?

Girando entre cajas de fruta podrida y restos de la cocina, bromeamos: mientras la basura rodaba por todas partes, extendiendo un hedor de asco en una ráfaga. Bauticé ese trabajo “gira infernal”. Renata se echó a reír. Inmediatamente trabajamos juntas, debido a esos mecanismos espontáneos que llevan a ciertas personas a entenderse entre sí.

Dividimos las tareas de forma natural, levantando los pesos al mismo ritmo. Quizás debido a nuestro tamaño físico similar. Además, mi compañera no estaba buscando otros contactos. Respondió en monosílabos durante mucho tiempo. A veces sentía como una carga el peso de su severo juicio de mujer “que había vivido”: tal vez por mi educación o el maquillaje debajo de los ojos, o la forma cordial en que me dirigía a ella.

“Renata De Martis, recuerda permanecer en ayunas y no fumar. Hoy tienes que hacer el análisis”. Así dijo la guardiana mientras ella sacaba el papel plateado del paquete de cigarrillos. Se encogió de hombros y buscó el encendedor.

—No puedo resistir.

—Quién lo dice, podrías intentarlo. —Soplé sobre la llama azul celeste para extinguirla. Renata tuvo un movimiento enojado. Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro. Luego, avanzando, me desafió. Pequeñas arrugas de defecto se formaron alrededor de sus ojos: pupilas redondas y marrones, pájaro vigilado. Círculos oscuros profundos y azulados, la cara marcada por una expresión despectiva. Casi éramos coetáneas.

Todas nuestras experiencias están grabadas en el cuerpo. ¿Qué leer en el suyo? Heridas de todo tipo, ira. Tanta ira.

Pero también fuerza y carácter...

—¿Por qué estás adentro?

Se apartó el pelo de la cara.

—Narcotráfico. Pero no estoy involucrada. Solo estaba en la casa de alguien que...

Asentí, tratando de ocultar la expresión irónica: todas inocentes, por supuesto... mismo espíritu. Cuando yo, por lo contrario, decía que no era inocente en absoluto, que había reconocido y reivindicado cada acusación política, se sorprendieron.

Renata se dio cuenta de mi incredulidad—: No dije que soy una flor blanca. Pero esa vez, realmente no entré.

—Está bien, está bien, eres adicta a las drogas, supongo...

—Ya no. No lo he hecho en siete años. Desde que fui a la cárcel.

—¿Lo ves? Tienes carácter —le dije cuando estaba a punto de ceder nuevamente al hechizo del cigarrillo.

Un gran ratón saltó de los cartones, dejando a dos gatos atrofiados aturcidos, lanzados a lo largo de la pared hacia el pequeño agujero. Desde el huerto llegaban los bocetos de la regadera. Algunas prisioneras africanas trabajaban, inclinándose sobre los surcos recién arados. Todo lo que faltaba era una carcelera con un atuendo colonial y las notas de un espiritual en el dorado sol de Alabama.

Una guardiana apareció al lado de El Bettolino, la oficina que se encargaba de las compras.

—Por otro lado, matamos a una grande serpiente. ¿Podrías ir a recogerla?

—¿Una Gran Serpiente? ¡Lo de Berlusconi, entonces! —dije pensando en el símbolo de las empresas del político-emprendedor, una Gran Serpiente— ¡Pronto, chicas, arrojemos esta Gran Serpiente a la basura de una vez!

Le di unas palmaditas en el hombro a Renata y comencé con una pala y una escoba.

—Usted no se pierde una, ¿eh? —La guardiana se rio sacudiendo la cabeza.

Renata estaba sola, nadie vino a verla. Parecía no tener familia. Aparte del trabajo, no participó en ninguna actividad carcelaria. Cuando descubrí que estaban buscando a una chica en un espectáculo teatral que pronto se organizaría, hice todo lo posible para convencer a Renata de que se propusiera. Era un cuento de hadas para niños, estaban buscando a alguien para el papel de gato parlante.

—Con todos los problemas que tengo, me falta lo del gato parlante. Y luego no me gustan los gatos.

—Al menos te distraes un poco, iré contigo a los ensayos. Si quieres, aprendamos la parte juntas. Nos reiremos.

Me sorprendió lo rápido que se aprendió la parte, sin perder el ritmo. Se divirtió e hizo reír a todas. Los hijos de las reclusas la llamaron Minino Miao. Unos días después me mostró las fotos. Una para mí, con dedicación.

—Con ese disfraz y la máscara, pareces una niña, Minino Miao.

Un jadeo, sus ojos de repente se llenaron de lágrimas. Intentó concentrarse en el trabajo. Escobaba, cabeza abajo: guantes usados para los cacheos, latas y colillas húmedas. Buscó una servilleta que no tenía. Le di una. El helicóptero policial pasó lentamente sobre nuestras cabezas. Un poco más de polvo entró en mi garganta.

—Cuenta conmigo si quieres... —me aventuré.

—Es a causa de la niña... y para mí. Tomé una foto de Cristina así para el Carnaval. Hace mucho tiempo.

—¿Tienes una hija, Renata?

—Ya no. Me la quitó él, y mi madre se la dio, la perdí. Poco a poco lo perdí todo.

Murmuró, apenas podía escucharla, como si estuviera hablando más para sí misma. Recuperó un tono normal.

De niña, me dijo, había crecido con su abuela, de quien tenía buenos recuerdos. Los padres, incapaces de transmitir afecto, siempre discutían. Cuando murió su abuela, Renata había vuelto con su madre. El día que Renata le confesó haber sido violada por su marido, la mujer no le creyó.

La había expulsado. Tenía trece años cuando terminó en un instituto correccional. Entonces se había convertido en una chica turbulenta: escapes, retornos, encarcelamientos. Antes de elegir la calle, había desnudado a una monja.

—Me había apuntado —dijo ahora—. Era una mujer blanca por fuera y negra por dentro: falsa.

Se arremangó: las cicatrices profundas estropearon sus brazos. Manos hinchadas como las de un hombre ahogado.

—¿Cuándo empezaste a inyectarte con la heroína?

—Alrededor de dieciocho años. Algún tiempo después de que él me quitó a Cristina...

—¿Quién es él?

Su primer amor: un pequeño mafioso que pretendía ser una buena persona y que la había obligado a prostituirse. De él tenía una niña, su última playa, pero el hombre cansado de ella la había dejado. Sin embargo, no antes de haberle robado a su hija, que en ese momento dormía con su abuela. A la mujer le había dado dinero, a Renata palizas y amenazas: si hubiera presentado una queja, la habría matado junto con la niña.

Renata, habiendo obtenido un arma, había ido en busca de su hija. Después de seguir enfrentándose con su perseguidor, había visto a la pequeña irse a Sicilia, presumiblemente con la familia de él. Para darle un futuro, había dicho el padre.

Minino Miao había estado aturdida durante muchos años. Droga. Odiando a la madre, pero a menudo volviendo a ella, buscando afecto y aprobación. Dinero, flores, regalos... La madre había aceptado mientras despreciaba a Renata. Para su madre, había tratado de detener la droga. Y para su madre, después del primer arresto, lo había logrado. Pero la madre

ya no la quería con ella. Sin tráfico de drogas, Renata ya no podía pagar su renta. Se habían peleado furiosamente. Una vez más en la calle, Minino Miao fue arrestada de nuevo.

—Pero ya no he tocado las drogas, ¡te lo juro! Ella tendrá que volver a creerlo cuando yo ya esté muerta.

—Tienes toda tu vida por delante, tendrás tiempo para reconciliarte con tu madre.

—Soy VIH positiva. Lo descubrí aquí, justo cuando dejé de tomar drogas. ¡Qué broma! Pero ella nunca lo sabrá. Él nunca me quiso. Nadie nunca me quiso.

Apreté su brazo y me aclaré la garganta:

—Yo te quiero, Minino Miao. Por lo que vale...

—¿Y por qué?

—Tal vez porque has desnudado uno de esos sepulcros blanqueados.

LA ROSA NEGRA

Al regresar del trabajo se me impidió ir a la celda de inmediato. Razones de seguridad, dijeron. Esperé un cuarto de hora para que la desconocida mujer superpeligrosa dejara libre el paso. ¿Quién podría ser? Quizás una mafiosa o una traidora excelente. En tales circunstancias, siempre tratamos de saber: el reflejo de la vieja prisionera. Ciertamente, no podría haber sido una presa política, lo habríamos leído en los periódicos.

Se liberó el paso. Subí las escaleras a toda prisa y corrí por las galerías. Solo quería una ducha. Fui asaltada por un olor a comida y hedor de inodoros, mezclado con el olor de Lysoform por los pisos (en prisión, los olores se estancan en un molde que impregna todo).

La sección de Máxima Seguridad es un edificio bajo, las celdas están casi hundidas: algunas cajas de zapatos ubicadas a lo largo de dos corredores, pero equipadas con una ducha. Las más cómodas de toda la prisión.

Un “privilegio” al que habría renunciado con mucho gusto. En ese microambiente estábamos agotadas en infinitos conflictos: un puñado de exguerrilleras brigadistas, sentenciadas

a cadena perpetua o a largas penas. Nunca se había asignado una detenida común a nuestra sección. Esto había creado dificultades, no había nada más que pelear por cuestiones ideológicas.

¿Qué estaba haciendo esa chica con su equipaje entonces? Le pregunté a mi compañera de celda. Ella sabía poco más que yo, solo que la nueva prisionera tenía que ser protegida. ¿Entonces una arrepentida? Lo único seguro era que nadie quería tenerla en la celda. En consecuencia, ella estaba parada allí en la puerta.

Me incliné hacia el corredor y ella sonrió. Los ojos negros de cierva solo pidieron ser bienvenidos. Pequeña, sinuosa, el largo cabello castaño cubría una parte de su rostro. Cada vez que se sonrojaba, los deslizaba hacia adelante, inclinándose un poco.

Una muchacha de veinte años. ¿Para ella habían activado el Sistema de Seguridad Especial?

Lo pensé solo después de la ducha. ¿Que el Ministerio había decidido enviar traidoras a esa sección? ¿Por qué razón? ¿Cómo reaccionar en ese caso? ¿Qué hacer con una muchacha? Pero ni siquiera podemos tolerar esa presencia. También existía el riesgo de que pudiera ser bien aceptada por el otro grupo de “políticas”: ¿cómo comportarse entonces?

Mientras tanto, la morena estaba allí con su equipaje. Continuó sonriendo al vernos ir y venir. Y estaba sonriendo de una manera tan irresistible que me encontré respondiendo a sus ojos. Arrepentida y molesta conmigo misma, me puse los auriculares del Walkman y salí al sol.

En la plaza de hierba y cemento, las moscas zumbaban numerosas: imposible disfrutar del sol de julio sin moverse continuamente. Me acosté en un banco, mi piel manchada de aceite bronceador, lo que provocó un asalto masivo de moscas. Los constantes intentos de protegerme me hicieron sentir incómoda: el libro cayó de mis manos, luego el lápiz y el marcador. Escuché una risa a mis espaldas que logró contagiarme. De pie en los escalones esa chica en bermudas. Ella se sentó a mi lado sin ser invitada.

—No me gusta el sol —dijo.

“Entonces, ¿por qué no te vas y me dejas en paz?”, hubiera querido decirle, y en cambio bajé el volumen del Walkman.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Rosetta, Rosetta Manna. El apellido de mi esposo ya no lo llevo desde que El Molino es un infame. Sin embargo, ya estábamos separados. ¡Gracias a él, estoy aquí, aislada durante dos meses! Me protegen por su culpa, pero yo no quiero protección. No he traicionado. ¡No faltaría que piensan que soy yo la sapa!

Una nube cubría el sol hasta la mitad, mientras una paloma me ensuciaba la toalla. Un suspiro: se estaba preparando una agradable tarde.

—¿De qué te acusan, Rosetta?

—Asociación mafiosa, narcotráfico, armas...

—¿Empezaste en la cuna?

—Todo es falso. Casi todo. Culpa de mi esposo. ¡Qué infame!

—Es tu problema. No soy un juez. Es suficiente para mí que tú no seas una infame.

No es que me gustaran los mafiosos o los traficantes, pero no tenía nada más que agregar. Fue ella quien sintió mis pensamientos.

—Ni siquiera soy una mafiosa. Solo ayudé a mi madre a desintoxicarse.

Miré la hora, reprimí un bostezo. Bajó los ojos y guardó silencio. Aproveché la oportunidad para recoger mis cosas.

—Tengo mucho que hacer —murmuré.

No sé por qué, pero esa chica tenía el poder de hacerme sentir incómoda. Regresé a la celda. La escuché hablar con las demás sobre sus acusaciones.

Si no hubiera abortado a los diecisiete años, ahora tendría una hija de su edad. ¿Qué sería de mí si entonces hubiera elegido lo contrario? Puse una hoja de papel en la máquina de escribir. Una rama grande cayó, asustando a los rebaños. Un rayo de sol se reflejó a través del cristal de la cama.

En esa época, el aborto no era legal, y a la edad de dieciocho años todavía no era mayor de edad. Por otro lado, en aquel tiempo odiábamos vivir en los perímetros trazados por otros, por nuestros padres, por aquellos que nos precedieron; ya me había ido a vivir por mi cuenta.

Ya había un ego social en rebelión y un nosotros que actuaba en colectivo como su pelvis y eco. A los quince años, los primeros enfrentamientos con los fascistas, luego las densas reuniones, las candentes asambleas. Me vienen a la mente las consignas rimadas de toda esa rebeldía.

En los días que siguieron, traté de evitar a Rosetta, a veces me miraba. Me salí con una sonrisa. Pero sin alentar nunca su necesidad de explicarse y ser aceptada. Sabía de ella por

mi compañera de celda, que a menudo le hablaba: una gran familia del sur, una vida loca desde la primera infancia, encuentros equivocados.

—Mira, no me importa. No quiero lidiar con eso: estoy cansada de ser una asistente social.

—Nadie te pidió que lo hicieras. —Me heló mi compañera. Ella se ofendió, lo entendí sin necesidad de hablar (sucede que estas extrañas correspondencias humorales se establecen entre individuos obligados a vivir juntos como dos parejas casadas, mal envejecidas). Ya no era bueno entre nosotras. Si las palabras son piedras, fuimos apedreándonos. Expliqué, expliqué, como para compensar la ausencia de vida, esa vida que no puede insinuarse entre las esquinas estrechas de aquellas celdas.

—¿Te molesto? —La muchacha descorrió la cortina y me miró.

Apenas reprimí un gesto de irritación, lo disimulé haciéndole una señal de que se siente. Luego me puse los auriculares y comencé a leer de nuevo. Rosetta entró en el calabozo mirando a su alrededor, por invitación de mi compañera de celda, y se sentó. Envié una canción de Sting a todo volumen, pero no pude concentrarme en el libro. Mis ojos se deslizaron casi automáticamente sobre las dos que estaban confabulando y sentí que las odiaba.

Tuve un temblor, como si estuviera en una cueva insonorizada y de repente escuchara el estallido de una estalactita colapsada. Rosetta se volvió hacia mí, por los labios comprendí que quería saber lo que leía.

—*Mujeres que corren con lobos*. Un libro de psicoanálisis.

—¿De qué trata?

De mala gana dejé las notas de “Shape of my heart”. Me quité los auriculares y, finalmente, me alcanzaron los disturbios de la otra sección: era la hora de socializar (qué nombre tan ridículo e infantil por un lapso de tiempo compartido de estas nuestras vidas recluidas).

Los primeros años de cárcel esperaba el momento en que finalmente me permitieran salir del cubículo para alcanzar a la compañera de otra celda. Las invitaciones se habían diluido a medida que aumentaban los conflictos políticos en la sección. Hasta incluso la hora de socializar se había convertido en un instante doloroso y lacerante.

Hablamos sobre psicoanálisis; Rosetta me hizo muchas preguntas como una niña. Pero ¿qué está esperando mi compañera de celda por sacarme del apuro? ¿Por qué me deja sola con esta muchacha que me causa una incomodidad alienante? Una vez más, mi compañera de celda entendió:

—¿Quieres un té de hierbas? —preguntó.

Me rehusé y volví a ponerme los auriculares. Y la chica impertérrita volvió a acosar a mi amiga leyendo en voz alta sus acusaciones, dibujando simultáneamente una línea defensiva. Cuando el álbum terminó, Rosetta seguía leyendo las actas de su juicio en voz alta: “Parece haber cometido los crímenes antes mencionados sin ninguna influencia, de hecho instigando a otros a los mismos crímenes...”, tenía las mejillas rojas y una chispa de orgullo se movió en sus ojos.

—“¿Entendiste lo que está escrito?” —con esto, sí que me condenarán—. “Al menos estará claro que no fui como ese infame” —los ojos negros de un cervatillo aterrorizado, luego

la pregunta de falsete—: “¿Crees que será claro también para los otros acusados?”.

En su cara, las sombras largas y oscuras de un crepúsculo invernal.

Imágenes de mis veinte años. Con demasiada frecuencia, era la única mujer entre los hombres... Fumar, cenizas, adrenalina, Molotov en la calle: la propagación de la guerra de guerrillas y los primeros apresamientos de la policía. ¿Por qué ese compañero no volvió a casa? Tranquilo, nadie habló, nadie traicionó... Nadie había traicionado aún entonces...

—Toma en cuenta algunos gestos sensacionales. Si quieres distanciarte de tu marido, tu banda podría exigirlos —aconsejé.

—¿Qué quieres decir?

—Pero no lo sé: tirar del cuello a alguien, a tu esposo tal vez...

Ella dio un salto como si la hubiera golpeado.

El problema de la decisión, sí, de la elección consciente, siempre el tema está presente... Le hablé en un tono odiosamente didáctico de las alternativas a su vida de disipación.

—Quizás la vida decida a mi plazo —dijo enfáticamente—, tengo un tumor. Ya me han operado dos veces.

Era la hora de que las celdas se cerraran, Rosetta se dirigió hacia la salida. Luego, en la puerta, se volvió y agregó:

—El cáncer no parece mortal... pero ya he escrito que quiero una rosa negra en la tumba.

A partir de ese día, la cara de Rosetta se hizo habitual en nuestra celda. Descubrimos su lado artístico y su humor. Le prestamos libros, nos dedicó dibujos. La ayudamos a salir de los mecanismos retorcidos de la Sección Especial. Me pareció

que su mirada se iluminó con una nueva luz. Un día me mostró una carta dirigida a su actual pareja, también detenido por mafioso. Una carta dolorosa y bien escrita: querido, dijo, a partir de ahora tendrás que tratar con una persona diferente.

Una carta valiente: al rechazar el apoyo de ese hombre, Rosetta se habría encontrado sin respaldo. Después de todo, ella era la esposa de un traidor y en esos círculos mafiosos una mujer soltera tiene poco peso.

Después de enviar la carta, pasó días angustiada. Nos lanzaba miradas turbias, odiosas, curiosas, solicitudes de ayuda. Luego él contestó. Ella me mostró la carta con ojos brillantes. Esa carta era una mezcla de frases enfáticas y sabiduría desolada, pero después de todo, inteligente y cariñosa.

—Lo amo —dijo—, pero no me gustaría volver...

La comunicación de su juicio llegó ese día. Quién sabe si volveríamos a vernos, quién sabe a qué destino se enfrentaba... A pesar de los años en prisión, nunca me acostumbré a los traslados. En una época nos trasladaban de noche: lanzadas hacia destinos desconocidos, con nuestras pocas cosas en la mochila. Desde las mirillas en las celdas, aparecían algunas caras soñolientas que nunca volverías a ver.

Luego: Oficina de Matriculación, búsqueda, viaje. Horas y horas en el asiento de la jaula del vehículo blindado, las muñecas enrojecidas por las esposas, el estómago en la garganta a cada paso.

Con la esperanza de que a Rosetta no le fuesen a imponer el "41 bis", el régimen especial de vigilancia para los peligrosos. De lo contrario, cómo podría curarse, reflexionar, volver a estudiar...

LAS TRES GRACIAS

Sé que dentro de unos días me darán el trabajo afuera: el artículo 21, que suena como la exención de los locos al servicio militar. Vamos a trabajar durante el día y regresamos a la cárcel a una hora determinada (temprano). Libertad racionada entre prohibiciones y caminos trazados. ¿Ya han establecido mi camino obligatorio? ¿Tendré tiempo para mirar las ventanas, comprar libros y medicinas? No más módulos, productos adquiridos en cajas cerradas. Libertad para hacer la compra incauta, para llenarse de dulces, para tomarse de nuevo un vinito.

Libertad microscópica, libertad derrotada, libertad bajo tutela.

El impacto con la sección de semilibertad es amargo: dejé a mi compañera y también a la Bigotina que maullaba detrás de la puerta blindada. A partir de aquí, un mundo dividido por celdas y vehículos blindados y por un tratamiento carcelario que ya no prevé ningún contacto con las prisioneras de antes. Desde la terraza del paseo veré las barandillas desde arriba, la

gruesa rejilla de acero sobre la carcasa de hormigón en la que durante años he hecho la hora del aire.

Casi a los cuarenta un nuevo comienzo. Trato de imaginar lo que sucederá afuera. Con quién puedo hablar, explicar. Quizás sea mejor guardar silencio.

—Lo largo que lo haces... Ya sabes que no lo dejarán entrar.

—Pero gasté más de veinte mil liras en esta maldita pizza.

Aquí están los rumores de las semilibres que están regresando. Aquí está mi nueva compañera de celda, jadeante, que se asoma por la ventana: redonda, vieja y morada.

—Soy Nina —exhala—, lo siento, pero el corazón... la ventana... para respirar.

—Oh, no te preocupes —digo envolviéndome en mi poncho—, hay viento de tramontana y sin vidrios en esta ventana podríamos disfrutarlo todo.

En la puerta de la celda, tres mujeres: una pequeña y roja, casi unos cuarenta años, la otra matronal y oscura. La tercera es una rubia de cincuenta años.

Las invito a entrar:

—¿Cómo se llaman? —pregunto.

—Gracia. —Todas responden al unísono.

—¿Tres Gracias? —Me estoy divirtiendo.

Mientras se sientan pesadamente, trato de catalogar: Gracia Uno, la pelirroja; Gracias Dos, la mujer gorda; Gracia Tres, la estridente.

—¿Cuánto tienes que hacer? —Gracia Uno me pregunta sobre los años de condena.

—Casi treinta.

Una brizna de viento del norte nos perfora, un escalofrío en la columna.

—Nunca pasa, ¿eh? —Esta es Gracia Dos.

—¿El frío? Nunca. Tal vez me pondré el K-way. Este punto está maldito.

—No se está hablando del frío —Gracia Tres se indigna—, hablemos de la cárcel, treinta años.

—¿Y tú cuántos obtuviste?

—Veinte, dicen que forcé a alguien que estaba conmigo a colgar a mi esposo. Dos décadas por un polvo, imagínate. No tengo nada que ver con el asesinato. Y el infame que me tendió una trampa, tal vez porque lo dejé.

—¿Y usted?

Gracia Dos mira alrededor, cautelosa. El escaso cabello rizado que enmarca su rostro, cuadrado como los hombros y el resto del cuerpo. Cruza las piernas cuya grasa se balancea en los *leggings*.

—Crimen de honor. Vengué a mi esposo asesinado. Casi veinte años yo también...

— Pero mira, el mismo nombre, la misma condena. ¿Para ti también?

Gracia Uno limpia sus gafas. Tiene ojos afilados como alfileres, rasgos dibujados y arrugas que acentúan el aire ceñudo.

—Más o menos. Incluso a mí también un hombre me acusó de matar a mi esposo. Pero no es verdad. Solo mi hija creyó en los jueces.

—¿Cuántos años tiene tu hija?

—Más de 20 ahora... creo.

Y en ese momento: prot-prot. Ruido inconfundible. Nos miramos con recelo: ¿quién de nosotras se ha tirado un pedo? Nadie, al parecer. Por otro lado, no hay mal olor.

—¡Oh, Dios, el Apestoso! —exclamo— El Apestoso también aquí...

Las miradas de las tres Gracias me cuestionan.

—El Apestoso, sí, el guardia que siempre me ha seguido —respondí—, o tal vez un fantasma, el fantasma de las Cárceles Especiales.

—¿Qué estás diciendo? —Gracia Tres me presiona.

—¿Quieres saber la historia del Apestoso?

Consentimiento unánime.

—Después de que me detuvieron, después del hospital y el aislamiento...

—¿Hospital? ¿Estuviste enferma?

—Herida, en un tiroteo. Me llevaron a Latina, un pabellón especial, pero al final no estaba tan mal. Inmediatamente me pusieron en el régimen vigilado de “41 bis”. Aislada. Sin correo, conversaciones, contactos, trabajo. Una mierda. En resumen, traté de no estar todo el tiempo esperando la hora de paseo o el noticiero que hablaba de nuestros primeros arrepentidos...

—Infames, puah... —Gracia Uno escupe.

—Vamos, que ahora viene el Apestoso. Deben saber que yo estaba esperando la noche para escribir o mirar la luna. Con la ventana abierta sentía la primavera e incluso el mar...

—Qué bien habla —dice Gracia Tres.

Me escudo con un gesto:

—Y especialmente sentía las pedorretas de un Apestoso que estaba emboscado a dos metros de mi cubículo, a lo largo del muro que rodeaba la prisión como una ciudad medieval. Y arrojaba pedos. Un concierto improvisado de eructos y flatulencias...

—Qué bien habla.

Hago el gesto de un coscorrón y Gracia Uno se aleja sacándome la lengua. Luego se quita los zapatos y se acomoda mejor en la cama.

—Pero no he terminado. El misterioso Apestoso reaparece cuando me transfieren a Voghera. Para variar, me ponen en una celda de la esquina. Allí, desde la pared circundante, los guardias gritaban de todo a las compañeras; había un clima bastante tenso.

—Una mierda, esta Voghera.

—Ya. Todos esos pitidos electrónicos entraban en tu cerebro. Tantas de esas cámaras que ni una estrella del cine hubiera soportado. Y de noche, el concierto de frambuesas del habitual Apestoso. Y, debido al habitual régimen de “41 bis”, ni siquiera podía refugiarme en la sala colectiva para “socializar” con las demás.

—Por supuesto que ustedes las políticas habéis pasado por mucho. Yo en ese entonces ya estaba de licencia —Gracia Uno se hace espacio al otro lado de la cama. Por ahora, todas estamos atrapadas en mi camilla. Solo Nina ya está durmiendo en su cama lateral.

—Ah, sí... los años más, los pabellones especiales, las censuras. Entonces, un día llega el equipo punitivo, dirigido por un hombrecito con cara de canalla que tiene prisa por

empezar. Se arroja sobre mí gritando como un obsesionado: me ordena que vaya de inmediato a la gran sala de sociabilidad. En este lugar están locos, pienso, primero hacen todo lo posible para evitar que me vaya en sociabilidad, y ahora quieren obligarme a ir...

Un poco de aire frío entra en mi garganta. Toso y respiro hondo.

—Y entonces presencio un allanamiento general, un saqueo completo de las celdas. Como una gran cantidad de asaltantes locos. Después, nada quedó intacto. Regreso a la celda destrozada y noto un cinturón marrón en la cama, les pregunto a las compañeras de quién es. No es de ninguna de ellas, los cinturones no son permitidos. Podría ser de un guardia, dicen, y...

Un sorbo de agua. Las otras siguen el movimiento de la botella, interesadas en seguir la historia. Desde lejos, el ruido del invierno.

—Y agregan tener cautela, porque también ha sucedido encontrar semen entre la ropa interior.

—Qué bastardos...

—Bueno, tal vez las compañeras estaban exagerando. Por supuesto que era un lugar loco. Pero ya sabes cuántas guardianas se han vuelto locas e incluso algunas de nosotras, desafortunadamente... Sin embargo, terminé considerando que el Apestoso era un pendejo.

—¿Pero eran todos tan capullos con ustedes? —Gracia Tres se quita un poco de rímel de las pestañas. Sigo con preocupación el polvo de máscara que se extiende sobre la colcha.

—No, no todos.

—¿Te acuerdas de la Ciabattina? —Gracia Uno, que siempre ha estado aquí, pregunta.

—Por supuesto que la recuerdo, era muy buena, siempre usaba zapatillas para no hacer ruido por la noche.

—Tal vez había pies hinchados, ¿verdad?

—Tal vez. Pero era una buena anciana, como una madre romana. Se fue un poco antes de jubilarse, cuando las guardianas también se hicieron militares. ¿Y sabes lo que me dijo una vez?

—¿Que era la mamá del Apestoso?

Risa general. Una se aprovecha para sonarse la nariz, Nina hace un zumbido poderoso y se despierta. A lo lejos, sirenas de policía.

—Me dijo que una vez en el mercado, ella se quedó sin dinero y el tipo de las macetas creía que quería ser astuta y bajar el precio, luego levantó las manos y le dijo: “¿No lo crees? Revisame, entonces, revisame”.

Dice que desde ese momento pensó en cambiar de trabajo...

—De todos modos, para mí estos años me han parecido un infierno. Suerte que tú sabes cómo tomarlo. Siempre riendo

—Gracia Uno estira su pie y lo coloca dentro de mi poncho.

—Mi mandíbula se habrá bloqueado, o me he quedado sin lágrimas, como alguien dijo.

En coro:

—Qué bien habla.

No sé quiénes son estas mujeres. Si hubieran descrito sus crímenes en otro contexto, me habría horrorizado, pero aquí estamos bien. La intimidad ha sido creada. Ellas también, por supuesto, me consideran una asesina. Un poco más estúpida,

quizás, asesina por nada: no por dinero, no por sexo, nada cuantificable. Y aun así estamos bien.

En el árbol opuesto, un búho. En los ojos amarillos, el destello de un disparo.

—Tengo más de cuarenta años, pero tuve que volver con mi padre, que se aprovecha de mí e incluso me impide salir —dice Gracia Dos.

—Entonces vete.

—¿Pero a dónde? Está esta cárcel y no tengo dinero.

—Intentemos razonar juntas. Mientras tanto, no dejes que te pisotee.

Gracia Tres se mira las manos y acaricia sus uñas lacadas. Tiene manos largas y nudosas, la piel a los lados de las yemas de los dedos un poco roída.

—Yo —dice— ahora he encontrado a otro, que conoce mi situación y la comprende. Nos conocemos desde hace unos años. Lo amo mucho, incluso si está casado.

—¿Y usted? —le pregunto a Gracia Uno.

Ella se encoge de hombros y mira hacia afuera.

—Tuve otro hijo, durante una licencia, de uno.

—¿Y eres feliz?

—Qué decir...

Una luna aguda se revela detrás de las nubes. Por la noche cae el telón, cortina de espiga oscura.

—Pero nos veremos mañana —les digo—, en el camino de regreso: todas tenemos antecedentes y, por lo tanto, no podríamos encontrarnos afuera, pero no nos dirán nada. Después de todo, tenemos que seguir el mismo camino.

Reunirse por la noche en el camino de regreso se convierte en una costumbre. Una cerveza rápida en el bar del barrio, algunas bromas, una mirada y un comentario sobre el pequeño mundo de los reclusos que regresan.

Horas contadas. Acostumbradas al ambiente, para nada al regreso.

Hasta que una noche, solo Gracia Uno llega al lugar habitual.

—¿Y las otras? —pregunto.

—Gracia Dos se tomó un día libre, no vi a la otra.

—Qué raro —le digo—, siempre llega a tiempo, incluso un poco paranoica, ¿crees que algo le haya pasado?

Gracia Uno se encoge de hombros. Siempre da una impresión de desapego. Y esta noche ella está particularmente frunciendo el ceño. Me enteré de que su presunto asesinato fue realmente aterrador. Por el dinero, dicen. ¿Qué hay detrás de la preocupación de esta Gracia? Quizás nada. La nada de estas luces amarillas plastificadas, la nada gris y opaca de la insensatez.

Detrás de nosotras, pasos. Me doy vuelta distraídamente.

—Tal vez es la hija del Apestoso que te está siguiendo —sonríó para burlarme de ella.

—¡Ya para! —Gracia hace como si persiguiera una mosca de su cara.

—¿Qué le pasa?

Mientras tanto, la perseguidora descarta el lado y toma el camino paralelo a la carretera. Continúa en nuestro mismo viaje. Mirándonos. ¿A dónde puede ir a esta hora? Voy a preguntarle a Gracia Uno, pero me doy cuenta de que está

blanca como un trapo. Sin mover un solo músculo de la cara, llora. Pero su dolor no es fácil de abordar.

—Ella es mi hija —dice en voz baja—, me ha estado siguiendo durante años, desde que salía de la cárcel durante el día. Pero no quiere verme. Le tenía mucho cariño a su padre.

Un pedazo de alambre de púas se desliza entre mis uñas de los pies. Me apoyo en ella, que me ayuda con sus manos y sus ojos. Estamos en la puerta principal, hay unos minutos para volver. Ahora está claro que Gracia Tres debe haber tenido un accidente. Al entrar, tratamos de convencer al guardia que nos acompaña de esperar un poco: en muchos años, Gracia Tres nunca ha llegado tarde. Así que creamos ingeniosamente mil enganches, solicitamos información, abrimos y cerramos la jaula varias veces para almacenar nuestros artículos personales, uno diferente como otro para permitir que Gracia Tres regrese sin problemas.

Finalmente, llega nuestra amiga. Abrumada. No tenemos tiempo para preguntarle nada; enseguida se derrumba exhausta en el banco.

—Está muerto —murmura—, esta noche, un derrame cerebral.

—¿Quién?

—Mi hombre, estaba con su esposa; ni siquiera he podido verlo.

Tomamos su bolso, un brazo alrededor de sus hombros, caminamos la pequeña escalera, pisoteando las hojas y las flores secas. Unos pocos animales se escapan en los arbustos. Evito el cadáver aplastado de un ratón con una mezcla de horror y compasión.

PRINCESA

Los gatos son los únicos seres vivos que me inspiran total confianza: nunca he tenido sentimientos ambivalentes por los gatos. A veces me gustaría poseer la cruda rudeza con la que los otros reclusos persiguen a Princesa, una gatita asquerosa, sarnosa, pero caliente y abierta que ronronea y maúlla. Me relajo, no puedo resistir el ronroneo, ni las uñas que planta en la esquina inferior del pubis. Intento esquivarla, pero se ha instalado, su oreja sarnosa a dos dedos de mi muslo, ojos lánguidos y goteando baba. Paso mis dedos bajo su cuello, ella se tira sobre su estómago, miro a mi alrededor como un ladrón. Un fuerte olor a higos se mezcla con el olor a ropa lavada, pinos y hierba empapada. Es el domingo, día libre del trabajo, tienes que quedarte adentro: estas son las reglas del artículo 21. “¡María! ¡Te quiero! ¿Has recibido mi carta?”.

Frente a nosotros, la prisión de hombres. Desde las celdas los detenidos, gritando, intentan hacerse entender por las secciones de mujeres.

La gatita se durmió. A pesar de los otros gatos de Rebibbia, suspicaz e inquieta, Princesa es dócil. Una guardiana que no

pudo cuidarla la trajo aquí cuando era pequeña. Es blanca, hocico y patas rosas, andar aristocrático, nunca quedó embarazada. Recientemente, alguien arrojó una gatita rosa y blanco desde el tercer piso de una sección. No era ella, solté un suspiro de alivio. Esperando tu turno. Aquí los gatos traen bien o mal según las supersticiones o el estado de ánimo. Las supersticiones se multiplican, el estado de ánimo es cada vez más negro.

Una vez hubo muchos gatos, en el sótano del Aislamiento, su presencia era incluso un poco inquietante. Saltaban a las ventanas, agresivos y hambrientos, deslizándose entre los barrotes, robando todo lo que pudieron encontrar. Luego hacían la siesta sobre el vientre de algún preso complaciente. Me gustaba así. Tanto como para sentir siempre un movimiento de horror ante el hedor a piel quemada que a menudo infectaba el aire: se decía que pasaban gatos al incinerador. Esos pozos y el alambre de púas que los rodeaba evocaban fantasmas aterradores. “Doctora, pero ¿por qué no hay más gatos por aquí?”, le pregunté a la directora durante una audiencia. Su mirada se posó en las plantas cuidadas, en el abrecartas con incrustaciones, en el botón de alarma. Finalmente sobre mí. “... Los recolectamos y los entregamos a Protección Animal”.

“¿Y ese olor a carne quemada? Dicen que los asaste...”. “Imagínate... yo también tengo tres gatos en casa, ¿sabes?”. Me mostró la foto. “¿Ves que todavía crees en el Estado de Moloch, en la péfida institución total? ¿Cómo eres desconfiada! Vergüenza, vergüenza”. Al salir, le di un gran saludo radiante a la responsable de la censura.

A Princesa la conocí en “la gira externa”. Nos siguió a la distancia, a pequeños pasos, temerosa, pero anhelando la habitual ración de abrazos. Vania, con su imponente tamaño, había corrido a su encuentro. La gata estaba como petrificada. Con sus dedos estibadores, Vania rebuscó por todas partes, dejando más rastros de grasa en su pelaje blanco. Mientras tanto, la miraba con ojos ansiosos de vaca. Un gran amor, en resumen, floreció en un instante. Ese día había bautizado a su Princesa (“Bella, mi amor, Princesa”, murmuraba). Y sigo llamándola así, incluso si no me gusta el nombre. Su suciedad no me disgusta demasiado, así que no la ahuyento. Detrás de los vasos de plástico, contengo las lágrimas, ignorando los gritos que vienen de la enfermería: algún drogadicto necesitado. Como Giada, Vania, Minino Miao.

¿Y yo? Mañana volveré a salir de la cárcel para trabajar, sintiéndome como Moby Dick entre mujeres y hombres con una vida “normal”. Miro el verdor y el follaje y el cielo rayado en el que parece que un gigante holgazán ha puesto sus plantas. El aire que se nos concede es un estrecho cuadrado de verde y cemento. (“Bueno, claro, ustedes no necesitan aire acondicionado”, dice el bromista Piero al periódico, “ya van frescos, je, je”. “Claro”, respondo, “realmente tenemos aire... bien condicionado”).

La guardiana tiene rizos negros, ojos de lince, nunca deja de contarnos. Debemos taparnos: desde la oficina de vigilancia, los guardias informan que no podemos estar en bikini. Miradas irónicas y sonrisas cómplices: a pesar de la palpitante solidaridad entre nosotras, las políticas ahora se han roto, sin embargo, recordamos a Voghera, todas las miradas turbias de

los guardias detrás de las cámaras, que no se apagaban ni en las duchas. Algunas protestan, otras se tapan. Observo la gata alejarse con la cola recta, blanca con rayas grises. Barras grises y estiércol de paloma. Después de todo, los gatos están bien aquí: hay vegetación, comida y espacio protegido.

Un agosto mojado de rencores. Al otro lado de la pared, la bola de las “irreductibles” rebotaba directamente en mi corazón atormentado. No se les permitía la plaza verde en la que me encontraba juntar a quienes habían iniciado un diálogo con las instituciones. No se puede decir que el tratamiento reservado para nosotras fuera con agua de rosas, sin embargo, no podía acostumbrarme a ese “privilegio”. Sentía una gran pena, como una insuficiencia. Nos habían dividido en grupos, según el grado de adhesión a la causa: primero las rígidas, las semirrígidas, las blandas... como si fuéramos colchones ortopédicos. En la cárcel se consuman espantosas desigualdades, incluso, de un metro a otro, las diferencias de trato pueden ser abismales entre una reclusa y otra.

Mi compañera de celda y yo, a estas alturas (debido a nuestras elecciones), estábamos en desacuerdo con las demás. Y al fin y al cabo, la convivencia entre nosotras se estaba volviendo cada vez más difícil: un rencor que se arrastraba mutuamente, el que envenena la vida de muchos viejos esposos. Por eso buscaba con insistencia la compañía de Princesa.

Luego me atrajo un maullido. Un fajo ondeaba y gritaba detrás el alambre de púas. Debía haber tenido un par de días. Ciertamente era el hijo de la gata que solíamos alimentar. ¿Pero dónde estaba la madre? Las otras políticas continuaron su trote matutino arrojándome miradas de desaprobación:

no quería recoger ese garabato, ¿tal vez llevarlo a la sección? No, que no quería: ya tenía tantos problemas para quedarme yo, allí. La otra compañera seguía corriendo, murmurando algo para sí misma. Su cabello ondulaba, negro como el del gato al que yo quería acariciar. Más allá de la red, el maullido persistía en el retumbar del trueno y el crepitar de las primeras gotas de la tormenta. La otra compañera tomó un trozo de cartón y lo metió en la red: era todo lo que el gatito debería esperar de nosotras.

Volvimos a la celda. Más allá de los barrotes, los destellos violetas de la tormenta. Y siempre ese maldito maullido. Cuánto llora. De todos modos, antes de mañana estará muerto.

Cuando se abrieron las puertas, salí corriendo a ver. El pequeño tenor estaba un poco más estridente y empapado, pero aún no estaba seco. Era una hembra. Lo noté después de agarrarla por encima de la red. Prometedoras garras se aferraron inmediatamente al bikini tratando de succionar. “Oye, cariño, fuera de los límites, trata de regulararte: no soy tu madre, solo estoy funcionando como si”.

Una rata se deslizó por una grieta, un lagarto se lanzó entre sus pies, el cuervo graznó y la línea habitual de hormigas comenzó a marchar hacia las celdas. En el umbral, la guardiana con cara de oveja me miró interrogante, mientras la pequeña seguía buscando el pecho. El sol reapareció, devolviendo el color por la mañana. Más allá de las puertas, el primer grupo de familiares se acercó por la avenida: un día de encuentros, habríamos recibido el paquete de comida y quizás iba a haber algo para la recién llegada también, algo de leche, quién sabe... Desafortunadamente se necesitaba un

biberón. Quizás ese frasco vacío de gotas para los ojos podría haber estado bien. Y luego, quién sabe qué habría tenido que inventar para quedarme con esa gatita... De alguna manera convencí a mi compañera de celda para que me echara una mano.

Luego, con la pobre Bigotina (como la llamábamos) hicieron más que unos pocos, dejándola un poco desequilibrada y tonta. Pero, entre complicaciones y risitas de lástima, logramos retenerla y llevarla con nosotras durante la primera licencia.

—¿Qué tan fea es, cómo se llama?

—No está fea, es TORTUGATA. Y se llama Bigotina.

—Gracioso, ¿y por qué?

—Porque alguien le cortó uno de los bigotes, pero también porque si antes se decía... vendrá Bigote, o sea Stalin, ahorita podemos decir: ¡vendrá Bigotina!

En ese primer mes de trabajo al aire libre, había encontrado a Bigotina varias veces a mi regreso. Trotando detrás de Princesa, me acompañaba hasta la puerta blindada de la sección semilibre, maullando y rasguñando repetidamente. Hasta que una guardiana terminó echándola. A partir de mañana no la volvería a ver. Mi compañera de celda también esperaba la semilibertad, nadie podría atender asiduamente a Bigotina: por eso, después de largas discusiones por correspondencia, habíamos decidido confiar la gata a una compañera comprensiva, que vivía en otra ciudad.

Desde los barrotes de la celda, desde la distancia, veo a Princesa arreglándose las uñas en un tronco y luego cayendo,

feliz, en la hierba. Quizás incluso Bigotina hubiera sido más libre en las áreas verdes de la prisión que en una casa.

Dos tardes después, encuentro a un guardia particularmente afable en la puerta. Aquel que nunca trata mal a nadie y, a pesar de los demás, no lee revistas deportivas ni periódicos, suele llevar un libro consigo. Esta vez es las *Bucólicas*, de Virgilio. Una charla mientras espero que venga otro agente a buscarme. Princesa frota entre mis piernas. Creo que desde hace unas noches, los gritos de amor de los gatos han disminuido significativamente, sin embargo, todavía es temporada.

—¿Qué ha hecho con su gata fea? —pregunta el guardia, escribiendo la hora de devolución en el registro.

—No es muy fea, es TORTUGATA —recojo a Princesa— La sacamos... Aunque quizás hubiera sido mejor aquí...

—Bueno... —El agente moja el índice, pasa la página y la dobla para mantener la marca— Deja a ese animal, ¿no quieres llevarlo a la sección? Usted sabe que no está permitido...

Miro la portada de la edición económica, el gran anillo y las luces de neón que hacen que el uniforme sea más gris y la cara del guardia amoratada. Tiene una perilla negra, una frente ancha y ojos azules.

—Me parece que hay menos gatos... —me aventuro.

—Eh, sí —dice —, anoche aterrizamos bastantes... todavía me duele el brazo.

—¿Aterrizados?

—Bueno, sí: con palos. Como siempre. ¿No viste cómo se reproducen? Y luego maúllan, molestan...

Instintivamente abrazo a Princesa con fuerza, luego, de repente, la dejo. Y sale corriendo, por el sendero florido, entre el rayo de luna y las rosas, más allá de la valla.

COMO ACOMPAÑAMIENTO

El autobús 311 se detiene justo después de la curva. Desde la avenida Casal de' Pazzi llega un olor a carne asada: tarde de verano y parrilla al aire libre. Yo también solía vivirlo: guitarras alrededor del fuego. Desafinadas. Anticuadas. Imposible recordar los nombres de amigos. Muchos están muertos, otros, como yo, encarcelados. Mi esposo está en vía Majetti, una prisión para hombres. Miro con envidia la piedra donde suelo tropezar. Cuatro o cinco pájaros pasan zumbando con un gran chillido en la cabeza. Para mí, los pájaros son todos gorriones o palomas, nunca supe sus nombres.

—Nina, ¿cómo es que no distingo los pájaros y...?

Y las flores y los peces, me hubiera gustado agregar, que nunca he sido buena para la ciencia. Mi vecina se ríe, su bolso se resbala: persigue un lápiz labial por la pendiente. Me agacho para recoger un paquete de Kleenex y se lo entrego. Ahora estamos en cuclillas, me pone una mano en el hombro. Jadea como una cardíaca. La ayudo a levantarse.

—No soy buena para la ciencia —agrego—, imagínense que siempre he dicho fauna intestinal en lugar de flora.

Nina, que apenas sabe leer y escribir, me mira asombrada, sin comprender. Suda. Los rizos amarillentos endurecidos por la laca manchan el rostro todavía hermoso. Una gran motocicleta zumba a nuestro lado. Hago a Nina a un lado como si fuera a bailar. Y en ese momento veo la luna, grande, amarilla y tonificada, apoyada contra un techo como una enorme lámpara dorada.

—Dime, ¿viste esa luna?

Nina abre sus miopes ojos azules y está encantada.

—¡Qué maravilla! —exclama—, nunca he visto una luna así.

—Será el terremoto de hoy...

—¿Pero estás segura de que es la luna?

—¿Y qué quieres que sea?, ¿una nave espacial?

En la ladera de avenida Casal de' Pazzi, apuntamos con el dedo riendo y gesticulando. En frente, está el carro de los carabinieri: los soldados miran, armas en mano, chalecos antibala. Nos observan. Nos encaminamos de nariz a la luna.

—Disculpen —me dirijo a uno—, pero ¿creen que es la luna?

Se dan la vuelta con un solo ruido. La enorme esfera amarillenta irradia la escena. Por un momento, incluso la luna tiene su piquete de honor. Luego, los cuatro se giran y asienten. Si hubiéramos estado en esa casa, quizás podríamos haberla tocado.

Partimos por la calle Bartolo Longo. Un oficial bosteza contra la pared. Grandes ratas pasean por el surco de abajo. Son las 9:30. El ruido que sale de las casas rompe con el de la prisión. Los faros iluminan una avenida que parece no tener fin.

Nina me mira. Pronto tú y yo dormiremos en la misma celda, pienso. No nos conocíamos antes. Solo supe de ella que nunca tuvo problemas en la dirección: ni huelgas, ni iniciativas colectivas, solo refunfuños. Ni ella ni yo nos hubiéramos elegido afuera. Pero en la cárcel no tienes espacios y no eliges con quién convivir.

Sin embargo, hasta ahora no nos hemos molestado. Más bien, el único problema grave es que ronca. Y a menudo me paso las noches haciendo un chillido como para llamar a los gatos. Estos, de hecho, responden a coro desde los alrededores. Pero Nina no se detiene.

Incluso esa noche me desperté furiosa. No me podía poner taponos para los oídos, de lo contrario no habría escuchado la alarma al día siguiente. Y luego no habría sido suficiente. Me quedé mirando al techo y las hojas y la noche, enfureciendo más allá de los barrotes.

De repente, el ronquido de Nina se convirtió en un fuerte siseo. Corrí a su cama. Vi que estaba pálida y jadeaba. La llamé. En respuesta solo un gorjeo. Traté de levantarla agregando otra almohada. Vertí un poco de agua en un vaso (¡Santo Cielo!, pero ¿por qué no teníamos lavabos en esas celdas?) y empapé un pañuelo.

Nina abrió los ojos y preguntó por qué la mojé. Afirmó que estaba bien y que no quería llamar al médico. Pero admitió que se había olvidado de tomar la medicina habitual. Reparó el error agradeciéndome por la reacción.

—¿Quién es Silvio? —le pregunté— Lo llamaste mientras dormías.

—Mi esposo, o sea, mi compañero.

—Ah, ¿y tienes hijos? —Tenía sueño. Pero también quería asegurarme de que Nina estaba mejor: de lo contrario habría llamado al médico.

—Sí, pero no de él... del que está... muerto. ¿No sabes por qué estoy dentro?

No, no lo sabía. Y lamenté haberme embarcado en esa conversación. No quería perder más el sueño por las habituales declaraciones de autoinocencia. La llamada de algunas aves nocturnas se sentía muy cerca. En la noche, un viento sinuoso mecía las hojas como si esperara un gesto de respuesta. Le dije a Nina que no me importaba su crimen y que no quería cansarla. Pero ella reanudó como hablando consigo misma:

—Silvio ha estado cerca de mí durante todos estos años, nunca me ha dejado. Es una suerte. Pensé que no había más hombres así. Después de esto que...

El pijama con dos gatos abrazados, las piernas abiertas y enfurruñada: Nina parecía una niña. Su historia cortó la penumbra de la celda. Nacida y criada en el interior del Lazio, se casó muy joven con un chico que de inmediato demostró ser violento. Había tenido dos hijos con él y una vida en el infierno: el hombre estaba paranoico, veía rivales por todas partes.

Para Nina solo golpizas y amenazas. Varias veces la habían aconsejado que hospitalizara a su marido en una clínica psiquiátrica. ¿Un marido en un manicomio? Ni siquiera hablar de eso. Hasta que un día, la tragedia. Por enésima vez la insulta y la golpea violentamente. Él le golpea la cabeza contra el fregadero. En ese momento, Nina agarra un cuchillo de

cocina y lo mata. Condenada a casi veinte años de prisión, con atenuantes.

—En la cárcel pensé que me estaba muriendo... Tuve un infarto. Luego, poco a poco, cuando me dieron el trabajo al exterior, me recuperé. También gracias al amor de Silvio. — Bajé los ojos, insinuando una sonrisa. Ella bostezó.

Caminamos juntas, entre enjambres de mosquitos. Me gustaría persuadir a Nina para que participe en una manifestación. Al volante de un automóvil que se acerca, reconozco a un guardia. Se hace pasar por un izquierdista, le gusta darse aires y ponerse duro. De hecho, debido a su larga experiencia en cárceles especiales en el tiempo de la lucha armada, ahora está destinado en Pianosa, una isla punitiva. Se detiene y me saluda. Parece bronceado y relajado. Pero el tic del párpado izquierdo denota su nerviosismo. Pregunto por Pianosa.

Dice que el “41bis”, el tratamiento punitivo para los presos peligrosos, es duro. Pero que él es aún más duro y lo aplicará. Hasta el final.

Aquí es la calle Bartolo Longo, las luces amarillas de los faros de la prisión se reflejan en el rostro de Nina.

—¿Viste quién era, Nina? ¿Te acuerdas?

—Claro, el que siempre venía a comer cuando yo era cocinera en el comedor de los guardias.

A mi lado, Nina parece absorta. Camina, mira las puntas de sus zapatos. Hemos llegado al camino de entrada. Aquí está la puerta de la prisión.

En el cristal blindado me veo doblada por el peso de la mochila. Los pechos de Nina se bambolean mientras abro la

puerta de seguridad para ella. Me encuentro con la mirada oblicua de la oficial de guardia que abandona la última *Harmony* y se acerca amenazadoramente.

“Problemas”, pienso.

Es ella quien decide el número de llave de la caja fuerte en la que en breve tendremos que depositar bolsas y objetos prohibidos. Ella elige para nosotros cajas bajas, sucias, al alcance de ratones y hormigas. Nina toma la llave, se mira las uñas y se apresura. La sala de espera tiene paredes amarillas, ventanas sucias y un rodillo en el que los visitantes depositan los paquetes de alimentos permitidos por las visitas.

Los alientos de todas las edades parecen haberse estancado aquí desde tiempos inmemoriales, junto con el hedor a cloaca, todo tipo de basuras y los ojos cansados de los familiares por la mañana. Con compromiso selecciono los objetos: este entra, este no entra. Seguro que olvidaré algo. Comienzo a sentirme atontada.

¿Qué he olvidado? Miro mis libros con inquietud. Espero apurarme pronto con las búsquedas: la computadora en la celda me espera, quiero escribir, a pesar de mi cansancio. Cuando llego a la sala de control, Nina ya está más allá del detector de metales: no hay problema para ella en la búsqueda. Botón rojo y luego verde, el clic de la puerta de seguridad. En el habitáculo, la cara de grifo de la guardiana.

Sus manos tocan los hombros, permanecen entre las piernas y luego debajo de las axilas, se sienten en la mitad de los muslos y a lo largo de los tobillos. Una sonrisa o una mueca debajo de la gorra. Miro más allá de las ventanas y rejas. Sus manos a los lados.

—Abre la bolsa.

Abro.

—Ponlo todo aquí.

Saco libros y periódicos, el cuaderno, los vasos. En el alféizar de la ventana, polvo y colillas, un par de guantes quirúrgicos volteados, guantes de pesquias, una moneda de 50 liras.

—De todos modos estos no pasan... son demasiados.

Los libros. Tienen una obsesión con los libros.

—Ya no estamos en el artículo 90, el número de libros ya no se puede limitar... —digo.

La luna se estrella detrás del cristal opaco, el aliento de la mujer huele a vino y cerveza. Tiene ojos agudos como los de una paloma.

—Yo también leo, aunque no me lo crea —dice ofendida e indignada.

—No creo nada, me gustaría irme a dormir... llevamos aquí media hora, la estamos haciendo larga.

Mira los libros uno por uno y me mira. Un marcalibros rueda sobre un montón de basura. El trébol de cuatro hojas que encontré a lo largo de la pared circundante aparece en mi agenda. Pienso en la computadora, en los años que pasé en prisión. Tengo sueño ahora.

—Si yo quiero, podría estar aún más tiempo... podría denunciarla y adiós al trabajo afuera.

Cruza los brazos y las piernas, se apoya en la puerta y me mira. El comentarista deportivo anuncia otro gol. Los guardias externos vitorean.

—Sin embargo, los libros se quedan aquí —dice—. Usted solicitará que se los devuelvan; en todo caso, mañana.

Aprieto los puños, la miro, los abro de nuevo, me río. Uno a uno apilo los libros. Finalmente se abre la puerta. Salgo despacio a la luz de neón. Solo un párpado nervioso delata mi inquietud. Un poco más adelante, Nina se pelea con la guardiana de turno.

—Tú, Magni, ya deberías estar en la sección.

Nina baja los ojos y se pone en marcha.

—¿Pero qué te pasó a quedarte aquí? Podrías haber tomado un expediente disciplinario —le digo en el camino de entrada que conduce a la sección.

Mira la luna y sonrío. Olor a resina y almizcle. El viento agita sus rizos amarillos. Se encoge de hombros, se vuelve y me mira.

—Es solo que tenía que preguntarte qué...

—¿Eh?

—Pero en tu opinión, ¿qué puedo cocinar como acompañamiento a Silvio mañana?

UN BENEFACTOR

A la sección de las “peligrosas”, los benefactores no tenían acceso. En su mayoría había presas políticas de extrema izquierda y algunas detenidas comunes susceptibles de vigilancia particular. También hay que decir que muchas no estaban interesadas en absoluto en encontrar personas que ingresaban por el medio de la administración penitenciaria. Un benefactor también evocaba la caridad, mientras que para ellas los excluidos, todos los excluidos y los desposeídos, habían sido defraudados en el origen de un bien robado que había que recuperar. Con la lucha, en pleno y sin aceptar migajas.

Pero cuando a la más arruinada de ellas, una antigua “cocinera” de secuestradores que se había politizado en la cárcel, le propusieron un benefactor para ayudarla a obtener su título de tercer grado, ella no se negó.

Así fue como Filomena conoció al señor Flavio, un general retirado, soltero y sin hijos, hombre exquisito universalmente estimado. Canas y porte austero, a Filomena le parecía un caballero del pasado, incapaz de herir a una mosca. Y con él

detuvo esas poses agresivas que solía tomar en presencia de cualquiera que no fuera contado entre sus amigos.

Poco después de los cuarenta, Filomena tenía un físico robusto, pero una cara hermosa. Un casco de pelo negro enmarcaba las mejillas oliváceas, apenas mostrando los quince años de prisión y la miseria de antes. Ojos mulatos y labios hinchados, se parecía a las mujeres del Caribe. Entre la sentencia inicial y las sucesivas condenas por las protestas organizadas junto con las presas políticas, había cobrado unos veinte años de penitencia y aún no se hablaba de obtención de permisos. No le gustaba decir que sí, señor, así que nadie le había regalado nada. Ni siquiera con motivo de la muerte de su hijo, que se produjo en 1982, años en los que solo las armas seguían hablando en Italia.

Pero ahora los tiempos habían cambiado, y ella también pensó que estaba dando una pequeña señal de disponibilidad, dedicándose a ese diploma que nunca había podido conseguir. Entonces ese buen hombre, que se parecía a su padre fallecido, llegó en el momento adecuado. Hablaba de cosas que, durante tantos años, ella ya no creía que fueran ciertas. Y luego, paternalmente, la colmó de atención. “A Filomena, por devolverme el sabor del cariño sincero”, escribió en el estuche de cuero de un cuaderno que le entregaron por su decimotercer cumpleaños de cárcel. Le siguió la firma adornada con jeroglíficos dorados. Era el regalo que más le importaba.

El general continuó visitándola en prisión durante aproximadamente un año y medio. Luego Filomena, debido a un expediente disciplinar, fue trasladada a otro lugar. A partir de entonces no volvió a saber nada del benefactor, ni recibió

respuesta a sus cartas. Hasta que un día vio allí a una guardiana de la vieja cárcel: una mujer pobre, con una triste historia a sus espaldas. Una vez Filomena había hablado con ella durante mucho tiempo, golpeada por la pobreza de su ropa y sus ojos negros, como una mujer a la que siempre maltrataron. Estaba casada con un hombre violento del que no podía divorciarse. Pero ahora lo había logrado, Filomena estaba feliz. Le preguntó por la antigua prisión y el general.

Pero ella, ruborizada, esquivaba el asunto: perdía tiempo con el carrito de la cena y movía nerviosamente el manajo de llaves de un bolsillo de su delantal al otro. En ese momento una golondrina que ingresó a la celda por error a través de los barrotes causó mucho revuelo y la guardiana se alejó sin dar explicaciones. Filomena la detuvo: ¿acaso el general estaba muerto? Prefería la verdad.

—¿De verdad quieres saber, Fil?

—¡Por supuesto que sí!

—¡Prométeme que no hablarás con nadie!

—Por supuesto, me conoces, Carmelina.

¿Que el general estaba muerto de alguna extraña enfermedad, tal vez del sida? La primavera se deslizó en los reflejos de un crepúsculo plateado. El rostro del señor Flavio apareció entre los recuerdos de Filomena. ¿Qué podría estar escondiendo su benefactor?

—Bueno, ya ves... ahora vivo con la niña en la casa de mis padres; insisten en que vuelva con Rodolfo.

—¿Qué tiene esto que ver con el señor Flavio?

—Te acababan de trasladar, el general vino a la cárcel, y al no encontrarte me pidió noticias. Se las di e, impulsivamente,

le pedí ayuda. Él había sido bueno contigo, tal vez me hubiera ayudado a encontrar un lugar adonde ir. Fue muy amable y regresó al día siguiente para recogerme en la salida. Nosotros charlamos. Al día siguiente lo llamé a casa y...

¿Por qué Filomena ya no quería escuchar? El chillido de la golondrina cautiva se volvió desesperado, como el batir de sus alas que también se convirtió en el de su corazón. ¿No quedaba nada por ella en esta vida? Vio los ojos rojos de Carmelina y la odió. ¿Pero por qué lloraba Carmelina ahora? La interrogó con la mirada y se apoyó contra la pared. Carmelina continuó:

—Me asombró la voz del general, tan ronca y rota. Pensé que estaba enfermo...

La guardiana estaba atormentando ahora los bolsillos de su delantal, luego siguió en voz muy baja...

—Él me preguntó si sabía ser agresiva y cosas raras como esas. Luego formuló la petición: una casa e incluso algo de dinero si le hubiera ofrecido...

—¡Favores sexuales!

—... De cierto tipo: quería que lo golpeará hasta matarlo, que lo azotara. ¡Un perverso!

Filomena guardó silencio. ¡Mentiras, solo pueden ser mentiras! Ella pensó que era un plan en su contra, ¡tal vez era parte del castigo! Después de todo, había sucedido lo peor en los últimos años. Carmelina quería continuar. Filomena la interrumpió. Las primeras luces de los faros de la prisión pintaron de amarillo la pared circundante. Carmelina la miró. No estaba mintiendo.

De vuelta en su celda, Filomena leyó y releyó la dedicatoria del general. Sacó el cuaderno del fondo del estuche y lo tiró

a la basura: ¡ese era su lugar! Pero el buen olor a cuero fino permaneció en las manos. Recuperó el regalo.

“¡Voy a raspar la dedicación!”, decidió. Y fue a buscar unas tijeras.

Raspó, raspó, pero no tuvo éxito: la firma del “benefactor” quedó impresa en la última hostia de cuero. Filomena recordó la mirada del general. Tiró las tijeras y el regalo y miró hacia la puerta. La prisión latía frenéticamente antes de cerrar. Con el rostro entre los barrotes, le parecía sentir el alma de esos muros.

Carmelina, después de su turno, se detuvo un momento, indecisa, frente a la celda de Filomena. Se miraron la una a la otra. La guardiana bajó ligeramente su cabeza morena:

—Nos vemos mañana, Filomena...

Pero Filomena no escuchó. El frío hierro de las llaves y los portazos anunciaban una y otra vez un sueño de cárcel. Sin ilusiones ni esperanzas.

TORTUGAS

Estamos sentadas una al lado de la otra, en la parte sombreada de un banco de madera roído y pintado con vergas de todos los tamaños. Ella tiene el pelo rojo ondulado y los labios rojos, que dobla en una mueca continua, pellizcando la piel desde el interior. Las mejillas también están rojas y un poco hinchadas, surcadas de pecas y venas azuladas. Pero es hermosa. Tiene senos suaves y piernas afiladas, ojos que se mueven detrás de lentes redondos y transparentes. Está inmersa en la lectura de una colección de la que no veo el título ni el autor.

Hace calor, un calor inesperado también para el clima de Roma, que estalló hace unas horas. Un calor desagradable en el *jersey* de acrílico de segunda mano. Me gustaría una ducha para refrescarme, una cama para relajarme escuchando música, un libro sin pensar en el reloj. Pero no tengo casa. Después de la pausa tendré que volver a un trabajo aburrido, y luego regresar a la cárcel a la hora señalada como cualquier buen prisionero en semilibertad: sin tirar de la correa.

Sobre el tronco de un árbol con ramas desnudas, la foto de un perro indefinible, acompañada del anuncio habitual:

una generosa recompensa a quien encuentre a Donatello, perdido, etc. Vuelvo a intentar leer el título del libro de mi vecina, mirando de reojo. Elias Canetti. *Obras completas*.

—“¿Tienen los animales menos miedo porque viven sin palabras?” —digo en voz alta señalando la foto del perro.

—¿Cómo?

—Canetti. *La provincia del hombre*.

Mi vecina me mira por debajo de las gafas. Pellizca la piel del labio inferior tres veces seguidas:

—¿Conoce a Canetti? —pregunta con la voz ronca de una fumadora de cigarrillos.

Asiento con la cabeza. Lo conozco, sí, pero los libros que tenía se perdieron durante los numerosos traslados que me concertó el Ministerio de Justicia. Mudarse está en la parte superior de la lista de estrés, dijo una encuesta ayer...

En la cárcel te despiertan por la noche, sin decirte a dónde irás. Las puertas de los demás cubículos están cerradas, es imposible saludar a las compañeras. Pero la más querida escuchará las llaves y correrá hacia la mirilla: manos extendidas, voces apagadas detrás de la puerta de seguridad.

Debes recoger lo poco que tienes en las bolsas negras de basura. Entonces las guardias lo esparcirán por el suelo, y después de haber allanado todo, de haberte manoseado hasta que te jodan bien, harán que recojas tus cosas una vez más. Y a cada traslado ese poco se reduce.

¡Ah! si pudiera ser una tortuga, llevar toda tu casa detrás de tu caparazón y hacer un agujero en la parte inferior para repeler al intruso. ¿Te quitarán los libros en la próxima prisión o simplemente romperán la tapa? Lo pensarás durante el viaje,

esposada al asiento de la camioneta del prisión celular, detrás de una rejilla con agujeros como una jaula de pollo.

Mi vecina mira la página. Estoy segura de que no lee.

—Tal vez ese perro tiene miedo, pide ayuda —digo de nuevo—, pero nadie sabe cómo entenderlo.

—También me pasó a mí.

—¿Pedir ayuda o perder al perro?

Ella niega con la cabeza. Tiene un toque de papada, tal vez esté cerca de los cincuenta. Me mira como para pesarme. Cuántas veces he entendido esa mirada, cuántas veces he evaluado el costo de un sorbo de confianza dentro de la celda. *La provincia del hombre... Quizás cada uno de tus alientos sea el último aliento de otro. La provincia del hombre. La provincia de la mujer...*

—No un perro, una tortuga —dice la otra.

—¿Una tortuga... pequeña? —pregunto sintiéndome estúpida: como si el tamaño hiciera una diferencia en el dolor, la pérdida o la comunicación.

—No, grande, grande. Tenía dos, de unos treinta años, las había heredado. Estaban allí cuando tomé la casa. Me estaba separando de, de..., bueno, o tal vez todavía estaba pensando en recuperar la historia. Eran una pareja, una hembra y un varón.

—Y así las adoptó.

—Ya. Me dije a mí misma: cómo les hablo ahora, no son perros, sino... ¿Pero por qué le digo ciertas cosas?

—No lo sé, tal vez porque compartimos un banco temático —digo señalando las vergas que apuntan a nuestros traseros.

La desconocida transforma el tic de los labios en una mueca de sonrisa. Mientras tanto, deja y recoge de las páginas abiertas el anillo que sacó del índice, una esmeralda montada en oro.

—Cuando llegaba a casa, las encontraba detrás de la puerta. Como si me estuvieran esperando. Las observé durante mucho tiempo, le hablé, sobre todo a la hembra, que me quitaba la comida de las manos y me miraba fijamente.

Amo las historias de animales. En la cárcel había un gato telepático que... Cuando termine de hablar, tal vez se lo digo. Cruzo las piernas en el banco y me giro para escucharla mejor. Pero se sobresalta, se lleva la mano a la boca como si viera un fantasma con escarlatina y murmura:

—Pero sabes que tiene los ojos de... los ojos de...

—¿De la tortuga?

Y comienza a llorar.

Sus ojos son almendrados y negros. Nunca había visto a una pelirroja con ojos como estos. Intento acercarme, pero ella me mantiene a distancia con un gesto. ¿Pero qué se cree? A la mierda los aforismos también. ¿Y por qué me mira así? No parezco una tortuga.

—Te aseguro que los ojos son míos —le digo buscando una mueca divertida.

—Disculpe —murmura, sollozando—, es solo que me estaba separando de... de...

—Usted no tiene que decirme sus asuntos, tengo que quedarme aquí una hora más, pero si quiere puedo irme al sol.

—No, no. ¿Por qué una hora más, estás esperando a alguien?

—Probablemente.

—¿Cómo probablemente? ¿No sabes si vendrá?
—A veces vienen, a veces no. Más de uno. Por el control.
—¿Qué control?
—Policía. Soy una presa política en semilibertad. Salgo durante el día y regreso por la noche. Y durante la pausa para el almuerzo tengo que quedarme en un lugar designado.
—¿En este banco?
—En este parque. Y si llueve, en ese bar de ahí.
—Ah. ¿Y qué hizo y... cuántos años?
—La lucha armada. Cadena perpetua. Por las Brigadas Rojas.
—Ah. ¿Las nuevas o las viejas?
—¿Parezco tan nueva para ti?
—No sé.
—Entonces, ¿qué pasó con la tortuga?
—Oh, Dios mío, el problema era... es... Francisca, mi compañera, y luego Brunhilda, quien...
—¿Brunhilda?
—La tortuga. La había llamado así, y a su compañero Osiris. Francisca detesta a los animales. Y me estaba dejando por un hombre. Y en ese momento era como si quisiera llevarse todo, era seductora con mis amigos, y hasta con las tortugas. Jugaba con ellas, las hacía rodar sobre su espalda. Todas las noches sueño con sus manos y los ojos de Brunhilda, que vuelve a meter la cabeza en el caparazón.

Y llora.

Y esta vez es ella quien tiende la mano. Tomo su mano. Es fría como si en lugar de treinta grados estuviéramos bajo cero. Pienso en el caparazón de Brunhilda, un remolque de un

asiento donde nadie entra. No recuerdo aforismos de Canetti sobre tortugas. Sujeto de un microcuento surrealista: El asesino serial de las tortugas. Las conoce, hace que se enamoren locamente, hasta que van en contra de sus naturaleza y lo invitan a casa, le abren el caparazón. De hecho, se lo abre él con el puñal. No puedes ir en contra de la naturaleza, porque la naturaleza con las tortugas ha hecho las cosas bien: subes hasta cierto punto, luego todos van a su casa, de lo contrario, me matas, de lo contrario, yo te mato.

—No hagas así —digo— es hermosa. Quién sabe cuántas mujeres tendrá... y cuántas tortugas.

—No es una cuestión de número.

—Lo sé.

Me mira. Nos frotamos las yemas de los dedos con un escalofrío y una caricia. Retiro mi mano.

—¿Brunhilda se escapó con Francesca? —digo.

Hace pucheros y muerde la piel de su labio superior. ¿No será ella una de esas masoquistas a las que les salen llagas en la boca?

—Es una historia triste —continúa luego—, muy triste.

—El mundo está lleno de historias tristes.

—Como la tuya.

—La mía no es una historia triste, es... complicada. Pero en la cárcel he visto algunas historias tristes. Por dentro hablamos con los ojos. Como tortugas.

—Nosotras también estamos hablando con los ojos —dice.
Y llora.

Esta vez está torturando un anillo de diamantes. Ella debe ser alguien con dinero. Ahora me mira con sus ojos oscuros como boca de lobo.

Años de soledad, abandono, amistades gastadas por la cerradura de una celda. Lazos que no han resistido la prueba de la prisión, la política, la vida. Niego con la cabeza:

—¿Qué pasó con las tortugas?

—Un día Osiris desapareció. Lo busqué por todas partes. Llamé a Francesca gritando: fuiste tú quien se lo llevó. Pero ella lo negó. Volví a darle la vuelta a toda la casa. Y nada. Osiris no fue encontrado. Era ella, seguro, y tal vez Brunhilda también desaparecería. Mi tortuga. No quería que se acercara a la ventana. Estábamos en el ático, apenas había un alféizar de la ventana, se podía deslizar por debajo. Pero ella, cuanto más la sacaba de allí, más seguía adelante. Luego la encerraba en mi habitación y me llevaba la llave. Luego la abrazaba, pero ella rechazaba la comida de mis manos. Ella nunca más volvió a comer de la mano.

—Estaba traumatizada por la desaparición de su compañero, pobrecita. Las tortugas son monógamas.

—Lo sé. Le conseguí una nueva pareja y nunca le gustó. Pero escucha.

Ahora le doy un beso, así que cierra esa boca. O le lanzo un puñetazo. No quiero otra salpicadura de dolor. Pero ella continúa:

—Un día de otoño, Francisca regresa. “¿Quieres que te ayude con la gran limpieza?”. Le digo que sí, por nostalgia. Y así encontramos a Osiris, ahora seco en la canaleta obstruida. Por eso Brunhilda fue a la ventana: por la canaleta. Su

compañero ha agonizado allí por quién sabe cuánto tiempo. Y no lo entendí. No entendí si Francisca... Pero lo peor fue cuando Brunhilda se comió la ensalada de la mano de mi expareja.

—Historia de una tortuga...

Nos convertimos en todo aquello que más hemos detestado. Las aversiones han sido malos agujeros. Nos hemos visto en un espejo cóncavo del futuro y no hemos sabido que éramos nosotros. ¿Qué hubiera ocurrido si no hubiéramos mirado este espejo? ¿No hubiéramos llegado a ser lo que somos?

La provincia del hombre.

Y de la mujer.

Una luz intermitente se acerca lentamente. Dos policías vestidos de civil salen del auto: “Aquí está el control”, digo.

Mi vecina mira los hombres, luego a mí, como si solo me estuviera viendo ahora. Se pone de pie de un salto y se apresura.

—No te conozco —grita, volviéndose—: Yo no te conozco.

Lo sé, digo mentalmente: adiós. Un cuervo aterriza con la cola en el aire, apunta con su pico largo y curvo a quién sabe qué intruso y grazna. Dejo caer mi mano en mi bolsillo para tomar mi cédula de identidad.

Segunda parte

EL CERTIFICADO

Le había llevado más tiempo de lo normal vestirse esa mañana, y no solo por la osteoartritis que, con el frío, había empezado a torturar sus huesos. Los autobuses en esa área nunca pasaban regularmente, pero esta vez debía haber habido un accidente, porque el único que llegó estaba lleno; existía el riesgo de quedarse atrapado entre las puertas. Eran las 8:30 de la mañana, Giacinto logró meterse con la gente, se sentía cansado y abollado, como si estuviera transportando todo el autobús. Y ya había una cola hasta la estación de servicio enfrente, cuando finalmente llegó a la Posta. Además, tan pronto como se bajó, tuvo que competir en la carrera con algunas personas mayores, decididas a conquistar al menos el penúltimo lugar en la fila.

“A cualquier edad”, pensó con amargura, jadeando, “los romanos no quieren estar jodidos”.

Afortunadamente, la mayoría de los oponentes eran claudicantes, y él solo competía con una anciana gorda. Dos o tres matones del vecindario, con ganas de bromas ya en la mañana, vitorearon desde la esquina del bar.

—¡Alé, Ben Johnson; alé, Mennea! ¡Vamos, que puede vencer!

Desde su posición en la fila, Giacinto ahora miraba el quiosco. Le hubiera gustado comprar el periódico, pero detrás de él ya estaba lleno de gente. En realidad, no tenía prisa, nadie lo estaba esperando en casa. Ante ese pensamiento, hizo una mueca, oprimido por la pequeña multitud de jubilados que se mecían. En el interior, unos soplones musculosos llenaban el aire de humo. Giacinto, con su asma, hubiera preferido el frío de diciembre. Allí sintió que hurgaba, le hubiera gustado que la cola avanzara rápidamente. Llegó su turno. Tendió el folleto con los documentos y le dio los buenos días al empleado, que no devolvió el saludo.

—¡Declaración de prueba de vida!

—Disculpe, ¿cómo dijo? —preguntó Giacinto, acercándose al mostrador.

—Prueba de vida: ¡Usted tiene que presentar el certificado de prueba de vida, como los demás, de lo contrario no puedo pagarle la pensión! ¡Si no lo tiene, vaya a la agencia o a la oficina del distrito!

—Pero yo, realmente... —Giacinto tartamudeó— Estoy aquí, ¿no ve que tengo los documentos?

—¿Y qué sé yo si Giacinto Bordon sigue vivo o si está muerto? ¡Incluso si tiene los documentos, podría ser otra persona que vino a cobrar la pensión de un muerto! ¡Supiera cuántas veces ha sucedido! ¡Necesitamos ciertas pruebas de su existencia en la vida, y para esto sirve el certificado! —Lo interrumpe el empleado, haciendo señas para que otro pase.

—¡Oh, señor! ¿Qué? ¿Cree que soy un fantasma? —
Giacinto protestó, mientras la multitud ya estaba retumbando.

—¡Oye, fantasma! ¡Muéstranos que estás en vida y quítate del camino! —Uno de los matones se escuchó así desde el fondo, y luego:

—¡Oye, momia! ¡Y date prisa! ¿Pero quién te exhumó?

Giacinto se sonrojó y se hizo a un lado: no había nada que hacer. Se fue lentamente, seguido por las miradas abrumadoras de los bravucones. ¡Cuán lejos tenía que caminar! Con los autobuses, entre los tiempos de espera y los de conexión, habría tomado medio día. También podría confiar en las piernas, pero... No quería saber acerca de comprar el bastón. Lo consideraba un fracaso, él que había tenido toda una tropa que alimentar y una familia que mantener. Ni siquiera quería las gafas, a menos que tomara el viejo y descompuesto subcompacto. Pero ya hacía tiempo que no había manejado: después de los setenta años, los reflejos ya no eran los de antes. Así que había decidido ir a pie esa mañana, evitando los insultos de peatones y conductores.

Durante años, sabía que no podía seguir el ritmo del mundo. En los últimos tiempos, todo parecía pasar rápidamente, sin que él ni nadie más hubieran tenido la oportunidad de comprender lo que realmente estaba pasando. Era cierto para los objetos, como para las personas. Años antes, un electrodoméstico duraba décadas, solo se cambiaba por un modelo mejor. Sin embargo, desde años, cada objeto o herramienta se inutilizaba poco después de la compra: era demasiado costoso repararlo. Él sabía cuidar los objetos. Los trataba con tanto cuidado que duraban incluso veinte años,

pero con el pobre material del que estaban hechos ahora, no había nada que hacer. El mundo no era más que una carrera desenfrenada para obtener ganancias, y siempre a expensas de los pobres, que sudaban para vivir.

Giacinto odiaba la disipación. En Polesine, su familia había luchado por sobrevivir. El único varón de una prole de niñas, Giacinto era obstinado pero inclinado a los sueños, como el de los viajes largos. Por esta razón, después de la guerra, había extendido su firma en la Fuerza Aérea. No le gustaban las armas, pero no quería pasar hambre o desafiar su cerebro tratando de obtener pan en esos pantanos. Había regresado para casarse, tenía cuarenta años y se sentía solo.

Permaneció en las Fuerzas Armadas hasta la jubilación y, tímido como era, le llevó veinte años convertirse en mariscal. Él cumplió con su deber, pero no le gustaba codearse. Le gustaba cocinar para la tropa, no por las toneladas de sopa, sino porque al final, era necesario reordenar. En esos momentos, Giacinto estaba haciendo todo lo que podía. Y cada objeto brillaba en el lugar correcto, de modo que los soldados incluso se complacían en obedecer. Las reglas eran indispensables para que todos aprendieran a cumplir con su deber. Por lo tanto, se necesitaban líderes. E inclusive cuando personas inadecuadas subían a la cima de la pirámide, si las reglas eran correctas, tenían que soportarlas.

Ahora sentía frío dentro de los ojos, ya no veía la marquesina y no entendía si había gente allí esperando. Parpadeó, pero solo pudo ver sombras oscuras. En esas partes todo era gris y estéril. Como si los lugareños hubieran sabido el color de sus vidas desde la infancia. En los prados había basura,

y era necesario tener las suelas de los zapatos bien gruesas, debido a las jeringas usadas, esparcidas por todas partes. Fue en diciembre, y si Jesús hubiera querido nacer en esas partes, pensó, además del hambre y el frío, habría corrido el riesgo de morir de indiferencia.

Renunció a tomar el autobús, se sopló las manos y se las frotó repetidamente; se arrepintió nuevamente de haber dejado los guantes en casa, un regalo de su hijo Luca. Ante ese pensamiento sintió una punzada que le atravesó desde el talón hasta el cerebro. Abandonó la idea de detenerse en el bar, sentarse en una mesa y tomar un buen café, y leer su periódico durante media hora, como lo hacía una vez con su Iole. Pero Iole ya llevaba once años que no estaba. Y él no tenía una pensión que le permitiera desperdiciar.

Si todo salía bien, el hijo mayor, Diego, se establecería en la compañía donde había trabajado durante cuatro años con las medidas alternativas a la cárcel. Pero para Luca no parecía haber posibilidad. Cada vez que pudo, fue a verlo a la prisión de Cuneo. Ese segundo hijo, frágil, pero descolorido y siempre inquieto, había creado problemas desde temprana edad. Y en prisión no había cambiado. Cada vez le parecía más pálido, sus ojos hundidos. Le enviaba un giro postal regularmente, con la esperanza de que comprara comida y no los libros habituales.

—¡Esos malditos libros! —Se juró a sí mismo ahora. ¡Y él que había hecho muchos sacrificios para que sus dos hijos pudieran estudiar! Sin esos libros, quién sabe, pensó ahora, habría tenido a sus hijos como apoyo...

Con un suspiro, pasando frente a la cafetería, trató de ignorar el olor a pasta caliente que salió y continuó. Entre los

viajes de ida y vuelta, existía el riesgo de que la agencia ya no estuviera abierta. Por la mañana, también tenía que llamar a Marina, la chica que iba a visitar a Luca. Estaba esperando ansiosamente noticias de ella. Se resbaló sobre una mancha de aceite en el asfalto, juró. Junto a la ira, un sentimiento insoportable de vergüenza surgió en su alma.

Su vergüenza comenzó una tarde de 1982, mientras jugaba a las cartas con sus amigos.

—¿Mariscal Bordon? Hola, somos policías. Debería seguirnos amablemente al Comando —dijeron los hombres cortésmente, pero sin ninguna otra explicación.

Desde entonces, todos parecían evitarlo, excepto algunos, a quienes prefería no asistir. Pero no sintió solo vergüenza el día en que, aunque con algún respeto, fue acompañado a la estación de policía. Apretado entre dos hombres grandes en el asiento trasero de un automóvil sin matrícula y con las sirenas encendidas, preguntó por qué lo estaban deteniendo. Pero solo tenían miradas contritas y frases vacías.

—No se preocupe, mariscal, se lo diremos a su debido tiempo... Esto es una formalidad.

El que le había respondido, sentado al lado del conductor, parecía el de mayor rango. El hecho de que lo llamaran mariscal le dio a Giacinto cierta tranquilidad. Esos caballeros no llevaban uniformes y, a juzgar por la edad, tal vez no tenían un grado igual al suyo. Aunque eran cuerpos militares diferentes, el respeto mutuo era normal. ¿Pero por cuál procedimiento tuvieron que transportarlo tan lejos de su vecindario? Hizo mil conjeturas hasta que, una vez que llegaron a su destino, lo dejaron en una habitación fría y fétida con paredes sucias,

llena de escritos desesperados. Había escuchado portazos y fuertes pasos junto con otros pasos rascados, y maldiciones. Manos decididas y anónimas abrieron la puerta de par en par.

Sostenido de los hombros por matones en una chaqueta de cuero y anteojos oscuros, apareció un muchacho gritando y pateando. Su cara estaba inclinada. Un hombre barbudo, que lo seguía de inmediato, tomó al joven por el pelo y con un tirón lo hizo levantar la cara. Y Giacinto, sintiéndose casi desmayado, reconoció al hijo mayor. Por un momento pensó que estaba allí en un sueño. Pero la pesadilla se hizo realidad cuando uno de esos matones dijo:

—Entonces, mariscal, es su hijo Diego, ¿no? ¿Lo reconoce?

En ese instante, los otros empujaron a Diego hacia él: sus ojos estaban hinchados y solo un indicio de voz ronca.

—¡Nos torturaron! ¡También está Luca! ¡Violaron a Cinzia! ¡Llama a alguien, papá, pero no digas que he traicionado!

—¡Cállate, tarado! —gritó el tipo detrás de él.

Giacinto se volvió hacia aquellos que lo habían traído allí, pero la voz no podía articularse en su garganta. En cambio, fue el policía de más alto rango que lo anticipó.

—Mariscal Bordon —comenzó en un tono tranquilo—. Su hijo ha hecho muchas tonterías, digamos... cosas terribles, de las que debería avergonzarse y que ahora tendrá que pagar: ¡terrorismo! Ahora se niega a seguir hablando, incluso si ya hizo lo principal, ¿no es así, Diego? ¡Entonces diga a su hijo qué tiene que hacer!

Giacinto, como presa de un engaño febril, asintió: quien se dirigía a él con un tono tan cortés parecía persona seria, un servidor honesto del Estado, y ciertamente conocía las reglas

de su profesión... Lo miró con estima y asombro. ¿Debería estar avergonzado de no haber podido ser un buen padre, a pesar de ser militar? Ese policía gris, alto y robusto, le dio seguridad. Parecía un experto en la vida, y sus ojos expresaban una sincera compasión. Mientras tanto, la palabra “terrorismo” golpeó el cerebro de Giacinto.

—Haz lo que el señor dice, hijo, por tu bien... ¿Pero qué pasó?

—¡Tú también! ¿Pero no te das cuenta de lo que pasa?

—Vamos, Diego, ¡un último esfuerzo! ¿No quieres arrepentirte e ir hasta el final, al menos por respeto a tu padre?

—dijo de nuevo el oficial.

Pero Diego, sacudido por escalofríos y sollozos, repetía todo el tiempo:

—¡Cinzia, Cinzia!... ¿qué te hicieron?

El policía de mayor rango, con un gesto, ordenó al grupo que se retirara. Y salieron llevándose a Diego. Ahora el oficial puso una mano sobre el hombro de Giacinto:

—Mariscal, ayúdenos también con el otro hijo. Entonces, verá, todo será mejor. Y tal vez yo podría ayudar a su hijo. Ya sabe, ir a una prisión u otra es importante hoy. ¡También hay guerra allí! —Y salió lentamente, con la cabeza inclinada como oprimida por una carga.

Dejado solo, Giacinto esperaba haber entendido mal. Oh, no las palabras del policía, sino las del hijo. No sabía sobre Cinzia, pero sobre Luca, ¡era su hijo! Y luego, ¡violación! ¿Quiénes eran esos hombres entonces y por qué estaba allí? ¿Y qué estaba haciendo Diego, a quien creía que se había ido para Inglaterra? No tuvo tiempo de preguntarse por Luca,

porque también lo vio salir por esa puerta que parecía el umbral del infierno.

—¿Y este es Luca Bordon? ¿Verdad, mariscal? —preguntó el policía en un tono brusco.

Con la boca abierta y los ojos que salían de sus órbitas, Giacinto se dio cuenta de que su hijo tenía la camisa rota y enhebrada hacia atrás. De los pantalones sucios, enrollados hasta las rodillas, sobresalían los tobillos hinchados. Sus pies descalzos, cubiertos de sangre seca, ya no entraban en los zapatos con los que tropezó. ¿Tal vez se había caído o tuvo un accidente? Pero la aparición de Luca sugirió algo más. Los pómulos, deformados por los moretones, duplicaban el volumen de la cara dándole una apariencia grotesca. Los ojos hinchados no podían abrirse. Su cabello negro y liso, grasiento y pegajoso, se había pegado a su frente y caía sobre la cara como tiras de carbón. Luca era bajo y delgado, pero para su padre ahora parecía un títere grotesco, con la cabeza y los pies desproporcionados. Pero se mantuvo firme e intentó adoptar un comportamiento altivo y despectivo. ¡Cómo le hubiera gustado abrazarlo! Pero no tuvo tiempo de decir una sola palabra. Luca se dirigió a él con violencia:

—¡No sé quién es este viejo imbécil! ¡Y mi nombre no es Luca Bordon! ¡Y vete a la mierda con él, bastardo!

—¿Ve, mariscal? ¡Incluso olvidó la debida educación a su padre! Yo también tengo un hijo, ¿sabe? Reviso todos los días que vaya a la escuela. En estos días, nunca se sabe... ¡Denos una mano, Bordon, hágalo por el bien de sus hijos y del país, trate de convencerlo! ¡Debe darnos los nombres de los cómplices antes de que maten a otras personas decentes!

El funcionario —Giacinto escuchó que lo llamaban capitán— había hablado enfáticamente. A pesar de la desesperación, al viejo militar, el único sentimiento seguro le pareció la necesidad de obedecer. Y casi se puso en posición de firmes, moviéndose hacia Luca. Pero esto lo anticipó con una blasfemia, y escupió en el suelo, mirando con desprecio al oficial de policía.

Giacinto estaba aturdido. Tal vez se estaba volviendo loco, tal vez 1982 fuera el año del fin del mundo en el que los elementos se iban a desatar como se había predicho, y el germen de la locura habría conmocionado las mentes de hombres y mujeres. De lo contrario, ¿por qué estaba allí su hijo, en manos de esos sombríos carceleros con gafas negras y tenía círculos alrededor de los ojos demasiado profundos para sus veinticuatro años? Y entonces, ¿por qué su hijo lo llamó imbecil, si lo adoraba y nunca se había permitido contra él algo que sonara como un insulto?

—¿Pero dónde estoy? —preguntó entonces, tan desconcertado y quejumbroso como un soldadito, mientras que los energúmenos con los chalecos negros se llevaban a Luca.

Giacinto esperaba que la tierra se abriera y se lo tragara, haciendo estragos en su cuerpo, pero no en el corazón y la mente, como estaba sucediendo en su lugar.

—¿Dónde estoy? —repitió.

—¡Estás en una estación de policía! ¡Antiterrorismo! —gritó alguien— ¡Buen trabajo que hiciste!: ¡dos hijos brigadistas! ¡Felicitaciones, mariscal!

Pero el amable capitán acompañó al hombre aturdido e hizo el gesto de estrecharle la mano.

—Vaya a casa, mariscal. Y cuando vuelva a ver a su hijo, intente que cambie de opinión. Ya sabe, la prisión es dura hoy, y esto se está convirtiendo en una tragedia sin retorno.

Giacinto trató de mover sus manos en un gesto de despedida, de modo que el capitán no crea que tenía la intención de faltarle el respeto. Pero, pálido y sin fuerzas, con los brazos colgando a los costados, permaneció empalado en la puerta. El otro volvió a darle una palmada en el hombro y regresó. Afuera, Giacinto no vio nada más que niebla y paredes frías a las que agarrarse para no caerse. En todo lo demás, niebla hostil y la voz de Diego rogándole:

—¡Llama a alguien, papá!

—¿Y a quién podría haber llamado sino a la policía? Pero al parecer la policía recibía órdenes de esos jóvenes resueltos, a veces sádicos, que tenían la edad de Diego y Luca... Pero inmediatamente dudó de sus ojos: como en una película mal doblada, las imágenes y los diálogos no coincidían. Había escuchado las palabras del capitán, pero no le parecían adecuadas para las escenas de horror que sus ojos intentaban ignorar. Lo que había dicho el oficial, el mariscal lo había pensado toda su vida. Además, ese policía también era padre de familia, ¿con qué espíritu podría haber permitido tanta violencia contra dos muchachos? ¿Y si Diego hubiera mentido, si hubiera tenido moretones al caer por las escaleras? ¡Ah, bendito hijo imprudente! ¡Desviar incluso al hermano menor! Y si se habían peleado entre ellos, ¡tal vez por esa Cinzia! ¡En el cuartel había vislumbrado a una chica con ropa rota y una pierna metida en sus pantimedias! Lo había notado porque el otro calcetín colgaba debajo de la falda y era extraño... ¡Pero podría haber

sido una prostituta! Después de todo, entonces, si sus muchachos eran asesinos, ¡merecían pagar! Dios santo, ¿cómo podría pensar así de sus hijos si no hubiera sido cruel incluso en la guerra? ¿Qué podría hacer? ¿Quién podría aconsejarlo? En su ingenuidad, esperaba que en el club de bolos pudiera encontrar a sus amigos más cercanos, y se desvió hacia la reunión del vecindario.

El círculo en ese momento estaba desierto. En la choza fría y sin adornos, solo había un amigo con su vaso en frente. Durante unos minutos, Giacinto no pudo hablar. El otro estaba preocupado haciendo mil conjeturas. Finalmente, Giacinto logró tartamudear:

—¡Están torturando a mis hijos! Diego y Luca están allí... Brigadas Rojas...

—¿Dónde? ¿Se los llevaron las Brigadas Rojas? ¿Y por qué?

—¡Antes estuvieron en la estación de policía, y en qué estado! Pero luego vi a esos hombres cargarlos en el auto, ¡no sé dónde están ahora!

Se cubrió la cara con las manos y estalló en sollozos.

El amigo ahora parecía entender y, después de un momento de vacilación, le puso una mano en el hombro. Pero cuando Giacinto lo observó, vio una cara oscura que desviaba la mirada.

—¿Qué podemos hacer, Simone, amigo mío? ¿A quién podemos advertir? Son mis hijos, lo que sea que hicieron, ¡no puedo dejarlos así!

—Escucha, Cinto. ¡Debes ser fuerte! Si les dan una paliza, ¡no será el fin del mundo! Servirá de ejemplo. Y luego, estamos

en democracia, solo recibirán algunos golpes. Deberías haberlo hecho tú antes...

—También me dijeron lo mismo en la policía. ¡Pero los he visto, te lo digo! Mis dos muchachos, llenos de moretones... y Luca... ¡Oh! —contuvo las lágrimas y abandonó el salón.

Cerró la puerta detrás de él y corrió hacia el teléfono. Llamó a Marina, la amiga de Luca y le contó todo. Al parecer, ella advirtió a los periódicos y las noticias aparecieron en la portada al día siguiente. Más tarde, la mujer volvió a llamar para decirle que Luca estaba en la prisión especial de Cuneo. Diego, sin embargo, no se sabía dónde buscarlo.

Habían pasado años desde ese terrible día. Ahora, en la calle, algunos altavoces amortiguaban a los transeúntes con el sonido de las gaitas. La agencia parecía estar en el otro extremo del mundo, y Giacinto solo estaba a medio camino. La acera estaba repleta de fornidas amas de casa con cochecitos. En esos suburbios, las mujeres siempre estaban embarazadas y los niños brotaban como hongos. Entre todas estas personas, él avanzaba con dificultad: también era un día de mercado. Los vendedores ambulantes trataban de protegerse del viento, plantando las clavijas de las carpas en el suelo: iba a ser un día frío y agotador. El polvo de hojas secas lastimó sus ojos y lo hizo resbalar. Por poco evitó un motor que había salido de la curva como una astilla. Jadeando, regresó a la acera. Tiendas decoradas, luces brillantes: una más brillante que las otras. Un escaparate en particular llamó su atención: la nariz pegada al escaparate fijó el interior de las joyas. El dueño, intrigado, salió a preguntar si necesitaba algo. Sonrojándose, Giacinto dijo no con la cabeza y continuó acelerando su paso. Qué

sabía la gente, quién podía entender... Esa tienda llena de cámaras le había recordado su primera visita a Luca, en 1982.

La prisión en Cuneo, gris como una colmena, parecía un cementerio americano desde el exterior. O un inmenso excremento de animal que dañaba el campo. Alrededor había hombres con trajes de camuflaje; otros, con perros pastor alemán a la correa, patrullaban la pared circundante, extendiendo las armas al menor soplo de viento. En el interior, vidrio hasta el techo, como para aislar a las personas infectadas, y cámaras que desde todas las esquinas espían cada gesto de los internos. Los guardias que habían acompañado a Luca a la visita mostraban formas bruscas y miradas alucinadas: ese lugar parecía separado del mundo por una distancia infinita. Un joven guardia lo había revisado a fondo. A su edad, había sido doloroso tener que desnudarse delante de ese joven que no le había dejado ni siquiera un pañuelo. Por el contrario, lo había tocado en todas partes, haciéndole inclinarse para inspeccionarlo incluso entre las nalgas. Tuvo que toser para enmascarar la ira y la humillación.

—Hola, papá, ¿cómo estás? ¿Estás cansado? —Al otro lado del cristal, la voz de Luca llegaba deformada por el micrófono, como si viniera de la luna— Perdón por la otra vez. Fui muy duro porque temía que ellos te molestaran también a ti. Fíjate... si comienzas a admitir aunque sea tu nombre, terminas como ese bastardo Diego. ¿Sabes cuántos compañeros entregó el pedazo de mierda de tu hijo? —Ahora casi gritaba.

Aturdido, Giacinto miró a su hijo. Lo recordaba diferente. Pero quizás la de antes era otra realidad...

—Luca, ¿por qué? ¿Es cierto que mataste a toda esa gente? —y luego preguntaba—: ¿Qué te habían hecho? —Se refería a las víctimas, pero también a los hombres con gafas oscuras el día de su arresto.

Pero el hijo no habló sobre ese asunto, ni respondió jamás. En cambio, le ofreció a su padre una discusión política aburridora. Giacinto entendió solo unas pocas palabras, eran cosas difíciles, expresadas por eslóganes. De todos modos, lo que sea que hiciera, con esos ojos centelleantes, Luca seguía siendo su hijo. Él continuaría amándolo y estando cerca de él.

Después de la hora de visita, las manos se aplanaron aún más contra el cristal, como para apretarse. Los ojos azules de Luca miraron a su padre y luego al guardia que esperaba. Y Giacinto vio a su hijo desaparecer entre vidrios blindados, como en los abismos de un planeta fantasmal.

Antes de irse, el viejo todavía tuvo problemas. El tornillo de metal que tenía en el brazo después de una fractura, hizo que el detector de metales sonara, forzándolo a otro *striptease*.

En la calle ya iluminada, Giacinto se estremeció. Recuerdos y recuerdos, y siempre esos moretones en el rostro de Luca.

A diferencia de su hermano, Diego a menudo regresó a esos eventos. Estaba harto de eso, y no había paz. En la prisión de Paliano, reservada para los arrepentidos, lamentaba la idea de haber arruinado la vida de tantos compañeros. Pero también temía ser liberado de la prisión: alguien, de hecho, podría haberlo matado por venganza. Sobre todo, lamentaba haberse quedado solo. Cinzia también se había arrepentido, pero con los años se había separado de Diego casi con odio. Y Diego

se había apoyado aún más en su padre que, a pesar de la insistencia de Luca, no lo había abandonado.

—Papá, ¿cómo está Luca? ¿Qué dice? —siempre preguntaba Diego.

—Nada, hijo mío, no dice nada. Él está en Cuneo. Ni siquiera hay un rincón para sonrojarse fuera de las cámaras y censuras. Todos están enfermos, pero no dicen nada...

—¡Los torturaron, pa! —Empezaba otra vez Diego— ¡Primero Cinzia y luego Luca! ¡Como yo, los colgaron de los pies y les arrancaron las uñas! Y antes de... violar a Cinzia, ¡le quitaron el pelo del pubis! ¿Cómo podía permitir esto?

—Podrías haber retirado tu declaración, para no acusar a tu hermano —dijo Giacinto de una vez, impulsado por los discursos de Luca.

—¡Con lo que hizo, nadie podría haber ayudado a Luca! ¡Nos habían atrapado! ¡Y luego, nos equivocamos! ¡Nos hemos convertido en iguales al Estado! ¡Y la cadena perpetua es terrible, pa! ¡Di que también estás enojado conmigo! ¡Así que vete y no vuelvas nunca más!

Ahora Diego tenía los ojos desorbitados. Quizás su pobre hijo, ante el horror, simplemente se había vuelto loco.

—¡Jesús, qué cansancio! —suspiró Giacinto en el frío de diciembre— La vida... Solo una larga antecámara de la muerte y mucho dolor. El mismo dolor que reconoció en ese hombre, fuera de la sala del tribunal.

—¿Eres un pariente también? —Giacinto preguntó entonces.

—Sí... —El hombre estaba a punto de continuar, cuando la audiencia había comenzado.

Pero el hombre había ido a sentarse lejos, donde estaban las partes afectadas. Y cuando leyeron los cargos contra sus hijos, Giacinto evitó su mirada.

Hacía frío, mucho frío, y toda su existencia honesta y bien cuadrada no había servido para repararlo de la escarcha que ahora sentía toda en el corazón. Fue así desde el día del juicio: cadena perpetua, más tres años de aislamiento diurno, para Luca. Diego, sin embargo, como arrepentido había tenido una sentencia más leve. Con circunstancias atenuantes apropiadas, pronto sería liberado de la prisión. Vio a su hijo menor gritar “infame” a su hermano mayor. ¡Y esas proclamas! Luca había firmado un documento, leído por otra mujer que, según lo que dijeron, se había resistido a la tortura. La palabra comunismo había sido gritada varias veces entre amenazas y consignas contra el Estado. Ante ese mero recuerdo, Giacinto se agitó como aquel día en el juicio. Sin embargo, entre todos esos gritos y confusión, su hijo menor, a quien apenas reconocía, con un gesto le envió un beso. Y en ese lugar de furia, para el anciano ese gesto le había parecido hermoso, incommensurable.

En casa, frente a la foto de Iole, su querida esposa desaparecida, había hablado como si todavía estuviera viva.

—Mi esposa, ¿dónde nos equivocamos? ¿Por qué ha crecido tanto odio a nuestro alrededor?

Paso a paso, había llegado a la esquina con la carretera principal que conectaba los dos suburbios: en el medio, estaba la agencia. Antes de cruzar, Giacinto verificó la hora. Quería llamar a Marina y luego tomar el autobús para el último tramo, donde pasaban con más frecuencia. Sosteniendo el reloj de bolsillo muy cerca de la nariz, vio que las manecillas

aún marcaban las 8:30 de la mañana. Él se estremeció. ¿Era una señal de que se le había acabado el tiempo, o se había quedado atascado, como para Luca, en los ojos metálicos que siempre lo seguían?

—¡Luca, intenta salir de aquí! ¡Soy viejo, no sé si aún puedo esperarte! —Imploraba durante las visitas. Como si el hijo pudiera hacer algo desde allí.

Luca estaba furioso, temiendo que Giacinto quisiera pedirle por enésima vez que se desvinculara de sus convicciones. Pero luego terminó renunciando a pelear: los años habían pasado, y tal vez se sentía lo suficientemente mayor como para hablar con su padre de otra manera. Sin embargo, no había cambiado de opinión. Siempre angustiaba al viejo con discursos políticos y con el comunismo, y criticaba al Estado porque los fascistas y sus masacres nunca habían sido castigados. Según Luca, solo quedaron en la cárcel las mujeres y hombres de las Brigadas Rojas, para pagar lo que había sucedido en Italia en los últimos veinte años. Giacinto tergiversaba. No quería que su hijo se emocionara, lo veía muy pálido y pensó con terror que podía sentirse mal. Pero esos discursos ardientes le daban angustia, no quería escucharlos. Aunque, al oír las noticias en la televisión, las palabras del hijo ya hacían eco con un sentido diferente, más comprensible y justo.

Haciendo cola frente a la cabina telefónica, Giacinto resopló. Era la segunda vez en unas pocas horas que estaba haciendo cola. Miró la iglesia en forma de órgano que estaba a tiro de piedra de la agencia. Arte posmoderno, le había costado una fortuna al Estado. Cerca del campamento gitano,

las tuberías de ese enorme órgano metálico sobresalían como un insulto en medio de la degradación imperante.

—“¿Todo es una broma cruel!”. —Pensó Giacinto, riendo amargamente.

Molesto, le indicó a la mujer por teléfono que se apurara. Tenía prisa y se sentía agitado. Quizás por todos esos recuerdos o por ese extraño presentimiento. Al pensar en Luca, ahora el corazón latía más rápido. Pronto escucharía a Marina, sin duda lo tranquilizaría. Tenía que estar tranquilo, no había razón para temblar. La cabina finalmente se liberó y el viejo se instaló en ella. Marcó el número lo más de prisa que pudo. La voz de Marina inmediatamente le pareció rara. Tal vez solo estaba cansada. Mientras tanto, sin embargo, el corazón de Giacinto estaba empezando a saltar. La mujer buscaba palabras para decirle algo sobre Luca, que no estaba bien, se sentía mal, Giacinto tenía que recuperar fuerzas, Luca... al hospital. ¿Infarto al miocardio? No, solo un ataque al corazón, pero inesperado. ¿Y los doctores? Dijeron que no era algo muy serio, pero que debía mantenerse bajo control: Luca nunca había sido un roble. Giacinto tuvo la clara sensación de que la amiga estaba minimizando. A las dos o tres preguntas que aún le hacía, respondió evasivamente, sobre todo cuidando de recomendar la tranquilidad.

Giacinto luego no agregó más. Le palpitaban las sienes y ni siquiera podía pensar. Como un autómata salió de la cabina. Sus orejas zumbaron. ¿Es así como uno se vuelve loco? ¿Tal vez la locura comienza con esa sensación de vacío que ahora invadía todos los intersticios del cerebro? ¿Por qué estaba ahí? Solo recordaba haber sido dirigido a la agencia. Por supuesto,

para esa declaración de prueba de vida. ¡Prueba de vida! ¿Era la suya una vida?

Vio llegar el autobús. Quería correr, pero no podía: rígido como una piedra, con los brazos colgando y las piernas como plomo, se sintió clavado en la acera. Como viejo soldado, mentalmente se dio la orden de avanzar. Y finalmente corrió hacia la parada. Pero el transporte ya se había ido.

—¡Maldición! ¿Y ahora dónde tomo el autobús? —gritó, deteniéndose en medio del camino. Aunque ahora estaba a la vista de la agencia, ese último tramo le parecía infinito. Pero justo entonces recibió la respuesta:

—¡Si no sales de allí, te va a tomar por las nalgas! ¡Imbécil! —Seguían siendo los matones de la Posta, que casi lo iban a atropellar con la moto.

—¡Idiotas! ¡Degenerados! ¡Vergüenza! ¿Dónde terminaremos si no hay más piedad incluso para un pobre anciano?

Furioso, Giacinto tosió, siempre por el viento que, mientras gritaba, había entrado en su garganta. Agotado, se sentó al borde de la acera, mirando la carretera y el camino recorrido. ¡Y todo porque alguien certificara que él, Giacinto Bordon, a pesar de todos esos malditos años todavía estaba vivo! Una gran camioneta oscura con enormes ruedas estaba casi encima de él. Si hubiera sacado un poco más el cuello, no habría necesitado más el certificado.

—¿Qué vida es la nuestra, Señor, si siempre debemos sufrir? —Él casi sollozó y se hizo a un lado en el último momento.

El polvo levantado por el camión lo dejó casi sin aliento, y lentamente se dirigió a la acera. Justo en frente, tres pequeños

gitanos que andaban por ahí lo miraron con curiosidad. El viejo lo notó, irritado:

—¡Váyanse! —gritó— ¿Qué tienen que mirar? ¡Ni siquiera se puede sufrir en paz!

Pero en ese instante algo finalmente sucedió, con la ironía cortante de los milagros. Como por arte de magia, los pinceles de ceniza vibraron en sus huesos, y como un meteorito se extendieron por todas partes, formando un extraño polvo plateado... El mariscal Bordon, con su dolor, había quedado atrapado en la anónima pero caritativa ráfaga del viento en invierno, la cual lo tomó de la mano y lo llevó a otra parte, a la nada de los ateos o al cielo de los que creen.

El oficial Conocchia, al mediodía, con ambas manos ocupadas por un paquete de multas, casi se tragó el bolígrafo que sostenía entre los dientes. Mientras hablaba con otro carabiniere de espaldas a la puerta, uno de los pequeños gitanos salió de detrás de él y lo hizo saltar.

—¿Quién anda ahí? —instintivamente dijo y se volvió.

El gitano, que vino corriendo, parecía haber perdido el aliento para hablar. Detrás llegaron dos más grandes, también sin aliento. El niño comenzó a tirar el soldado por la chaqueta, señalando el exterior con su dedo. Estaba asustado y murmuró algo sobre un anciano. Los otros dos también hicieron un gesto, pero, al no hablar italiano, no se podía entender lo que decían. El hombre estaba alarmado, pensando en un accidente. Dejó la pila de multas, levantó el bolígrafo del suelo y se acomodó detrás del escritorio: si había que escribir un informe, estaba listo. Rascándose la cabeza calva por debajo de la gorra de servicio, cuadró al grupo e intentó solucionar

ese problema. Los gitanos ahora hacían grandes gestos con sus manos, elevándolas hacia el cielo. Parecía que jugaran con plumas imaginarias, divirtiéndose extendiéndolas en el aire. Mientras tanto, el niño seguía hablando de un anciano... un anciano que estaba temblando y sollozando en la carretera principal. Pero esto, pensó Conocchia, era un asunto de los servicios sociales, no de los carabineros. ¿Qué podría hacer él si los viejos lloraban en ese vecindario, tal vez porque se sentían solos? A menos que esos nómadas se hubieran acercado al anciano para robarlo, y eso, por miedo, se había sentido mal. Quizás esos gitanos, temiendo lo peor, habían corrido hacia los barracones. Conocchia se volvió brusco y los cuestionó, mirando de uno a otro porque, en cualquier caso, tenía la intención de saberlo.

Ellos se asustaron aún más y comenzaron a moverse y hablar en voz alta en su idioma. Resignado, Conocchia trató de interpretar sus gestos y especialmente de seguir al niño, que parecía hablar un poco de italiano y dio un asentimiento frenético, como si dijera que el viejo realmente lo había visto. Tan pronto como mencionó al anciano, los otros hicieron la señal de la cruz y comenzaron a balbucear nuevamente. De acuerdo con esos gestos, ¡el viejo incluso parecía haberse ido volando! Pero esto no era posible, ¡tal vez hubo una explosión! ¡Explosión! Conocchia se levantó de un salto, golpeando su puño sobre la mesa: ¡en ese caso, tenía que informar a todo el batallón! Pero tan pronto como dijo en voz alta “explosión”, el niño lo detuvo con un movimiento de cabeza. No, no lo había adivinado. Ahora todos juntos, los gitanos voltearon las manos hacia arriba, crujiendo los dedos, como para extender

la comida a los pollos. Realmente parecía que el bendito anciano se había... ¡desintegrado!

—¿Pero qué ha pasado? —gritó Conocchia, alterado.

—Polvo de plata... Desapareció... con el viento, el viejo... puff... ¡desapareció! —Jadeó el niño.

El oficial se enfadó bastante, y con un gesto los mandó al infierno. ¡Pero mira lo que tenía que oír! Y él que había perdido el tiempo escuchándolos. Le faltaban más que estúpidas historias de desaparición esa mañana. Con todo el trabajo que le quedaba, ¡una montaña de procedimientos aún por archivar! Afortunadamente no había otro colega allí, de lo contrario habría sido considerado un idiota. Se irritó aún más con los gitanos y los ahuyentó mientras todavía protestaban y, con la mano en el pecho, perjuraban que habían dicho la verdad.

Dejado solo, Conocchia giró el bolígrafo entre sus dedos y suspiró, mirando el paquete de multas. Vio las luces encendidas en la calle y recordó que era Navidad. Entre los árboles de enfrente, hinchados con esferas de colores, un extraño polvo plateado giraba. Se frotó los ojos, pero las astillas de plata todavía estaban allí, como una nube inexplicable. Disgustado, miró hacia otro lado. La enigmática historia de aquellos gitanos debía haberlo condicionado. Además, era tarde y tenía que volver al trabajo. Entonces tomó el primer paquete de multas y lo archivó, colocándolo en el fondo del estante.

EL ANESTÉSICO

Cuando la hermana Norina salió dejándole ese montón de huesos medio dormido, Mario sintió el peso del calor y también el de ser allí la última rueda del carro.

—¡Tienes que hacerlo comer! ¡Absolutamente! ¡Entiendes, Mario? —dijo la monja.

—¿Y por quién? —se preguntaba Mario— “Ni siquiera el Padre Eterno se lo va a comer, esto, piel y huesos como está ahora...”.

Él no creía en el Padre Eterno. Y no le gustaba ese trabajo: todo el día entre mujeres piadosas y hombres de caridad que solo pensaban en hacer el bien... No teniendo nada en común con ellos, se sentía doblemente tolerado.

“¡Ser paciente!”, su esposa solía decirle: “Tarde o temprano vendrá algo mejor. ¡Se necesita fe!”.

“Bienaventurados los que lo creen”, murmuró ahora.

Se sacudió una mosca con la mano, como para liberarse de una molestia mayor: con esa bendita mujer de su esposa siempre terminaba sintiéndose culpable...

Y de hecho, era ella quien lo había sacado de la calle cuando, después de veinte años, fue expulsado junto con otros despidos del departamento de la fábrica donde trabajaba. Hablando con el párroco de su parroquia, Ángela hizo que lo aceptaran como tutor y factótum en ese albergue de marginados. Aunque todos sabían que él, Mario, no iba a la iglesia.

Y ahora que casi todo el personal estaba de vacaciones, le correspondía a él ocupar el lugar de los educadores, pero nadie habría admitido que podía desempeñar ese papel, aunque lo vieran allí los siete días de la semana durante todo el día.

En la Beata Casa del Viandante, en contacto con numerosos prototipos de brutalización que llegaban allí como en última instancia, Mario había reducido sin embargo la ración habitual de vino y cerveza. Y fue algo bueno. Al menos al escuchar la opinión de Ángela, que no podía soportar el hedor de ningún licor.

Pero ese lugar era el último en el mundo en el que pensaba quedarse. La caridad no quiso y no supo hacerla. Y para algunos de esos marginados que ni siquiera querían ganarse la vida, él solo les daría cuerda y jabón. Sin embargo, tenía que cuidarlos y, a veces, limpiarlos, como con los escombros que ahora tenía frente a él, y además en agosto, cuando incluso el más pobre de sus antiguos compañeros de trabajo se estaba asando en el mar.

Él, en cambio, se habría pasado el verano con esos naufragios, que apenas le daban las buenas noches. Le parecía que había encontrado un número infinito de ellos, tanto que comenzó a tener un sueño recurrente. Como en una película de

terror, vio la tierra abrirse y vomitar seres repulsivos, siempre con esos rostros; y la tierra eran sus entrañas que no dejaban de parir, como un cráter inextinguible.

Se despertó temprano y se tranquilizó ante la idea de haber sido siempre un hombre bueno. Pero durante algún tiempo pensó que había vivido en vano: a los cuarenta y cinco años, su vida le parecía un laberinto gris y sin salida. Echó un vistazo al último de esos restos.

“Era mejor ser un ladrón y un asesino”, pensó, “por lo menos terminaría aquí siendo atendido...”.

Cerró bruscamente el periódico y se imaginó tirando contra la hermana Norina todas esas páginas llenas de tragedia enroscadas con los huesos y la piel del naufragio humano en cuestión. En cambio, se puso de pie para examinarlo. Quién sabe de qué raza era. Antes de ponerse verde por la descomposición, su piel debería haber sido oscura.

Mario sabía de cueros: había tenido mucho entre manos, veinte años en una curtiduría. Sonrió al pensar que su departamento, ahora suprimido debido a la automatización, se llamaba Recuperación de Residuos, y allí se tiraban y cosían los restos de todo tipo de cuero de todas las formas posibles para reciclarlos y ponerlos en el mercado.

Confiado a las máquinas, el resultado terminaba siendo casi siempre el mismo. Pero le parecía que en su departamento todavía reinaba la creatividad. Tal vez por eso, los decisores lo habían suprimido. Cediendo al humor negro, se rio entre dientes del huésped:

“¡Esta piel está muy mal curtida! Y, por supuesto, me la dejaron a mí, y realmente no sé qué camino tomar”.

Resopló y finalmente se volvió hacia el “invitado”.

—¿Cuál es tu nombre?

Pero el otro miraba la mesa, los ojos muy abiertos que parecían caer de sus órbitas en cualquier momento, parecía que ni siquiera respiraba. La monja le había dejado un papel, diciéndole que el hombre había sido arrestado por vagabundeo y había dejado de comer en la cárcel. Lo habían alimentado a la fuerza, pero ahora nadie sabía qué hacer con uno reducido en esas condiciones. ¡Siempre que no sea sordo y mudo! Mario colocó cuidadosamente su gran mano sobre su hombro.

—¿Quieres comer?, ¿cómo te llamas?

Silencio. Mario buscó en su bolsillo el papel de la hermana Norina y leyó en voz alta: “Joshua Judich, nacionalidad de Yugoslavia. GITANO”. La monja había escrito esta última palabra en letras mayúsculas y grandes.

—Oye, ¿eres serbio o croata? —Intentó. Y hablando para sí mismo—: “¿Que sea loco por completo? Deberías haberme visitado por lo menos hace veinte años, mi querido sin apetito... Entonces, ya sabes, quería aprender ruso, no porque fuera bueno en la escuela, sino porque quería ir a Rusia y luego volver aquí para hacer algo mejor. Pero de todos modos, esos lo han hecho casi peor que nosotros. Y ahora no hay más placer en leer los periódicos”.

Volvió a mirar al gitano: ya no esperaba ninguna participación. Mientras hacía su monólogo, sin embargo, le pareció que estaba temblando, como por una leve descarga eléctrica. “¡Pero mira lo que me hiciste recordar!”. Se enojó consigo mismo, encontrándose duro como una piedra. Ya no recordaba las emociones, que debió haber sentido hasta hace

algún tiempo. Lo único que aún podía “oír” era la música, la que los idiotas consideran aburrida, la clásica, como dicen, que en cambio le despertaba la idea de la puesta de sol, la hora que prefería.

Parado al lado del huésped casi sin sangre, su imponente tamaño ahora le parecía a Mario casi un ultraje. Se inclinó para apretar la muñeca del hombre, esperando que entendiera que, en cualquier caso, tenía que cuidarlo y no armar un escándalo. Al contacto de sus dedos con la muñeca del gitano, demacrado y frío, Mario soltó su agarre, como quemado por un hierro candente. ¡Un cuerpo tan frío en ese calor abrasador! Algo parecido a la incomodidad se arrastró hasta el fondo de sus pensamientos. “¡Tienes que comer, amigo, de lo contrario morirás!”. ¡Eso es todo lo que nos faltaba! En agosto era casi imposible encontrar ayuda en tiempos decentes. Corrió a la cocina: prepararía un plato de pasta.

Se comprometió a preparar una salsa con muchos olores. Y mientras el agua con la pasta hervía, volvió a observar al invitado. Se secó la frente sudorosa con el dorso del brazo y se apoyó contra la puerta plegable. Midió el cuerpo larguirucho del gitano desde la distancia: parecía un largo poste de telégrafo derribado con un montón de alambres de hierro en la parte superior, cabello castaño rizado. Edad sí y no treinta y cinco años.

Mario se pasó las manos por el pelo, ahora gris y grueso solo en las sienes, y suspiró con fuerza, recordando que a los treinta y cinco se había saltado el almuerzo solo por los piquetes de huelga. En aquel entonces participaba, sus compañeros de

Fiat se declaraban en huelga frente a las puertas, Berlinguer también había ido, pero muchos camaradas lo consideraban muy moderado...

Se asombró de este otro fragmento de recuerdo, filtrado entre las lápidas de sus innumerables desengaños. Pero no pudo pensar en ello ni por un segundo más: el agua estaba hirviendo y se desbordaba de la olla. Corrió a la cocina, empezó a cocinar la pasta y preparó la salsa. El olor a albahaca y tomate fresco refrescó sus ideas.

—¡Si no honras esto, eres verdaderamente incurable! — Retiró las largas manos del gitano de la mesa del comedor y dejó espacio para el plato. Joshua se tambaleó por un momento. Era el único signo de vida reservado para el olor del plato: sus fosas nasales dilatadas, como una fiera agonizante, ni siquiera se estremecieron. Mario trató de tentarlo para que comiera al menos algunos bocados, también trató torpemente de alimentarlo, pero la comida se detuvo en los bordes de esos labios secos y entreabiertos.

Mario se rindió, también vencido por el hambre y el calor. Luego se quitó la camisa y se dispuso a comer con gusto, al menos él mismo y vació el plato hasta el último diente de ajo que quedaba en el fondo.

Incluso a esa hora calurosa, junto con el inquietante canto de las cigarras y los grillos, había muchos pájaros en las copas de los árboles de enfrente. Y todavía querían cantar. Quién sabe si esos pájaros realmente querían cantar... A veces las apariencias engañan. Resulta que ellos también hacen los tres turnos en la cadena de la fábrica de canto, que nunca se

detiene, ni siquiera de noche. ¿No los había escuchado incluso de noche, cuando tuvo que reemplazar la cabecera del refugio? Tal vez los pájaros fueran los guardianes del sueño de la afligida humanidad que él custodiaba durante el día y que chocaba constantemente con su propio destino.

Quería comerse también el plato de Joshua, pero el deseo le pasó de inmediato, observando la palidez del anfitrión, que más tarde podría tener hambre. Mario desahogó, refunfuñando:

—Mira, realmente estoy haciendo un sacrificio por ti, mi querido gitano...

Sin embargo, no pudo continuar. El otro palideció aún más y puso los ojos negros y llorosos en blanco. Mario logró agarrar a Joshua antes de que se deslizara hacia abajo, entre la mesa y la silla.

—Maldita sea, ¿has visto lo que pasa por no comer?

Los ojos febriles del gitano parecían los de un perro perdido. “¡Maldita sea, hombre, no te rindas!”, Mario susurró. Y, levantándolo con mucha precaución, lo colocó en un sillón maltrecho.

Corrió al fregadero para mojar la servilleta que todavía tenía alrededor del cuello con agua fría, pero se lo pensó mejor: con el frío adentro, el invitado corría el riesgo de quedarse seco. Recordó que un día en que su esposa tenía un desmayo, un vecino la había obligado a beber agua y azúcar. Se apresuró a volver a la cocina y regresó con una taza grande.

—Lo siento, amigo, ¡pero ahora tienes que beber todo esto!

Levantó la cabeza rizada del gitano e incómodamente trató de llevarle el cuenco a la boca. Pero eso apretó los dientes y

frunció los labios. Su negativa a vivir. Mario tuvo que abrirle la boca con sus gruesos dedos de trabajador. Pero, maldito sea, se estaba resistiendo. Al contrario, lo miró como si estuviera siendo torturado.

—¡Pendejo ingrato! —gritó a unos centímetros de la boca de Joshua, luego se calmó y le salió una dolorosa frase—: ¿Por qué quieres morir?

El otro retrocedió. Mario dejó de intentar de nuevo con la taza y llamó al guardia médico: prometieron pasar antes de la noche.

Ahora Mario, el factótum de la Casa, trató de concluir lo que tenía que hacer. Ya llegaba tarde, pero se las arregló para salirse con la suya justo antes de que regresaran los demás huéspedes. Y, sobre todo, antes de la llegada de Serena, una gorda petulante que de joven había sido enfermera. Brusca, rápida e impetuosa, marchaba con sus pantuflas al son de citas religiosas. No le agradaba, pero no podía evitar sentir una especie de afecto mezclado con compasión: esa solterona gruñona era caritativa y bondadosa. Y quizás ella también lo estimaba, aunque afirmaba que, en términos de ideas, los dos eran como el diablo y el agua bendita.

Entonces, mientras los otros invitados curiosos rodeaban la silla de Joshua, Mario informó a Serena sobre lo que había sucedido.

—La hermana Norina lo trajo hoy, porque ninguna institución quiere ocuparse de él. Está seco como una uña, ¡pero no quiere comer!

—¡Ah, anoréxico! ¡Todo lo que necesitábamos era un anoréxico! Lo guardaremos unos días, luego veremos cómo hacer

que lo repatrien. ¡Esta no es una sala psiquiátrica! ¡Esta es la Beata Casa del Viandante!

—Repatriar, repatriar... Eso ya no tiene patria. Es un gitano... eslavo. Y tal vez su familia también murió en esas guerras sin sentido... ¡Y tal vez por eso está así!

—¡Toda culpa de los poseídos de comunistas! ¿No estabas de su lado, tú? ¡Y tal vez esto aquí también era parte del clan! Sin embargo, aquí las reglas son reglas.

—El médico vendrá en breve. —Mario se aventuró conciliador.

Mientras tanto, voces alteradas vinieron de la otra habitación.

—No lo quiero en la habitación conmigo, ¡está sucio! —gritó un treintañero desdentado.

—¡No querrás que me lo coja! ¡Soy una mujer, y eso no está permitido aquí! —respondió Sofía, una joven prostituta.

—Podrías mudarte con Milena y dejar la habitación libre. —Era de nuevo Mirko, el adicto.

—¡No vine aquí para hacer sitio a los gitanos! ¡Soy italiana!

—Bienaventurados los últimos. —Llegó Serena con sus citas.

—¡Sin duda alguna esta es toda una casa de bienaventurados! —resopló Sofía.

—¡Ya basta de charlas, huéspedes! Sofía irá con Milena y habrá una habitación libre.

—Uno a cero para ti, pésimo —espetó la prostituta a la dirección de Joshua.

Mario sintió la habitual opresión en el estómago, pero no pensó en intervenir en los méritos de los discursos: hacía mucho tiempo que había perdido la fe en que con palabras se pudiera cambiar el corazón de las personas. Se limitó a exhibir un aire brusco e, inflando el pecho, toda su masa. Sofía actuó en una movidita ambigua por verlo sonrojarse, como de costumbre. Al volver la cabeza para ocultar el sonrojo, a Mario le pareció que el eslavo había seguido cada uno de sus gestos. Bajó los ojos, pero ya estaba mirando por la ventana, mirando hacia el crepúsculo. Aún le ardía la frente.

—Nos vemos mañana, Joshua. No más tortura de agua y azúcar por hoy. ¡Lo verás con el doctor! ¡El abajo firmante se va a casa!

El gitano bajó los párpados, como si cerrara los postigos de las ventanas ante la llegada de un intruso. Y Mario salió de la casa sacudiendo la cabeza.

Durante todo el viaje de regreso sintió una fuerte sensación de languidez, pero no tenía hambre. En casa, entonces, su esposa, al verlo demorarse frente al plato de sopa, quiso investigar. No podía escapar de la mirada de Ángela: siempre lograba sacarle algo. Mario la amaba y se sentía culpable por no haberle dado hijos. Tenían la misma edad, pero ella, pequeña, llevaba los años mejor que él, conservaba los mismos ojos brillantes de los que se había enamorado quince años antes.

En aquel entonces, Ángela trabajaba como costurera en el taller de sastrería cerca de su fábrica. Le gustó de inmediato, aunque descubrió que había muy pocas ideas en común entre ellos. Ella era una católica practicante. Y Mario, a esa edad,

pensó que con los ratones de sacristía apenas se podía hablar. Pero, a lo largo de los años, el tiempo juntos mediando distancias y luego silencios, lo había arreglado todo: y el Dios de Ángela había dejado de pisar los dedos de los pies del Marx en quien entonces Mario creía ciegamente. Y ahora ambos eran de pocas palabras. Las disputas a menudo se desvanecían en el silencio o en vagos gestos de armisticio o de soltar.

—Un tipo extraño llegó hoy a la Casa... un gitano anestésico...

—¿Y de qué país es un gitano anestésico?

—No es un país, sino una enfermedad. Se llama anestésico cuando uno no quiere comer. Y, de hecho, es tan delgado como un esqueleto y frío como el hielo, ¡pero ni siquiera se traga un vaso de agua!

—Tendrá dolores. ¿Por qué no le dejas hablar?

—¡Te parece sencillo! ¡Eso no lo entiende! Tal vez sea sordo y mudo, ¡o quién sabe qué más le pasa por la cabeza! —Con la boca abierta, los ojos bien abiertos, Ángela lo escuchó con interés. Con ella, casi siempre podía formular sus pensamientos con claridad.

Ahora, sin embargo, quería parar: ese gitano ya tendría que aguantar todo el día... Pero Ángela prosiguió:

—Quizás ha perdido la memoria. ¿Es un señor mayor?

—No, joven, unos treinta, treinta y cinco años.

Pero de repente se quedó callado: aún esa languidez, las imágenes de sus propios treinta y cinco años, los piquetes de huelga y...

—¿Qué tienes, Mario?

—No lo sé... ¡el doctor! Quién sabe lo que dijo el médico.

—¿Qué doctor?

En lugar de contestarle, Mario corrió hacia el teléfono. Ángela fue a sentarse a su lado. La voz incómoda de Mario:

—Hola, Serena, ¿cómo estás ahí?

—¿Qué te pasa, Mario? ¡Llamar en este momento! ¿Cómo quieres que me vaya? Cosas habituales... estuviste aquí hace unas horas.

—El doctor... el anestésico, ¿cómo está?

—¿Qué estás tartamudeando? ¿Qué anestésico? ¿Estás borracho, Mario?

—No... Joshua, el gitano... ¡El doctor! ¿Cómo está?

—¡Ah, el anoréxico! Anoréxico, no anestésico, ¡eres una bestia! Permanece allí. No quería irse a la cama y lo trasladamos al sofá. Y nosotros estamos en las sillas o en el suelo. Por cierto, Mario, mañana tienes que bañarlo.

—Yo, ¿eh? Eso está bien. Pero, ¿qué dijo el médico?

—Anorexia: rechazo de la comida. Está claro, ¿no?

—¿Sí, pero por qué? ¿Y qué se puede hacer?

—Era un médico de cabecera, no un psiquiatra. Le dio inyecciones reconstituyentes. Tendrá que hacerlo durante una semana, luego, si no vuelve a comer, tendrá que ser hospitalizado. Mira, ahora me gustaría ver el final de la película, si no te molesta.

Mario salió al balcón. En la vida nunca uno está completamente protegido, y mucho menos de los recuerdos, que siempre te vuelven a encontrar. Una estrella fugaz lo siguió sin poder pedir ningún deseo. ¡Qué desastre! Miró las luces

del carrusel, a un tiro de piedra de allí. De ninguna manera podía distraerse. El pensamiento fijo de Joshua lo angustiaba. Quizás el gitano quería morir junto con sus raíces...

—¡Qué tragedia... pobrecito!

—Mario, ¿con quién estás hablando? ¿Por qué no vienes a la cama? —Su esposa lo llamó desde debajo de las sábanas.

Se alejó arrastrando los pies. No pudo evitar el espejo. Gordo como estaba, él nunca podría suicidarse con la anestesia, la anorexia o como se llamara. ¡Un dios! Se necesitaba al menos un dios para culparlo por los fracasos de la vida.

—¡Estoy gordo, Ángela!

—Pero no, qué estás diciendo, ven a la cama.

Esa noche Mario se quedó despierto mucho tiempo. Con los ojos bien abiertos, contó y relató las ventanas y antenas del cuartel de enfrente. Finalmente se quedó dormido y soñó. En las sórdidas afueras donde vivía, se abrió el cráter habitual. Pero esta vez la tierra se resquebrajaba por el derrumbe de un inmenso muro, y vomitaban zombis con los rostros de los huéspedes de la casa.

Entre ellos, uno, el más esquelético y demacrado, tenía la cara de Joshua saludándolo desde lejos con el puño cerrado, sosteniendo una gran bandera roja en la otra mano. Fue un sueño asqueroso, pero perturbador. El gitano lo llamó con voz ansiosa, como si tuviera poco tiempo. Y él respondió, y no tuvo miedo, corrió hacia él, antes de que el cráter se cerrara nuevamente y fuera absorbido junto con los otros zombis. Lo agarró, pero la tierra se derrumbó repentinamente, arrastrando a Joshua, y en su mano, para sí, solo quedó la bandera.

Entonces sintió que tenía que correr, huir, no había tiempo para llorar, ni para entender, solo unos instantes para encontrar una salida: ríos de lava ya invadían la superficie, pero su barriga le pesaba, y junto con su vientre, esa abultada bandera roja. Corriendo y corriendo, sin embargo, tenía la esperanza, lejos del río de lava podría encontrar a Joshua de nuevo. Tenía mucha sed.

¿Por qué ellos para vigilar las fronteras? Pero ¿qué fronteras? Luego, una multitud encabezada por el dueño de la fábrica cubierta solo con pieles. Junto a un colega de la Casa y Serena, finalmente su esposa con esa vocecita, pidiéndole que tire la bandera. Quería pegarle para pasar, pero no tenía corazón, y luego, otros aparecieron detrás de la suplicante, amenazantes. Más allá de la frontera, la débil voz de Joshua todavía le pedía que volara para salvarlo. Pero no podía volar. Se despertó en su cama sudando, con la cara en llamas, esperando que su esposa no lo hubiera escuchado gritar mientras dormía.

Joshua lo estaba esperando en la Beata Casa del Viandante, todavía medio dormido. Si tan solo hubiera podido evitar bañarlo. Por suerte, los invitados se habían ido a la playa: al menos podía ordenar con tranquilidad. Se plantó frente a Joshua con una media sonrisa.

—Tratemos de entendernos, querido Joshua: me pidieron que te bañara.

Como de costumbre, no obtuvo respuesta. Pero el gitano se dejó llevar como un bulto al baño. No se movió y Mario tuvo que desnudarlo. Luego lo extendió con cuidado en la tina y comenzó a enjabonarlo. Esos ojos de perro perdidos de

nuevo. Como si estuviera en trance, rápidamente enjabonó sus hombros, hasta la parte baja de la espalda. ¡Qué vergüenza, maldito sea! ¿Y por qué recordaba ahora ese sueño? ¿No volvería a encontrar la paz entonces?

Vistió al gitano como si tuviera una brasa encendida en las manos. Luego lo colocó en el sillón, lo empujó hacia la ventana y entró en la cocina. Allí dio la vuelta a la mesa, deteniéndose por momentos para lanzar un puñetazo, desviado en el último minuto. Luego regresó a la sala de estar con la ración habitual de agua y azúcar.

Desde el cielo gris, las nubes descendieron casi hasta el nivel de la ventana. Al menos una tormenta, para que un poco de calor desapareciera. Pensó que lo tenía todo en las venas... Se acercó a Joshua y le mostró la taza. El invitado se negó con una mirada.

—¿Pero quién eres tú, Joshua, y por qué quieres morir?
—Mario acercó la taza.

El hombre tomó unos sorbos sin dejar de mirarlo. El reloj de la iglesia dio la hora tardía de la mañana. Mario saltó.

—Voy a limpiar —dijo—. Te dejo la radio, siempre y cuando te guste la música.

Tuvo que afrontar la peor parte del día, las tareas domésticas. Incluso en la fábrica, al final del turno, limpiaba. Pero era diferente. Aquí se trataba de un esfuerzo femenino, al que no podía resignarse. Siguió los versos de una canción que salía de la radio de la sala y los transmitió a sus manos que ahora pasaban rápido, mecánicamente. Ese violín fue necesario mientras limpiaba las persianas.

Se detuvo, apoyado en la escalera de madera: esa canción conmovedora movió su sangre. ¡Ah, la música! Quería disfrutarlo mejor, más cerca de la radio, y miró hacia la sala de estar. Pero tropezó con un espectáculo inesperado: las lágrimas de Joshua: fluían lentamente, sin que se moviera un solo músculo de su rostro. Joshua era una estatua de cera, y sus lágrimas duraban, como si una cerilla encendida en el borde de las cuencas de los ojos derritiera solo unas pocas gotas. Mario retrocedió y durante mucho tiempo espizó ese grito de desesperación definitiva.

Joshua no comió en el almuerzo, pero aceptó más sorbos de agua y azúcar. El cuidador lo miró sombríamente, luego él también estaba enojado y desesperado:

—¡Te ayudaré, Joshua, sea lo que sea! ¡Tienes que hacerlo!
—De pie frente al gitano, con los brazos abarrotados de platos, Mario gritó.

¿Una sombra de consternación en el rostro del otro, o tal vez solo el reflejo de las nubes que lo habían ganado sobre el sol? De ida y vuelta, Mario caminaba y resoplaba. Debería haber salido de allí. O quedarse y liberar al menos un gorrión de la fábrica de canto en los árboles de enfrente. O gritar y tirar los pedazos de pared que se habían derrumbado sobre su cabeza durante tanto tiempo. ¿Era a Joshua a quien había visto todos esos años en el fondo del vaso?

Barrer. Cuando regresaron los invitados y Serena, él todavía silbaba una melodía popular. Balanceándose, Sofía se sentó en el regazo de Joshua y jugó con sus cabellos castaños.

—¿Cuándo se lo llevarán a este guapo piojoso?

—Sofía, ¿qué sentirías si te oyeras que te llaman puta pésima?

—Deja de chillar, Mario, no estoy enojada con él. Además, ¿qué me importa?

—¡Es que está limpio, lo lavé esta mañana!

Entonces, Mario se escapó, seguido por la mirada perpleja de Serena. Afuera llovía, pero se olvidó de abrir el paraguas y se mojó hasta la médula. Pero siguió sonriendo. En el autobús murmuró un discurso político incomprensible a medias palabras. En casa bebió un poco más y empezó a contar historias. Contó de un Mario líder del pueblo, al frente de huelgas y piquetes. Y de nuevo aburrió a su esposa con otras historias de fábricas. Ángela bostezó repetidamente. Pero él sonreía sin verla. E inmediatamente fue a hojear libros usados y revistas amarillentas. Metió algo en su bolsa de trabajo...

Al día siguiente llegó al refugio sin aliento. Había perdido el tiempo comprando un *croissant* de chocolate caliente. Por Joshua. Lo encontró en la cama, haciendo un escándalo con Serena para que se levantara y frunciendo el ceño. La Serena entregó las consignas a Mario y se retiró. Mario agitó la bolsa de dulces bajo la nariz de Joshua: ¿lo tentaría el olor del *croissant*?

A Joshua no le gustó nada más que una migaja en la punta de los labios. Luego, Mario lo vistió, ignorando el olor de ese hombre, calentito de la cama y lo sentó en la habitación contigua. Afuera, el chillido de las bandadas.

—Escucha, Joshua, déjalos concertar. Pero ahora voy a poner algo de música que nos hará pasar un buen día.

Sacó una cinta de música de su bolso y jugueteó con el estéreo. Por unos momentos un silencio suspendido. Luego, las notas de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi flotaron por la habitación. Los ojos del gitano reaccionaron de inmediato: asombrados y desesperados.

—Dime algo, Joshua, ¿me entiendes? ¡Háblame en cualquier idioma o escíbeme, aquí, escribe en tu idioma y me daré prisa! —Y se golpeó la cabeza contra el armario en el que buscaba frenéticamente papel y lápiz. Maldijo, acercando la silla a la mesa. Se rascó la barriga y prosiguió—: Mira, ahora escribiré tu nombre y tú escribirás el mío. Quiero decir, no... Escribe lo que quieras, o dibuja, o... —Rápidamente anotó el nombre del gitano, en mayúsculas— “JOSHUA JUDICH”, aquí está.

El otro lo miró fijamente, sus ojos como alfileres. Luego, de repente, agarró la pluma, la plantó en la última letra, la H y la borró, decididamente, con una cruz.

—¿No es ese tu nombre? Disculpe. Habré cometido un error, o la hermana Norina habrá cometido un error... —Pero el dedo del gitano se quedó en el borrado. Entonces, Mario rebuscó en su chaqueta, buscando documentos: pero, pensó, ¡claro, los gitanos a menudo intercambian las identidades! De hecho, la H estaba en el documento, medio oculta por una mancha de tinta. Miró la cédula de identidad a contraluz: la H parecía diferente, un poco más pequeña y más ligera— ¿Qué estás tratando de decirme, que tienes identificaciones falsas? ¡Y ven y cuéntamelo!

Como un hombre honesto frente a una billetera abultada que se encuentra en la calle, incapaz de tomar una decisión, Mario se alejó de Joshua y de la música. Tenía que pensar. ¿Quién era ese esclavo y por qué se sentía tan avergonzado? ¿Qué hacer en tales casos, hablar con alguien o llamar a la policía de inmediato? Tal vez Serena... Vislumbró una sombra detrás de él y se volvió: Joshua, inestable y tembloroso, la hoja anterior en una mano, el auricular del teléfono en la otra. Mario murmuró:

—¿Quieres que llame a la policía? ¿Por qué?

Joshua estaba jadeando. Con las manos extendidas, tratando de avanzar, vaciló, arrastrando el teléfono.

—¿Qué diablos estás buscando de mí, eh? —Mario sacudió al gitano como un palo— ¿No quieres meterme en problemas?

Joshua pareció desmoronarse. Pero volvió a extender el auricular. Entonces una voz del más allá de la tumba gorjeó:

—Se acabó, Mario... allá se acabó todo... ¡Nadie lo logró!

—¡Ah, miserable estafador, entonces hablas! ¡Y me hiciste perder, maldito, todo este tiempo! Un estafador... ¡imagina! ¿Y quién más podría haber pasado en un lugar así?

¡Había tenido suficiente de ese sinvergüenza! ¿Cuál era el número al que llamaba Serena para obtener información sobre los huéspedes? Lo buscó espasmódicamente en la guía telefónica. Joshua, ausente, permaneció apoyado contra la pared. Con el torso erguido, como para comportarse, Mario se aclaró la garganta.

—¿Aló? ¿Estoy hablando con el Dr. De Vincenti? Soy Rinaldi, responsable de la Beata Casa del Viandante

—mintió—. Me gustaría saber si hay alguna condena previa contra JOSHUA JUDICH, nacionalidad yugoslava. Gitano.

—Te volveré a llamar en cinco minutos.

¿Era posible que esos cinco minutos fueran más largos que días en la fábrica? Miró a Joshua. Tan inmóvil, largo y demacrado era uno con la columna de mármol dedicada por el Orden a la Santísima Virgen del Viandante. El tenso silencio fue roto por un trueno distante. Mario agarró el auricular una fracción de segundo después del primer trino. En el otro extremo de la línea, el funcionario a cargo.

—¿Hola, Dr. Rinaldi?

—Sí, adelante. —Se sonrojó, porque no era doctor ni Responsable, ¡apenas era responsable de sí mismo!

—Ningún gitano de nacionalidad yugoslava registrado con ese nombre. Nada de serbios, croatas, nada. Pero hay un Joshua Judic sin la H, un soviético. Es decir, un exsoviético... un ruso: por esas partes ya no se entiende nada: es hijo de un alto mando del PCUS, quizás el también un ex... —se rio— un subversivo, quizás anarquista. Sin embargo, buscado por intento de asesinato. Sentencia de muerte *in absentia*.

—¿Cómo? ¿Cuyo?

—¿El intento de asesinato? ¡Del padre! ¿Pero no lo tendrás ahí? ¡Es peligroso! ¿Quieres que enviemos a alguien?

—No, no, este tiene la H aquí: se llama Ju-di-ch.
—Sudando Mario deletreó, acentuando bien esa última letra, la H.

—Cuando sea así, adiós.

Mario se disculpó por el error y colgó.

Aire. Necesitaba aire. Se apoyó contra el alféizar de la ventana. El canto de los pájaros al frente, ensordecedor e irreal, pareció atraerlo a otro planeta. Se sentía agotado: ciento cincuenta años con el peso del mundo sobre él. ¿Dependía de él salvar a Joshua del cráter? Cogió al subversivo del brazo.

—Vamos al hospital, Joshua, haremos las cosas bien, encontraremos una solución.

Juntos llegaron a la puerta. Una contraventana que quedó abierta se sacudió violentamente.

—El viento se ha levantado —murmuró Mario—, tengo que cerrar antes de salir. —Y se fue a la otra habitación.

Cuando regresó, no había rastro de Joshua. Ni allí, ni en ningún otro lugar de la casa. Mario buscó varias veces, llamándolo en voz alta. Hasta que se dio cuenta de que se había quedado solo.

EL MONSTRUO DEL ARRECIFE

Milena, de rizos rubios y ojos verdes, aparentaba más de sus once años. Cuando le apartaron el cabello de la cara hinchada, el juez la reconoció: era una pequeña diva de la televisión local. Ahora yacía en el borde de la ciudad, al pie del arrecife, donde el mar se perdía entre las rocas a lo largo del pinar. Debajo de su cuerpo, la hierba formaba una cuna a la sombra de dos pinos centenarios. Milena yacía boca abajo, con el cuello sujeto con fuerza por una media de seda cuyas pequeñas manos aún agarraban los extremos.

La encontraron alrededor de las diez de la mañana, una bochornosa mañana de finales de julio. Presentes, además de la policía, la jueza y el asistente, los padres de Milena y su perro chihuahua. Al ver el cadáver, la madre se derrumbó de inmediato. Su padre, Mario Salvini, un ingeniero conocido en toda la zona por su rectitud, arremetió con desesperación y furor contra la depravación de la moral y contra la policía, incapaz de garantizar la seguridad de los ciudadanos: ¿no era esto estrago obra de un depravado? El perro, después de haber intentado en vano “despertar” a la niña, aulló. Camilla

Pigli, titular de la investigación, se volvió hacia su padre con el ceño fruncido:

—¿Tienes alguna sospecha?

—¿Sospechas? ¡Con todos los perversos que llenan el pinar! Aquí, mira, un espécimen. ¡Siempre estaba zumbando alrededor de mi hija!

—¿Pero quién, el poeta?

Desde lo alto del arrecife asomaba la barba despeinada de un cuarentón: con pequeños pasos comenzó a descender hacia el grupo por el sendero.

—¡Bebé! —Él exclamó.

Apoyado contra una roca, miró la pequeña multitud. Luego se llevó las manos a la cara y echó a correr, tropezando con sus pantuflas andrajosas.

—¡Arréstenlo! —El grito del ingeniero fue seguido por los rápidos pasos de los carabinieri.

No fue difícil atrapar al poeta, que ahora se retorció imprecando y maldiciendo. Él cayó al suelo.

—Maricón de mierda —siseó el más joven de los soldados, músculos de culturista. Y lo puso de nuevo en pie.

La jueza se acercó y pidió explicaciones: ¿no sabía el poeta que fugarse equivale a media admisión de culpabilidad? En respuesta, una mirada de gato enojado.

—¿Quiere decirnos por qué se escapó? —Instó la jueza.

—¿Por qué debería quedarme? Bebé... se ha ido. Y es culpa de ustedes. Así que me voy.

—¡Olvídese de eso, señor! ¿Cuál es su coartada por las últimas horas? Usted solía frecuentar la víctima.

El padre presionó:

—¿Pero qué esperas para arrestarlo, que vaya a matar a otra?

—Cálmese, ingeniero —Pigli y su asistente se apartaron a un lado con Manlio Serafini, conocido como “el poeta”.

—Señor Serafini, espero una respuesta —dijo la jueza.

—Bebé y yo éramos amigos. ¿Qué saben ustedes, conchas vacías, mejillones podridos?! —gritó el poeta.

La jueza suspiró. El mariscal abrió los brazos y se llevó el índice a la sien: el sospechoso estaba realmente loco.

Todos se sentaron sobre los peñascos, entre nubes de moscas, bañados por las olas de un mar moteado. Los uniformados, sudorosos, discutían entre ellos de la lotería. Mientras tanto, el ayudante se abanicaba con una carpeta. A menos de un kilómetro, la vida en la playa seguía como siempre: turistas en el agua, niños acurrucados, chicas semidesnudas y aceites perfumados. Y gaviotas. Una ola rozó los pies lacados de la señora Calvini, aún semiinconsciente. La ambulancia llegó tarde. La jueza liberó su rostro del cabello levemente despeinado por la brisa. Abrió su bolso para mirarse en el espejo puesto en la parte inferior.

—Entonces, Sr. Serafini, ¿cómo pasó las últimas veinticuatro horas?

El ayudante dejó de abanicarse y sacó un cuaderno.

—He vagado por la ciudad, el arrecife y... oh, bueno, ¿eso es asunto mío!

—Eh, no, ahora también es asunto nuestro, ya que hay el cadáver de una niña... ¡Y será mejor que seas convincente si no quieres una orden judicial en tu contra!

—¿Por qué no vas a dar un paseo entre las almas piadosas de esta ciudad? ¡Tal vez me encuentres en buena compañía!
—gritó de nuevo Serafini.

La jueza lo miró: —Como quieras. ¡Ahora, vaya a casa y esté disponible!

Mientras la ambulancia se tragaba el cuerpo de Milena, la madre volvió a desplomarse, el poeta refunfuñaba cuesta arriba, el ingeniero continuaba despotricando contra él. En el cielo, el abrasador sol de verano. Una lancha a motor ondulaba la suave ola del mar. Todos se pusieron en marcha, oprimidos por el calor.

La prensa nacional se estaba interesando en el caso. Para Camilla Pigli pudo haber sido un fracaso, o la codiciada oportunidad: tenía que moverse con cautela. Después de todo, ella era todavía la hija de una lavaplatos. Apretó la mandíbula y frunció los labios finos: por ese tic en la escuela la llamaban “culo de gallina”... Eso sí, nunca en su presencia: les habría devuelto alguna frase venenosa. Había aprendido temprano a defenderse en la Zona Vieja. Allí los niños corrían descalzos incluso en invierno y se escuchaban gritos desde las ventanas y volaban objetos. El día que Camilla recibió el contenido de un orinal a la cabeza mientras jugaba, decidió que escaparía a cualquier precio: tenía siete años y odiaba esas casas húmedas, los ladrillos y las piedras rojas, los balcones comunes con vistas al mar. El hombre siniestro de sus pesadillas a menudo tenía el rostro sombrío de algún vecino.

Entre esos callejones, desde pequeños, los niños aprendieron rápidamente a comportarse mal. Y las mujeres mostraban moretones en sus rostros demacrados, como si estuvieran suspendidas sobre vientres embarazados, cubiertos con delantales. Desde temprana edad, Camilla sintió la necesidad de orden y de explicaciones. Pero su madre trabajaba todo el

día y su padre, un camionero internacional, nunca estaba, y cuando murió en un accidente lejos de casa, ella pensó que se había ido en uno de sus largos viajes: seguro que lo volvería a ver, imponente en la puerta, en casa, la camisa grasienta y las manos callosas...

Camilla no cambió de barrio. Pero, gracias a los sacrificios de su madre, estudió en una escuela muy concurrida. Y en los años de protesta hasta hizo un esfuerzo por amar esas casuchas. Participó en algunas peleas de barrio, mantuvo vagas convicciones progresistas y estudió abogacía: para defender a los pobres, decía...

Luego, con los años, sin embargo, los proyectos y las explicaciones volvieron a los perímetros habituales. Terminó sus estudios, se cambió de barrio, ganó un concurso e ingresó a la judicatura. Y denunció reiteradamente a caras conocidas de la Zona Vieja.

Su vida estaba ordenada ahora, tan predecible como la última pieza de un rompecabezas. No tendría que cometer un error con esa investigación.

Tenía que moverse con cuidado. Recapituló toda la historia. Ante todo la víctima: precoz, bella, mimada y envidiada. Pero para sus maestros, ella era una niña tímida, sensible e introvertida: una estudiante extraordinariamente madura. Hija única de los Calvinis, frecuentaba a la descendencia de los notables locales. Sus íntimas amigas, Silvia y Morena, regresarían de vacaciones al día siguiente. Tenía que acordarse de decirles al psicólogo y al asistente social si quería interrogarlas sin los padres. Luego estaba Gianandrea, el hijo del fiscal: un obstáculo muy particular, obviamente, pero era el mejor amigo

de Milena, también en el negocio de la publicidad con los niños; su familia frecuentaba asiduamente a los Calvini. ¿Se podría ignorar? Bueno, en todo caso ya había un sospechoso: el poeta... La investigación podría resolverse lo antes posible, quizás con la ayuda de las familias.

“¿Hola?... Por supuesto, fiscal general, imagínese, será de corta duración. Esta tarde. En una hora, todo bien”. Camilla colgó, con las mejillas encendidas, y se dirigió a la casa del abogado y de su hijo Gianandrea.

En el cuidado camino de entrada que resguardaba la villa rosa, trató, molesta, de no mirar el rostro de Gianandrea que asomaba de la valla publicitaria y se preparó para el encuentro: “El chico tiene el corazón roto”. Abogado Dixit.

“Querías mucho a Milena, ¿no?”.

Camilla deseó que todo estuviera en orden entre aquellos muebles antiguos y los preciosos azulejos de mármol, hasta la mirada ausente del muchacho, ciertamente educado desde pequeño al autocontrol. Estaba asombrada de ese perfil perfecto de un muchacho de dieciséis años con ojos azules y manos esbeltas.

A ella le había pasado algunas veces entrar en casas como esta, apenas tocadas por suaves azulejos. Recordó el discreto ding-dong de los timbres. Su madre la enviaba a los maestros demasiado estrictos, en alguna calle de clase media, a traer flores o productos del jardín. En el salón donde la recibieron había un olor agradable, casi como de iglesia. Mismos perfumes, mismas campanas, cuando, para sustentar sus estudios, hacía entregas para la lavandería. En su casa, pues, saltaba con el croar del timbre, como con los eructos de las ventanas

de enfrente. Quería escapar de la Zona Vecchia, en busca de un orden establecido como los días de mercado: viernes de pescado, martes y jueves de carne, sábado de feria de ropa, antesala de la fiesta del domingo...

—¿Dónde estuviste, Gianandrea, entre el 26 y el 27?

De la radio a bajo volumen una cancioncita en boga entre los más jóvenes: “Melanconioia”.

—Estaba aquí.

—¿En realidad?

—... Sí, puedes preguntarle a mi madre.

La madre apareció en ese momento, cargando una bandeja con dos bebidas. ¿Por qué ella y no la criada? ¿Estaba escuchando a escondidas, tal vez?

—Oh, señora Frizzi, ¿estaban todos en casa la noche que... la noche del 26?

—Cierto. Gian tenía una migraña terrible, se acostó temprano.

—Gracias. Si se le ocurre algún detalle útil para resolver este terrible caso, no dude en llamarme...

—Pero ¿por qué?, ¿no está todo claro? ¿Todavía no ha arrestado a ese perverso?, dijo la señora.

—Probablemente lo haré... Mis saludos al fiscal, señora.

Camilla salió corriendo de la casa y se dirigió al mar. Por el amor de Dios, no quisiera multitudes sudorosas o turistas sonrojados y despoticando: no habría aguantado... Entró en calles poco frecuentadas. Ese muchacho estaba mintiendo, y ciertamente su madre también... pero ¿por qué? Trató de no percibir el sonido, la sombra del ruido de las cigarras y el olor desgarrador de las flores. Mucho dinero, carajo... Pero ¿qué

hacía frente a la barraca del poeta si iba en sentido contrario? Miró su reloj... las cinco de la tarde...

La sombra de las enredaderas le daba a la cabaña un aspecto siniestro. La puerta estaba abierta, protegida por una sucia cortina de plástico. Una pieza de Schumann a todo volumen. Dentro garabateaba el poeta, barba despeinada y pies en alpargatas tan rojas como sus calzoncillos, única prenda que vestía. Camilla observó por unos instantes ese rostro bronceado y su larga cabellera negra. Sin embargo, era un hombre guapo... Dos ojos cautelosos registraron su presencia.

—¡Buenas tardes! Le llamé desde afuera, pero con este ruido... —gritó, asustándose de su propia voz.

El poeta dejó la pluma con enojo.

—¿Por qué vino aquí?

—¡Para saber!

—¿Y no pudo convocarme a su oficina? ¿Tiene una orden de arresto? ¡Pregunta lo que quieras y desaparece!

—¿Dónde estuvo entre el 26 y el 27?

Pero ¿por qué no apagó ese tocadiscos crepitante? ¡No podían seguir así! Finalmente, el disco terminó. La cinta de Camilla se cayó de su trenza. Serafini se agachó para recogerlo.

—No puedo decírtelo, asunto privado. Yo no meto a la gente en la mierda. Sin embargo, todos somos una mierda... mierda provinciana, materia fecal que a algunos les gustaría modelar, ¿no? —De nuevo esos ojos de indio, loco, de mirada indescifrable— Me revuelco en el caos, ¿entiendes? ¡Socavo la paz de los muchachos respetables, lamo las migajas del desamor! ¡Arréstame o vete, el espectáculo ha terminado!

—Estoy aquí para saber... —La mirada de Camilla vagó por la choza, entre las pilas de libros, papeleo y estufas de camping oxidadas.

—Bebé solía venir aquí, es verdad. Y no tengo coartada. Pero yo no la maté...

—... Sin embargo, espere un aviso de garantía.

—Ella nunca entendió lo buena que era su madre para mí...
“¿Cómo te atreves, Serafini?”.

La jueza salió corriendo de la choza. Gotas frías resbalaban por el surco de su espalda. ¿Cómo se atrevía a entrometerse, ese desgraciado, cómo se atrevía a recordarle... que su madre lo quería mucho cuando aún era un niño y que a menudo le traía ropa y lápices? A veces lo tomaba de la mano y juntos subían al callejón, peludos y calientes. Camilla había estado celosa de él, aunque en ese momento se avergonzaba de esa madre desaliñada, de sus manos ásperas, del olor a lejía.

Tragó saliva. Pero ¿dónde se estaba ahora? Nuevamente las piernas habían caminado solas y se encontró en la escena del crimen. Un gorrión picoteó en silencio la mancha de sangre coagulada. Volvió a ver el rostro cianótico de la niña, las manos apretadas alrededor de los bordes de la media de seda, la expresión de asombro. ¿Cómo pudo pasar esto? Quizá había intentado quitarle la soga, se había defendido, pero al final la habían ahorcado y tirado allí. ¿Había muerto por estrangulamiento o por la caída? Aun así, un crimen horrible. ¿Quién podría haber llegado tan lejos? El poeta, tal vez... pero no había pruebas. No era por nada que ella lo estaba siguiendo. Quería ir sin falta. Si se equivocaba de culpable, el maníaco podría atacar de nuevo, y luego adiós al prestigio personal y la credibilidad.

Examinó a los sospechosos, incluido el padre de Milena. La noche del crimen había salido dando un portazo. Su mujer, eternamente deprimida, después de haber ingerido la dosis habitual de tranquilizantes, se había quedado dormida: el tiempo justo para llamar a su hermana porque su hija llegaba tarde. Incluso los tíos estaban fuera de discusión, los vecinos confirmaron su coartada. Todo lo que quedaba era Gianandrea, o su madre o incluso... el abogado. Pero siempre cabía la posibilidad de un maníaco de fuera... Sin embargo, no podía ignorar el informe de sus asistentes, los chismes recogidos en los estudios de televisión locales hablaban de chicas precoces con señores mayores, de películas caseras guarras y drogas.

Al día siguiente, Camilla fue la primera en escuchar a Morena, la mejor amiga de la víctima, quien acababa de regresar de vacaciones. Hija de profesores de francés, la jovencita no frecuentaba el círculo de los Calvini. Habló de una carta que Milena le había pedido que enviara desde Francia a sus padres como sorpresa de cumpleaños. Y agregó muchos detalles sobre la personalidad de su amiga: una niña ávida de cariño, solo aparentemente gay, que ya había tenido experiencias sexuales, principalmente con Gianandrea. Pero, últimamente, él prefería a Silvia Moretti y Milena lo padecía.

Camilla abrió la caja de bombones. Morena dijo “no, gracias”, sonrojada. Su mirada siguió las piruetas de los peces dorados en el pequeño acuario, luego las pinturas en las paredes. La jueza le preguntó si conocía a Manlio Serafini. Cabeceo afirmativo: había ido un par de veces a la choza con Milena, a comer la tarta de manzana del poeta. Y sentarse a escuchar aburridos discursos y poemas, que a Milena sin

embargo le gustaban mucho: escuchaba embelesada, como si fueran dibujos animados o telenovelas. Morena se echó a llorar y no hubo necesidad de continuar.

La otra chica, Silvia Moretti, elegante, segura de sí misma, maquillada de adulta, se sentó cruzando las piernas. Hija de un acaudalado abogado de la familia Moretti, alguna vez dueños de la zona. ¿Dónde estabas la noche del crimen? En cama con migraña. Renata, la madre, podría haberlo confirmado. Camilla la despidió casi de inmediato. Encendió un cigarrillo, inclinando la cabeza hacia atrás. Nubes de humo llenaron la habitación. Extraña epidemia de migraña entre esos niños. Hasta Moretti mentía, era evidente...

Decidió hacer revisar los teléfonos de las familias involucradas y esperaba no tener que arrepentirse. Del informe de los carabinieri también se desprende que Serafini Manlio, autoproclamado poeta, acudía al lugar del crimen todas las noches alrededor de las 22 horas, hora en que se había cometido el crimen. Declamaba, lloraba y despotricaba. Contra quiénes, los soldados, no pudieron decir. Camilla dispuso una vigilancia continua entre la choza y el acantilado. Luego se levantó para revisar su maquillaje, ajustar el alfiler de cobre en su blusa. Desde el espejo del baño, su silueta esbelta, de jueza joven y decidida, la tranquilizaba: sí, llegaría hasta el final.

A la mañana siguiente, los periódicos hablaban de Manlio Serafini como el probable “monstruo del arrecife”. Seguían declaraciones de autoridades locales y entrevistas con comerciantes, preocupados por la disminución de los flujos turísticos, debido a ese siniestro crimen.

A lo largo del día, la oficina de Camilla fue bombardeada con llamadas telefónicas y presiones: ¿cómo es que, tres días después de un crimen similar, no había emitido ningún aviso de garantía? Desenchufó el teléfono y revisó las llamadas en el buzón de entrada. Rutinas de familias respetables. Luego la voz de la señora Moretti al teléfono con la señora Frizzi: ¿la hija de la fregona? ¿Estaban hablando de ella! Pollos de alto rango, ¿cómo se atrevían? Preguntaban por el estado de ánimo de sus hijos, se tranquilizaban... El artículo sobre el “monstruo del arrecife” fue inspirado por ellas. Pero ¿por qué?, ¿qué secreto escondían? Las manos de Camilla temblaban.

Camilla apagó con enojo su último cigarrillo, luego llamó a la psicóloga. Y convocó a ambos chicos para un enfrentamiento. Al mismo tiempo emitió un aviso de garantía para Manlio Serafini. Miró la playa más allá de las frondas, el mar donde los bañistas buscaban refrescarse. Todavía no había tenido tiempo de broncearse: un disparate en un lugar así... Las preocupaciones volvieron a asaltarla: ¿qué sería de ella, del poeta, de los niños de su ciudad? ¿Había tomado las decisiones correctas?

Silvia y Gianandrea se derrumbaron después de media hora de hacer preguntas: sí, estaban en el pinar la noche del crimen. Camino a la barraca del poeta, Milena los había sorprendido haciendo el amor, alterada, había gritado y echado a correr. Ambos asustados, la habían seguido y... habían visto a los dos hombres en el auto, al borde del claro y en una actitud muy, demasiado e íntimamente cariñosa: sus papás, que no habían notado nada. Incrédulos y aniquilados, los dos chicos se habían mirado en silencio, y aún después de eso habían

seguido callados. Solo les habían dicho a las madres que estaban en el pinar y que no querían problemas.

Después de todo, juraron, y tenían razón, que eran ajenos al crimen. Milena había huido hacia la barraca del poeta y las dos habían tenido miedo de quedarse. A su regreso habían visto al poeta dormido en un rincón de la playa, abrazado a uno de sus profesores. Por lo tanto, él no podía ser el asesino. Pero incluso esto lo habían guardado en silencio, por consejo de sus padres.

Ahora estaban llorando de terror. La psicóloga, una dama de mediana edad descolorida, les sirvió dos vasos de agua y le preguntó a Camilla con la mirada si se podía interrumpir el interrogatorio. La jueza estaba a punto de contestar, pero la detuvo el sonido del intercomunicador: su secretaria.

—¿Qué? —Camilla palideció y frunció los labios varias veces— ¡Pero eso no es posible! ¿Cuándo?

—¿Algunos problemas? —La psicóloga cerró el diario y se levantó.

—Encontraron al poeta en el fondo de la quebrada... suicidio.

En la calle, un vendedor de helados anunciaba a gritos sus conos de fresa. Entró la secretaria entregándole a Camilla un sobre: del agente Priotti, destinado en la oficina de correos. Era la carta de Milena, que Morena había enviado a los Calvini desde Courmayeur. Un detalle, Camilla se había olvidado... Lo metió en su maletín, aún podía ver los ojos indios del poeta, su cara de niño cuando subía por el callejón de la mano de su madre.

Lejos de esos papeles, de lo rancio de la oficina, de los peces dorados y las pinturas a la página. Despidió a la psicóloga y a los chicos y salió a callejones apartados. Con vistas al mar, al pinar. Debajo de ella, charcos de agua reflejaban las copas de los árboles y el resplandor del día. Conoció a familias enteras de bañistas. ¿Qué escondían esos rostros, qué escondía la aparente quietud de la ciudad? ¿Y qué podría ella? Se apoyó en una roca llena de escritos obscenos. Apartó las agujas de pino y se sentó a la sombra. Mil pensamientos entre los colores cambiantes del mar. ¿Dónde estaba el quid de la madeja?

Siguió el pensamiento del poeta en el vuelo de una gaviota, las manos de su madre en las olas. ¿Olor a sal o lejía? Estornudó varias veces y tomó su pañuelo. En la bolsa sintió la carta de Milena, en el fondo. Abrió el sobre frenéticamente, viendo de nuevo el cuerpo boca abajo. Desde las primeras líneas, la caligrafía casi infantil llamó su atención: chocaba con las frases de adultos que usaba.

Queridos Sonia y Mario, o queridos papá y mamá, tal vez sea más bonito, aunque, como dice el poeta, la familia es una cruz que nadie elige. Será por eso que todas las noches encuentro en casa el vacío que hay en todas partes y le tengo miedo. Nada me falta, solo amor. Y solo el amor —como dice Manlio— puede llenar el vacío. Pero para sacarlo, necesitamos deshacernos de la podredumbre que tenemos dentro. De lo contrario, nos quedaremos como mierda en medias de seda y ya no podremos sentir el aliento del alma. Siempre lo dice el poeta, y una de estas tardes iré a ver si tiene razón: me anudaré al cuello una media de seda y apretaré fuerte, hasta que el aliento venza al vacío...

Camilla miró hacia abajo y parpadeó varias veces. ¿Había soñado? ¿O había sido el poeta quien había inspirado a la joven esa extraña carta? Tal vez solo querían jugarles una broma a sus padres... ¿Cuál era la verdad? Agarró una piedra y la apretó en su puño hasta que le dolió. Tenía los labios secos y la garganta reseca, pero no por el calor.

La verdad... una niña de once años se había suicidado, el cerebro lavado por los desvaríos de un loco que luego se suicidó por remordimiento. Pero ¿para qué iba a decirlo? Nadie se habría salvado. Ni siquiera ella. Un torbellino pareció alcanzarla y absorberla. En el remolino, Milena, el ingeniero, el poeta, el profesor —títeres sin más dirección— se debatían en vano. Ella misma, con gestos torpes y caricaturescos, solo podía captar el vacío. Una risa sarcástica, tal vez una sirena burlona, se deslizó entre las olas.

“Mierda en medias de seda...”.

Cada ola desapareció del mar y un lúgubre silencio rodeó la escena. Sin embargo, ya había un culpable. Camilla rompió la carta en pedacitos y los soltó lentamente, persiguiendo los fragmentos que giraban hacia el mar.

LA PROVINCIA DEL FARO

Esta noche no hay manera de encontrar un poco de mierda. El bar está cerrado, la plaza vacía, los amigos se han ido. Gigi ha decidido quedarse con Lisa en su altillo frente al mar y, antes de “tener sexo” (como suele decir Gigi), necesitará coca. Y tal vez incluso unas cuantas copas. Tenía su reserva, pero esa tarde, pasando a borrar huellas de otro encuentro, se la había esnifado. Gigi y Lisa se miran ahora mutuamente. En el aire hay olor a sal, en la noche las lámparas, como luciérnagas bañándose en el mar. Salpicaduras de olas dispersan la mirada de insectos nocturnos que dan vueltas alrededor de la farola. Los dos jóvenes se apoyan en la balaustrada. Desde el Faro las notas de una canción. La piel fresca del brazo de Lisa toca la de Gigi, aún trepidante por el sol: instantes de bienestar animal, placer vacío sin tiempo ni demandas. Ojalá ella no le pida ir al Faro: Gigi no es muy bien recibido en esos lugares, especialmente después del asunto con el negro. No le gustan los centros sociales, la gente que los frecuenta, y menos esa ballena de Tina y sus ideas que influyen a Lisa...

Su novia es hermosa y estarán juntos más tarde, pero él quiere mudarse, irse. Lejos de ese lugar y de Lisa, que dejó de interesarle después que se la robó a Fulvio. Ahora la cambiaría gustosamente por unos tragos de coca.

Pero antes, Lisa era la presa más codiciada del grupo. Y por nada del mundo, en ese lapso, habría tolerado otra derrota. Todavía estaba amargado por la historia del *rally*. Fulvio se había apuntado la primera vuelta: se había presentado con el coche de carreras que parecía nuevo: su padre, dueño de un taller de carrocería, se había encargado de construirse con chatarra de lujo. Él, en cambio, no puede permitirse mucho con el dinero que gana en la gasolinera maldita de su tío, pero aún no se ha dicho la última palabra, al menos para el París-Dakar...

Tritura el filtro del cigarrillo, se sopla un mosquito por la nariz. Si al menos sus viejos decidieran dejarle gastar el dinero... ¿Qué sentido tiene que él sea el hijo de ricos cultivadores de flores si no puede disfrutar el dinero?

Le había llevado dos días de euforia absoluta recuperarse de la humillación. Había maldecido a ese pavo real de Fulvio y a toda la aburrida compañía de perdedores que, a falta de algo mejor, se veía obligado a frecuentar. En Fulvio, sin embargo, debe reconocer un cierto estilo. Es inteligente, siempre se salva con algún truco. Como aquella vez del negro, que los acosaba con sus ofrendas cantadas...

—¿Cuánto quieres por esto? —Fulvio había sacado un encendedor de la estera del africano y lo tiró al mar.

El negro ya empezaba a regatear con gestos, pero Fulvio, con una patada, había hecho volar todo lo que estaba tan bien

ordenado en el suelo. Y en medio de gritos y golpes, todos se pusieron a destruir la mercancía y a maltratar al vendedor. Excepto Lisa, molesta y un poco al margen. Para distinguirse a sus ojos, Gigi no se había lanzado a la refriega. Ese ruido había atraído a la gente. Y a la policía, pidiendo documentos y explicaciones. Pero aquí está Fulvio acercándose jadeante:

—¡Este hijo de puta ha hecho comentarios obscenos sobre mi novia! —Y señaló a Lisa— ¡Estos negros tienen que dejar de venir aquí y molestar a nuestras mujeres!

De la pequeña multitud un murmullo de aprobación y más de un comentario acalorado. Mientras tanto, el africano se movía en vano y, finalmente, la patrulla se lo llevó a la estación de policía. Solo unos pocos grupos pequeños se quedan en el lugar. Pero aquí viene Tina, beligerante, abriéndose camino y ganando protagonismo, primero insultando a Lisa, que no había dicho nada en defensa del africano, y luego a Gigi. Habían sido compañeros de escuela sin jamás soportarse. Luego Gigi había interrumpido sus estudios, mientras Tina estaba matriculada en la universidad y solo regresaba allí en verano. Conocía a ese negro, y no era del tipo que dejaba pasar las cosas. Su agarre ahora era a Lisa, pálida y aturdida:

—¿Sabes que participaste en una agresión racista? —Tina redonda y furiosa, con las manos en las caderas: un pingüino en pie de guerra— ¡Ahora vengan conmigo a la comisaría a retirar la denuncia al vendedor!

—Yo... sí, por supuesto. —Lisa había mirado a Gigi.

En la comisaría, pasando el brazo por los hombros de Lisa, él había lanzado una mirada desafiante a Fulvio.

—Debe ser un malentendido... no hay necesidad de poner una denuncia, ¿verdad Fulvio?

Y Fulvio, con aire de caballero enfadado y altivo:

—Sí, comisario. Este beduino puede ir e infestar otras playas. ¡Mientras no lo vuelvas a atrapar por aquí!

Lisa estuvo a punto de reaccionar, diciendo cómo sucedieron realmente las cosas, pero Gigi la apartó. ¿Quizás quería meter en líos a su amigo Fulvio?

—Estás temblando. —Apenas salió, se había quitado la sudadera para cubrir sus hombros y, apretándola contra su pecho desnudo, la había besado apasionadamente. Una chica leal y limpia, pero capaz de excitarte como un polvorín...

Cuando una ola rompe a sus pies, Lisa salta. Tiene miedo del viento, que mutila las notas que salen del Faro. También tiene miedo de la mirada de Gigi, de sus manos rebuscadoras, de su voz ronca que dice:

—Buscamos rápidamente la coca y vámonos a casa...

—¿Y dónde la vamos a comprar? Lisa se aleja de él.

—¡De Armandino! Imagínate si esa bestia no tiene un poco de coca.

—¿Pero es verdad que vende?

—Pero sí. De lo contrario, ¿por qué sería tan misterioso?

Cuántas luces más allá de la frontera. Al atardecer el mar se ilumina. Lisa observa un pez parpadear bajo el resplandor de los puntos de luz, que oscilan en las olas como bombillas navideñas. Sonríe pensando en su pez dorado que, cuando se acerca al acuario, se eleva como un torpedo hasta el borde, como para saludarla. Quizás algún día Lisa lo lleve al río y lo libere. Y tal vez nade con él más allá de la boca, más allá

de los labios de Gigi, sus largas pestañas como velas oscuras sobre sus ojos en constante movimiento. Gigi es un buen tipo, pero después de esa cosa desagradable (después de la agresión racista, como dice Tina), Lisa ya no confía en él. Y ahora ella no tiene ganas de drogas o de ir al altillo con él. Pero le gustaría conocer a Armandino.

—¿Qué tipo es Armandino?

—¿Qué sé yo? Sé que está en el Bar Quinto, y tal vez tenga la coca.

Lisa sigue a Gigi por el paseo marítimo atestado de familias en pantalones cortos y señoras mayores solas, con vestidos largos y joyas llamativas, todas con sus perritos. Desde los típicos restaurantes, donde las parejas cenan a la luz de las velas y los vendedores de rosas se demoran entre las mesas, llega el buen olor de la comida. Tiene hambre. Gigi compra dos paquetes de altramuces a un vendedor ambulante y luego disfruta pateando las pieles y driblando a los transeúntes. Pero de repente, un caniche con cintas y esquelético, sujeto con una correa por una vieja gorda vestida de rosa, deja escapar un aullido y comienza a retorcerse, golpeado en el ojo por un tiro equivocado de Gigi. Y estamos a un paso de la tragedia. La dueña del perro se dirige a Gigi con rudeza, él se pone nervioso, ella amenaza con denunciar a la policía, unos musculosos turistas se interponen y...

—¡Pam, pam! ¡Manos arriba, vaquero!

La vieja bicicleta de Frank se detiene a unos metros. No sin destrozarse las medias de red de su hermana Lisa.

—¡Maldito seas, Frank! ¿Por qué no miras dónde pones las ruedas?

—¡Pam, pam! ¡Frank persiguiendo bandidos!

—Claro... ¿Pero no deberías estar en casa?

Pero a Frank no le importa y:

—¡Manos arriba o dispararé! —Y mira atrás, dirigiéndose al perro y a la mujer gorda.

—¡Jesús! ¡Ayuda! —Chilla la anciana, levantando rápidamente a su amado.

—¡Franco! ¡Vete a casa y no asustes a las damas!

—¡Está vacío en casa!

El niño se balancea desde su altura de seis pies, abriendo sus ojos miopes sobre su hermana. Está a punto de llorar y Lisa quisiera consolarlo con una caricia: Frank tiene dieciséis años, pero su nivel mental no supera al de un niño. Su madre probablemente estará en los casinos, y el niño grande está solo otra vez. Y ahora siente compasión por ese hermano que se pasa los días jugando en el Lejano Oeste y por eso le llaman Frank, que es quizás mejor que el “pobre Franco”, como le decían de niño. Quién sabe si ese cambio de nombre indica alguna forma de escapar al destino, siempre acechando, como un cuchillo de carnicero, en los ojos de los viejos cuando dicen de ella y de su madre:

—Se parecen como dos gotas de agua...

Ante esas palabras, Lisa reacciona entonces con desilusión: no es solo en el físico que los viejos vaticinan que se parecerá a la madre. Mujercita alegre de la gira del casino, Miranda, su madre, concibió a Lisa a los trece años, una noche en la playa, como regalo de un vikingo que partió de inmediato al otro lado de la frontera. Franco, en cambio, llegó más tarde, fruto de un fallido aborto a base de perejil. Y ahora Lisa piensa

desafiante que ya tiene casi dieciocho años y no ha tenido hijos a los trece.

Ella termina convenciendo a su hermano para que la deje en paz. Por eso sigue con Gigi por el Bar Quinto, sin otra curiosidad que la de poner fin a una especie de espera. Esta es una sensación que guarda muy adentro, como en un nicho, y cuyo eje le parece el mar. Por eso todavía mira el fluir de las olas, casi temiendo tener que separarse de ellas: en esa playa, desde niña, ha estado esperando algo. Y cada deseo suyo parecía presagiar otra expectativa. Como si la voz querida y hostil de las olas llevara solo el tiempo suspendido, susurrado y perdido en las conversaciones vacías frente a los bares.

Tiembla cuando ve que se abre la puerta del club: Gigi le está dando el paso. El Armandino está ahí, como era de esperar. Por la posición del busto, ahora pegado casi por completo a la mesa, se comprende que las jarras de cerveza, a las que se aferra con sus uñas grasientas, han sido llenadas y vaciadas varias veces. Desde atrás, ese gigante rubio de cuarenta años cuyo clérigo propenso a la caspa se obstina tercamente con el pelo largo y ralo, da una impresión de deshecho.

—Hola, Armandino —dice Gigi empujando un taburete entre sus piernas.

Armandino responde levantando apenas la mano y, sin apartar los ojos de la noticia, insinúa una sonrisa. En la tele hablan de Pietro Maso, el chico que masacró a sus padres por la herencia. Los pocos clientes hacen comentarios mordaces. No está claro si es por el hecho de que Maso quería consumir la herencia de inmediato (hay quien tiene su capital y algunos hijos) o por la truculenta dinámica del crimen. Y ya terminan

coincidiendo en un coral y genérico “deberíamos matarlos a todos” cuando, en una fracción de silencio, se inserta el comentario de Gigi:

—¡Quién sabe qué dolor en el trasero deben haber sido!

—¡Verga! —exclama Quinto, el jefe, desde detrás del mostrador— A cualquiera que te rompa las bolas, ¿tú le rompes el cráneo? ¡Así que terminamos como esos cabrones terroristas que destruyeron medio país a tiros de pistola!

—No fue todo culpa de ellos —dice Armandino en voz baja.

—Eh, lo sé, ¡todavía defiendes a esos locos! —Quinto frunce el ceño y levanta las manos al cielo.

¿Por qué se calientan tanto? Lisa escucha los comentarios de otros usuarios. Parece que en la década de 1970, junto con sus otros compañeros de la Sección Palmiro Togliatti (rebautizada Guido Rossa en honor al sindicalista traidor ejecutado por las Brigadas Rojas), Quinto denunció a bastantes personas. Quinto es un buen diablo, dice un chico con anteojos y perilla, pero desde entonces está convencido de que “están en todas partes, nunca se puede bajar la guardia” y nunca pierde oportunidad para burlarse de Armandino.

—¡Deberías haberte casado con ella! —Quinto ahora sigue dirigiéndose al rubio— ¡Así terminabas en cadena perpetua como ella! Y al menos no estabas aquí para romperme las bolas. Y para extender la deudas de cervezas.

—¡Ya basta, papá, con esta historia! —Interviene el hijo de Quinto, Gianni.

Lisa observa la escena con un poco de miedo. Las venas del cuello de Quinto, rojas y azuladas, parecen a punto de estallar. Armandino, en cambio, mira la mesa como si quisiera

morderla y de vez en cuando murmura algo. Y Gigi sigue repitiendo:

—La política me apesta...

La mirada de Lisa cae sobre las grasientas tiras de plástico que cuelgan de la puerta del bar. Allí todo es de color sepia, como sus recuerdos de niña, cuando apartaba esas mismas rayas para meterse allí a beber una espuma amarilla. ¿Los setenta? Para ella, son los pantalones acampanados que solían estar frente al mostrador, los hombres de pelo largo que a veces venían a visitar a su madre...

—¿Es cierto, Armandino, que tuviste que casarte con una terrorista? —pregunta sorprendida con su propia voz.

—¿Puedes vendernos algunas drogas, Armandino? —pregunta Gigi en su lugar.

La mirada del interrogado va de Gigi a Lisa. Su labio está fruncido en un pliegue amargo.

—Vera, la droga —murmura Armandino. Y, de repente, poniendo sus manos sobre la mesa, dice—: ¡Te lo contaré!

—Sí, pero... ¿y la droga? —susurra Gigi.

—¡También habrá droga!

El rugido enloquecido de una moto se impone al bullicio del lugar. Armandino se aclara la garganta y prosigue:

—Hace unos quince años nos quedamos todos en casa de Irma y Vera.

—¿Todos quiénes? —Lisa acerca la silla.

—Todos... los camaradas. En ese momento había gente que iba y venía, extraños. Miranda, tu madre, también durmió allí, estaba con un chico de Roma.

Lisa baja los ojos. Su madre... Una de esas mariposas ebrias que aterrizan en todas partes y nunca las puedes tocar.

—Y luego —continúa el gigante—, estaba el grupo de los permanentes, los que, más o menos, hacían chanchullos.

—¿Chanchullos?

—Sí: robos, expropiaciones y... ¡atentados! ¡Pero no grites! ¡Ese —y señala a Quinto con la barbilla— no se lo pensaría dos veces antes de denunciarme!

—Disculpe.

—Entre Vera e Irma, esta última era la más enfadada. Lo tenía con el mundo. Quería volar las fábricas, porque el tiempo de vida se gastaba de otra manera. Fue ella quien llevó a Mimmo a casa y le permitió vivir allí durante un tiempo, aunque nadie sabía quién era.

El hombre salta, mirando a su alrededor. Afuera, la bicicleta frena de plano y el chirrido de las llantas parece provenir de la mesa de al lado. Entonces, sus ojos miran fijamente a un punto desconocido en la sala. Lisa lo tira de la manga:

—¿Pero entonces? ¡Con todos estos nombres haces que mi cabeza dé vueltas!

—Descubrimos que Mimmo era un policía, enviado allí para delatar. ¡Y le sucedió como en la historia de los pífanos, que vinieron a jugar y fueron jugados!

—¿Lo golpeaste?

—Nosotros no. Una noche recibió una paliza, pero no se sabe de quién. También tuvimos que ocultarlo. Dijo que se había enamorado de Irma, que se llevaba bien con nosotros y que había descubierto que no estaba hecho para ser un espía...

Lisa aleja la mesa de la de Gigi, porque con el temblor de su pierna hace tintinear los vasos.

—¿Es Irma con quien se suponía que te casarías?

—No, con Vera. Y luego, tampoco tenía que casarme con ella... Irma es la hija del dueño del restaurante La Pérgola.

Lisa se encoge de hombros: no, no la conoce. El rubio continúa:

—Irma fue arrestada poco después de la partida de Vera. Pero inmediatamente se desvinculó de su grupo armado, por lo que fue liberada y devuelta aquí a la casa de su padre. Pero, espera, antes de eso está la droga...

A la palabra “droga” Gigi se da la vuelta. Pide una cerveza para Armandino y otro pastis para él. Lisa todavía tiene su consumición. Armandino agradece, con avidez toma un gran sorbo de la taza y continúa arrastrando las palabras.

—En ese momento, cada uno de nosotros tenía un proyecto. Yo quería una masía en el campo con muchos animales, para alejarme del mundo y... de complicaciones. Era mi oportunidad —el resto de la cerveza se va de un trago. Gotas de sudor caen por su frente y, detrás de la suciedad de sus anteojos, Lisa parece ver una lágrima—. Para esto —continúa— decidí vender el quiosco de frutas y verduras e invertí lo recaudado en mierda, como llamábamos al hachís en ese momento.

Lisa encuentra la mirada de Gigi, pero no la devuelve.

—Había remediado —prosigue Armandino— una hogaza de mierda que pesaba más de un kilo. Lo llevé a casa de Irma y Vera: antes de venderlo, quería fumármelo con los demás. Llevé a Vera a un lado. Lo puse todo en el alféizar de

la ventana y traté de conseguir una calada para fumar. Pero no tuve tiempo de explicarle mis planes de negocios a Vera antes de que me tomara del brazo y me preguntara si tenía alguna intención de convertirme en traficante. Hay algunas cosas que no quería ver en su casa.

Que extraño. Como en una película, ese hombre trae diálogos y atmósferas de un tiempo desconocido que Lisa parece estar viviendo en este momento. Le parece que está hojeando un viejo álbum familiar. Es como si Vera estuviera allí. ¿Qué espacio habrá ocupado en este bar? ¿Era también sepia, contra la luz entre los reflejos del mar y la colina? Lisa se concentra en la historia de Armandino, trata de adivinar sus pensamientos en ese momento, se imagina en la casa de Vera. Visualiza el lugar, la casa en ruinas a las afueras de la ciudad. Ahora casi extraña ese lugar, ve su interior. Pensativa, se apoya en el alféizar de la ventana al lado de Armandino. Le parece oírle responder a Vera:

—¡Pero qué traficante! ¡Quiero mi cortijo! Ya no soporto el ruido, el tráfico. ¡Y de este sistema!

—Pero si vives en un pueblo pequeño cerca del mar... — Vera fija su mirada en él y baja el tono de su voz— Me voy mañana. Puedes venir conmigo si quieres hacer algo contra el sistema.

Para Armandino, ese “me voy” significa solo una cosa: alguna gran ciudad en la que hacer actividad política por la guerrilla. Conoce las ideas de Vera. Y la invitación, no deseada, complica las cosas. Necesita aire, luna y estrellas, las de verdad, que brillan fuera, a un tiro de piedra de ellas, no las estrellas de cinco puntas que ve traspasar violentamente las pantallas de

los informativos. Vuelve a la ventana. Pero tropieza con algo y tiene que agarrarse al alféizar. Entonces empuja su capital que rueda tres pisos más abajo: en el profundo pozo negro, debajo de la ventana de la habitación.

—¡Mierda llamada mierda! —Ríe Vera.

Armandino está casi tentado de zambullirse en la letrina de abajo. No quiere ni pensar que, sin el celofán, el preciado pan aún sería irrecuperable.

—Como dice D'Annunzio —suspira—, “esta noche el mundo es una gran cloaca”.

—¿Verás? —Vera susurra— Ya no hay nada que te retenga aquí. ¡Bien podrías venir!

—¿Pero por qué yo?

Vera se encoge de hombros, su labio inferior haciendo un puchero como un babuino.

—Tal vez porque eres un perdedor, como yo —dice—, o tal vez porque tu oportunidad se fue a la mierda. ¡Ven conmigo!

Armandino quisiera volver a zambullirse en la letrina. Y resurgir con más de un kilo de argumentos muy válidos para quedarse: no encontraba ni una pizca de coraje.

—Vera, ¿no eres feliz aquí?

—¿No lees los periódicos? ¡En Italia hay guerra y estamos aquí para imitarla!

—¿Y qué necesidad hay de hacer la guerra? Hay otras formas... Puedes ir a otro lado.

—La provincia es como un eco cuyo sonido original se ha perdido. En algún lugar está el punto de apoyo de todo. ¡Y ahí tienes que probar! Y si el mundo es un valle de eco, aquí volveremos a cultivar alcachofas...

Armandino la mira, un poco molesto por esa teatralidad. Pero qué bonita es con las mejillas encendidas. Cuántas veces ha soñado con ella sin jamás encontrar el coraje de decirle que tal vez la ama. Sin embargo, siempre lo trató como a un amigo. Y entonces no se entienden, malinterpretan los pensamientos del otro. Como ahora.

—¿Tienes miedo de terminar en una mierda como tu kilo de humo? No te preocupes, yo me encargo de saludarte con el puño gritando: ¡aquí se va otro pendejo!

Armandino se ríe. Aquí está Vera: capaz de pasar de la risa a la tragedia como una máscara o una caricatura. Piensa en cómo sería si él fuera con ella. ¿Cómo podría cuidarla, si ni siquiera sabe gobernarse a sí mismo? Impetuoso, mete la cabeza en el hueco del cuello de Vera, con la esperanza de que ella no muera y no lo obligue a arrepentirse. De nuevo, ella no entiende:

—Sé cómo te sientes —dice—, yo también pienso en mi madre, tengo miedo de que se muera si me voy.

—Entiendo.

Armandino nunca ha entendido una palabra de la madre de Vera, una gorda napolitana que siempre le compraba pizza cuando era niño. Luego se reía y murmuraba con su bajo acento napolitano. E inmediatamente tomaba el mentón de su hija entre dos dedos para decirle:

—¿Es verdad, Vera?

—Pero si tienes miedo de que se muera, ¿por qué no te quedas, Vera?

—Porque si me quedo, seré yo quien muera por dentro...

—¡Pero de esta manera te arriesgas a morir por dentro de verdad!

—¿Qué estás haciendo, copiando mis estilo ahora?

Sus ojos no se dan por vencidos. Entonces, Vera interrumpe, dándole una cita para el día siguiente: solo lo esperará un cuarto de hora. Pero Armandino apenas escucha. Se tambalea fuera de la casa, como si cada piedra en el camino se interpusiera entre él y ese escape.

Lisa ahora tiene que ir al baño. Pasa una fila de botellas vacías, cubos de plástico y trapeadores. El baño está ocupado. Observa a los clientes, como puntos amarillentos en un caleidoscopio. Sin embargo, no ha tomado mucho. No como Armandino, visiblemente dividido entre el orgullo y la sed, que ahora le muestra a Quinto la taza vacía esperando otro crédito. Lo ve negar con la cabeza: Quinto lo ha ignorado a propósito. Cuando vuelve a sentarse, Lisa tiene dos jarras de cerveza con ella. Y quiere que Armandino le cuente lo qué pasó con Vera.

Por las decisiones de Vera —continúa el rubio— tuvo algunos problemas... Allanamientos en su casa y en casa de Julie, la francesa con la que, mientras tanto, Armandino tuvo una hija. ¿Cómo se llama su hija? Verónica. Le hubiera gustado llamarla Vera, pero no lo hizo por miedo a las preguntas y, en definitiva, a las complicaciones.

—Eran tiempos de la Inquisición...

Lisa asiente. ¿Pero Vera?

—En prisión. Cadena perpetua. Le escribí una vez. Pero no fui. La prisión está... muy lejos. Y trae complicaciones.

Esperemos que hagan una amnistía. “¡La sociedad perdona a los criminales, pero no a los soñadores!”.

—¡Qué bonita frase! ¿Es tuya?

—No, de Oscar Wilde.

—Pero los sueños no se pueden detener, están dentro de nosotros y siempre se forman.

—Mmm...

El juego de bellotte ha terminado. Lisa se despide de Armandino y se va del club con Gigi.

¡Qué maravilla! Reflejos de la luna, como en la gran pantalla en una noche clara y misteriosa. Y farolas melancólicas, para velar el sueño inquieto del mar. Esta noche las estrellas guían a los marineros: ¿les mostrarán los caminos de los sueños donde tocarán mundos desconocidos?

Una lata se estruja en el silencio, seguido del maullido irritado de dos gatos enamorados: Gigi patea todo a su paso. Bosteza y maldice a “ese Armandino arruinado y su generación que entregó Italia a los marroquíes”. No hay ningún sueño en la mente de Lisa que incluya a Gigi. Y por eso se alegra de que no la invite a casa. Allí se saludan, tomando caminos diferentes.

Lisa se dirige a la roca a la que, desde niña, ha confiado sus pensamientos. Suele escribir algunos en piedras planas y luego las lanza para que reboten en la cresta de la ola: los deseos se harán realidad cuantos más saltos haya dado la piedra entre las olas. Como un eco, le llega un canto del Faro. Se entierra en su cabello y se deja atravesar por la música.

—Bendito sea el pobre Franco, tal vez sepa dónde empieza el eco.

Una ola enorme ruga, como una loba surgiendo del abismo, alrededor de su cuello una joya con un halo de estrellas. Y el miedo se apodera de Lisa. Tiene miedo al sida, a la muerte, al silencio del aire que precede a los maremotos. Le tiene miedo al destino. ¿Entre esas piedras y rocas quizás esté tallada para siempre la forma de sus pensamientos? Loba del abismo, llévame de la mano...

“Se parecen como dos gotas de agua”.

La frase vuelve repentinamente a ella, pero ya no tiene miedo ni disgusto. ¡Loba de las profundidades, ven a jugar! Ahora desea que Miranda estuviera allí y la alejara de esas olas y del mar. Ahora quiere saber, incluso sobre las noches pasadas en la casa repleta de Vera. ¿Acaso los sueños de la madre tienen algo especial: en efecto, no comienzan al alba, cuando los otros sueños se desvanecen bajo la presión del olor a pan caliente?

Loba del abismo, ¿es esta tu voz, la de todos los bajos napolitanos pisoteados por el tiempo? Eres tú quien me levanta la barbilla entre dos dedos para decirme:

¿Es verdad, Vera?

EL 105

Remo flota en un líquido azul, algo gelatinoso como goma para cabello, que se balancea al ritmo de su respiración. Con los brazos abiertos, se abandona a los flujos y a ese tentáculo que lo obliga a abrirse desde abajo. Ahora el líquido le penetra las nalgas, las envuelve con manos enguantadas... La boca roja de Flora, la manzana de Adán oculta por el grueso collar, la lengua, el olor, los tacones de aguja, las pantorrillas masculinas. Remo se despierta con un ronquido, en sudor. E inmediatamente se palpa por delante. Un punto blanquecino caliente, el sexo todavía erecto, un hilo de baba de la boca mojaba la almohada. Un suspiro como un estertor. Baba de caracol y sudor. No hay un soplo de viento, pero el hombre se retira entre las sábanas. Emoción de caracol. Enrojecimiento. La mujer lo mira desde un cuadro de Hopper. Ceniceros llenos, calcetines sucios, un halo de vino en la copa. Diez en punto, 10 de agosto de 1996. Noticiero radial. Unas horas más antes de iniciar el servicio. La foto de la boda. Y la de Gianna en sus días de secundaria, larga trenza y aspecto de Lolita adulta. Hace quince años, quince siglos. En ese tiempo,

fotografiaba cualquier cosa que estuviera dentro de su alcance. Por eso nunca estaba cansado. Esa foto, entonces, tenía una historia. Era la más púdica de una larga serie, aún conservada en alguna parte.

La primera vez que decidió tomar una foto de Gianna desnuda, se conocían desde hacía unos meses. Ella tenía veinte años, él dieciocho. Ambos en la escuela secundaria, pero en diferentes clases, luego besándose en los pasillos. Y por la noche, en el restaurante. O mejor dicho, a la pizzería barata. Con un padre que era conductor de tranvía y una familia numerosa, era imposible esperar milagros de sus padres. Era el mayor, tal vez se hubiera saltado el militar, pero no podía sacar más de su familia. Con un año de distancia, venían otros hermanos: Laura, Giovanni y Federico. De vez en cuando hacía algún trabajo para su tío el tendero. Así de sentirse autónomo. Por no hablar de que, tras un astuto ahorro, juntando unos céntimos, también podría quitarse algunos caprichos. La cámara con el disparador automático, por ejemplo: una auténtica joya. Desde pequeño le gustaba espiar a los adultos por el ojo de la cerradura. Y le hubiera gustado quedarse con esas imágenes prohibidas, para luego mirarlas dentro de la habitación. Había una fantasía que siempre usaba en la masturbación: fotografiar los ojos de una mujer antes, durante y después del orgasmo. Así le parecía que le robaba su poder, que le robaba el poder a la muerte en el momento en que la vida la besa y se apodera de ella.

Solo recuerda que en ese momento quería convencer a Gianna para que se sometiera a sus deseos.

Pero Gianna está fuera ahora. Fuera... Una palabra con la estela. Remo intenta volver a imaginarse a su esposa, con el mismo dedo dibuja su silueta en la cama donde duerme solo desde hace algunos años. Le queda grande la cama, que es alta y bien colocada, pero aun así, le parece más vacía que una plaza soleada. Gianna ahora está durmiendo en la otra habitación, la destinada a la niña, e imaginándola allí, entre la cuna y los juguetes que nunca ha usado, le resulta doloroso incluso desearla. Un deseo arrastrado como un peso, siempre rechazado por aquella que pudo haber tenido un amante. Tal vez se vaya, Gianna. El discurso se ventilaba en los tonos ásperos, rencorosos o resignados de las broncas. Fuera su peine de pelo negro, con agujeros en las medias, fuera sus perfumes del baño, fuera sus minifaldas. A los cuarenta y tres años, su esposa todavía es joven y hermosa. Tal vez sea porque está todo el día en la escuela, siempre en contacto con los niños. Tal vez sea porque no ha tenido hijos... Todavía no... Al menos eso era lo que se esperaba, hasta que su pareja entró en una crisis total, completa, con un enfrentamiento con respecto a las responsabilidades por no haber querido tener hijos. Gianna había terminado consultando al psicólogo. Y ahí fue donde surgió esa vieja cosa del aborto. Eso fue hace más de quince años. Él y Gianna ya habían estado juntos durante algunos años cuando ella quedó embarazada. Pero en ese momento estaba un poco perdido detrás de Ivana, casi tentado por su círculo de compañeros. Y él no quería cadenas. Todavía no.

Remo deja su cigarrillo y toma el cigarro de vuelta. Luego deja el cigarro y lo vuelve a tomar. Busca el encendedor. Y

se derrumba de nuevo, renunciando a ambos. Encontrar el encendedor es un trabajo duro. Nunca hubiera repetido esa historia, para no pensar en Ivana, hasta el final que hizo, en sus amigos perdidos o indiferentes. Pero para Gianna ese aborto parecía haber sido decisivo: una renuncia inútil, había dicho. Y nunca lo había perdonado. Otra asignatura pendiente sobre sus hombros ligeramente encorvados... Se queda así, agazapado, como un mono sobre una piedra caliente. Sin embargo, las sábanas ahora están calientes, de la calle, de vez en cuando, el ruido de un autobús. El 105... Se imagina al volante, el asiento incandescente, las sacudidas que lo atormentan desde hace quince años, el mismo viaje. Los rostros de los que se quedan en Roma en agosto.

Así fue como hace dos años conoció a Flora, la trans. Aleja el pensamiento como un grillo inoportuno. Pero la mano desciende a lo largo de los pectorales, alborota el vello del pecho, acompaña el hueco del vientre, los músculos poco ejercitados inmediatamente por encima del miembro que inmediatamente vuelve a endurecerse. Y finalmente, cae a un lado, como impedido por un grito silencioso. Tal vez el de Flora, un grito ronco convertido en falsete justo antes del orgasmo: un grito ronco del macho que sobrevivía en ella, entre sus muslos tersos de mujer, entre sus pechos turgentes y desafiantes. El mismo grito, quizás, antes del espasmo final de la muerte. Flora... había intentado en vano escapar de ella desde el primer momento en que se subió a su puto 105, aquella calurosa noche de agosto, al final de la última carrera...

Impresionantemente hermosa. El vestido de raso rojo apenas cubría la parte superior de sus muslos perfectos, su

cabello rubio platinado casi le llegaba a las rodillas. Subiendo, lo arrojó hacia atrás con un gesto de estudiada inocencia. Mientras tanto, sus ojos del tamaño de dos castañas otoñales se pusieron en blanco un poco como un momento antes del orgasmo. Pequeña, elegante, perfecta. Él nunca habría adivinado que era transgénero. Pero Lorenzo se había encargado de eso, el compañero se colocó en la tarima a un metro de su codo para poner los puntos sobre las íes. Él sabía sobre trans. Iba buscándolos, inventando toda una teoría sobre la confirmación de la virilidad, que a Remo le había parecido patética. Como cuando éramos muy jóvenes, cuando íbamos con maricos, pero pensábamos que éramos machos solo porque evitábamos que nos dieran por el culo. Lorenzo conocía tanto a Flora como a Lena, su amiga: genial también, pero menos refinada y femenina.

—¿Cómo estás, hermoso moreno? —dijo Flora, haciendo girar sus erres al estilo brasileño.

Y, mientras levantaba el mentón barbudo de Lorenzo, le dirigió a Remo una mirada que haría sonrojar a un bendito arcángel. Lena, mientras tanto, había comenzado a jugar debajo de la chaqueta de su colega. Instintivamente, Remo había pisado el acelerador. A esa hora en el 105 solo quedaba un vagabundo viejo y bruto, casi un habitué, al que habrían descargado en el depósito. Llegaron allí en cinco minutos.

Los cuatro salieron en silencio.

—Aquí, mis bellezas, les presento a Remo.

La ya emocionada voz de Lorenzo era más que una invitación. Pero el colega no contestó. Murmuró un “mucho gusto” entre dientes y fue a despertar al vagabundo.

—Remo el cobarde —presionó Flora.

Al bajarse del 105 con el vagabundo del brazo, el conductor la había mirado mal. Pero para pasar había tenido que tocarla. Como un escalofrío corriendo por los lomos. Las tetas de Flora eran una tentación demasiado fuerte, imposible no imaginarla desnuda. Flora era más que un hombre con túnicas... Era...

Aun así, no quería involucrarse. La ausencia del cuerpo de Gianna seguía siendo demasiado dolorosa, le habría parecido ensuciar toda su vida, su matrimonio. Se había ido de mal humor, pateando el vacío de aquella noche bochornosa de San Lorenzo. Una lluvia de estrellas como alfileres a lo largo del camino de los nervios, un ardor que chisporroteaba la sangre, aumentaba la urgencia de expulsar.

Había meado largo rato bajo una ventana iluminada, imaginando que rociaba los muebles y los rostros de alguna pareja serena y respetable. Y mientras buscaba un pañuelo para limpiar esas gotas calientes, había tocado la nota en su bolsillo. Sin pensarlo, pero como anticipando una expectativa, lo había frotado una y otra vez sobre su miembro húmedo. Arriba y abajo, la piel cada vez más tensa. Arriba y abajo, respiración acelerada, un ojo en las estrellas, otro en las luces de la casa. Luego, un torrente de deseos confusos y recogidos, pegajosos como aquella noche de agosto sin soplo de viento. Noche de San Lorenzo. ¿Qué había deseado?

Al día siguiente había ido a la dirección que Flora había escrito en la nota opaca, ahora arrugada y maloliente: Remo la sostenía en la mano, con expresión vigilante de ladrón de gallinas. Era casi mediodía. Justo antes de reanudar el turno.

Como ahora. Se pone en pie tambaleándose, recupera sus calzoncillos debajo de una pila de zapatos y ropa, todavía enredados en su uniforme de conductor. Pero, ¿por qué usarlos si solo tienes que ir hasta la ducha? Es un gesto mecánico. Tiene que pasar por delante de la habitación del niño, la habitación de Gianna. Lo piensa y niega con la cabeza. Vuelve, se pasa la mano por el pelo, le cae un poco de caspa sobre los hombros, se la quita, camina penosamente hacia la cocina: café. Mira desconsolado el fregadero, la pila de platos sucios, la llama del gas. El sonido del café hirviendo... una vez más quemado. Sin embargo, la junta se acaba de cambiar. Vierte el líquido oscuro, agrega azúcar y va a la ventana. Algunos árboles y algo de vegetación debajo. Torre Spaccata ha cambiado a lo largo de los años. Cuando era niño no era más que una sórdida aglomeración de hormigón: la periferia extrema. Pero luego la ciudad se expandió. Y la palma de la sordidez capitolina se ha movido más allá: Torre Ángela, Tor Bella Monaca... El estilo de la ropa ha cambiado, pero siempre se pueden reconocer los rostros de los niños de barrios de ese tipo: una mirada atenta y sagaz, ya comprensión de todas las infamias que sufren y luego harán.

Hacer... someterse. Le tomó tiempo comprender y también tratar de evitar cualquier aburrimiento adicional... tiempo para hacerse a un lado, para permanecer en su lugar. Qué lugar realmente no podía decir. ¿En el asiento del conductor? Se ríe pensando en este cacharro de autobús, el 105. Sí, condujo ese, pero solo de ida y vuelta a lo largo de una ruta establecida. Nunca un desvío, un regreso, nada. Solo unos pocos recién

llegados gritándote como si fuera un asunto pendiente. A veces soñaba con ellos.

¿Y por qué tiene que preocuparse y mirar el pez dorado? Es un milagro que no se lo haya tragado ya la pareja de cachachos que viven en el acuario. Ya la hembra ya no se mueve detrás de la piedra, no se sabe si por miedo o porque ahora es un cadáver. Gran idea obligar a esos animales a coexistir... en una bonita prisión llena de agua. Y Gianna, que una vez votó por los Verdes... No hay escapatoria, los seres humanos son infames. Y él no es una excepción. Vierte un preparado en el acuario, se pone la camisa y sale.

Ahora camina lentamente hacia la casa de Flora... Ahora de Lena. Solo de Lena, desde que Flora... La casa de la muerte, tan tentadora como una curva tomada por borrachos. La casa donde él, harto de aburrimiento y asuntos pendientes, vuelve de nuevo. Sin embargo, todavía se considera un hombre fiel, un hombre que deja una puerta abierta al regreso de Gianna, al rescate de su matrimonio. No eran mujeres, esas... después de todo. Lena y... Flora, extraña raza de putas. Anormal. Malditos maricones con cuerpos de mujer y pollas atadas entre los muslos. Aquí, ahora piensa casi como Lorenzo. Maldito sea el impulso... ya sus pies arrastrando por el camino de entrada, que se suben a un autobús y se bajan. Vivienda popular. Y más adelante un edificio de tres pisos, de reciente construcción: propiedad de la trans, probablemente. O quien actuó como su testafarro. Había leído toda la historia en las noticias locales cuando Flora...

Pero no quiere pensar en eso.

Lena le abre con la expresión de quien abre al lechero. Él está en casa ahora. Ella se hace a un lado para dejarlo entrar y, con un gesto, le indica el sofá. Un pareo transparente deja al descubierto la parte superior del pecho. La trans tiene mucho maquillaje y pantuflas de colores hawaianas. Y una piel firme y oscura que brilla bajo la seda azul. Remo insinúa una palmadita, pero ella se retira, evidentemente de mal humor. Suspira, siente que los músculos de su estómago se contraen y un exceso de grasa vuelve a caer sobre su estómago. Más allá de la respiración. Un momento demasiado largo.

Pero él no quiere irse. Afuera el calor oprime, lo siente agobiar todo su cuerpo, como lava incandescente que quema por dentro y agota. Se desploma en el sofá y espera, entrece rrando los ojos ante los movimientos de Lena mientras ella se ocupa de la cama. Movimientos nerviosos y tensos, nota. Remo abre la boca como un pez en un acuario justo antes de que el visitante señale con el dedo el cristal, luego la vuelve a cerrar sin valor para preguntar o exigir. Él teme... Mira la cortina de lunares, los muebles del consultorio dental, las baratijas que compró Flora, sus regalos... La alfombra que ha sido limpiada de la sangre de Flora. Alfombra barata... tal vez no sea lo mismo. ¿Por qué Lena está nerviosa?

—Solo un minuto —dice ella en ese instante— y no te arrepentirás de esperar.

Una nota de llanto en la voz. O eso le parece a Remo.

Sin embargo, no quiere cuestionarse más a sí mismo. No vino allí a macerar. Cualquier problema que atrape al transexual no es de su incumbencia. Y no le quitará las ganas de

follar, como lo demuestra su colgajo hinchado, ya húmedo y sudoroso. Remo desliza su mano entre sus piernas, luego se huele los dedos con cautela. ¿Tiene que ir al baño para lavarse? Pero no, piensa, las trans no son de las que se formalizan. Suficiente para ellos...

En ese momento aparece Lena en la puerta, se apoya en una jamba, cruza los tobillos y lo mira de soslayo. Provocativa. Luego gira la cabeza, echando hacia atrás su melena roja de Tiziano. Por un momento la imagen de Flora. Estaba tendida en el suelo en un lago de sangre, torturada y con trozos de vidrio en la boca, diminutos cristales con gotas de baba sobre los que el sol de diciembre dibujaba inverosímiles diamantes púrpura.

Pero el sexo aprieta, caliente, entre los muslos. Remo mira las piernas y los senos de Lena, llamándose a sí mismo necrófilo y perverso. ¿Había matado a Flora queriendo liberarse finalmente de ese hábito? En sus pesadillas había soñado con eso. Sin embargo, se levanta para darle la bienvenida a Lena, quien se arrastra hacia él. Primera descarga eléctrica. Y las manos, arpones en un fondo gris ahumado. Inusual. De brasas. Remo se acerca varias veces, se aleja y reanuda, chupa las tetas de silicona de la mujer, las muerde. Le gustaría... Pero Lena no es Flora. Tira el cabello al transexual, lo hace gritar y se corre, a trancas, entre esas nalgas firmes, con las caras de Gianna y Flora esparcidas por el fondo del mar como medusas.

El día del asesinato de Flora, había alguien detrás de la cortina. Él estaba seguro de ello. Sus gruesos pantalones de pana sobresalían por debajo, el dobladillo de una pierna enganchada en el zapato mostraba la suela ortopédica: ¿un

hombre con una pierna más corta? ¿Una mujer tal vez? Es poco probable que el zapato se ajuste al menos a una talla cuatro. Aunque en ese ambiente... Más que probable, sin embargo, que él fuera el asesino, dado que Flora yacía no muy lejos entre sangre y excrementos. Ese día había venido a verla sin previo aviso. A veces hacía eso, y casi siempre ella lo recibía con agrado. Y esa vez Remo realmente quería que ella estuviera allí. Había vuelto a pelear con Gianna por la historia del aborto, realmente deseaba que hubiera alguien allí. Para ello había llamado varias veces. Y, ante el silencio, empezó a golpear el pomo de la puerta, más como reacción que para intentar entrar. Pero la puerta se abrió de repente y se encontró dentro, inmediatamente aturdido por la agitación que reinaba en la habitación. Signos de lucha. Había visto la televisión volcada, los altavoces del estéreo destrozados, los objetos destrozados... El cuerpo de Flora boca arriba. Y él había jadeado como un pez, incapaz de gritar o moverse, su mirada moviéndose inquietamente de un objeto a otro. Entonces, una especie de pánico clarividente lo hizo huir de allí y esperar durante días que de alguna manera no lo alcanzaran.

Pero ¿dónde estaba Lena? A menudo se lo había preguntado. Hasta que una noche se cruzó con ella en su camino de regreso. Todavía vivía en el antiguo lugar. Hacía frío entonces, era casi Navidad y no tenía ganas de reunirse con Gianna debajo del árbol, desechando los silencios como bombones. Lena le metió la mano en los pantalones y lo convenció de que lo siguiera. Había preguntado por Flora, pero había tenido cuidado de no decirle que el día del asesinato ella estaba allí, a unos pasos del cuerpo torturado y quizás de su asesino. ¿Para quién sería

bueno? Además, nunca había intercambiado más que unas pocas palabras con Lena. Tal vez era española, o tal vez gitana o quién sabe. El paso de Lena a su lado, rápido y elástico, indicaba que para ella la noche apenas comenzaba. Remo, por otro lado, después del turno, se desvaneció en un descanso sin sueños, o se deslizó en un duermevela inquieto lleno de imágenes dolorosas. Sin embargo, siempre se despertaba un poco más cansado que antes.

Cuando sale de la casa de la trans se siente como un gusano seco que tiene que enfrentarse al desierto. El asfalto está hirviendo y pronto lo espera el 105... Casi todos los comercios están cerrados. ¿Parar en un restaurante o limitarse a un sándwich? Entra en un bar y toma dos cervezas. Luego pide un sándwich: salami seco, queso muerto como un cadáver. Un poco de espuma y migas se asientan sobre la barba casi gris. Una chica lo mira con vago disgusto. ¿O tal vez es interés y ya no reconoce la diferencia? Haría falta Gianna con sus celos para refrescar sus ideas. Pero su esposa ya no está celosa de él. Ahora lo mira con una mezcla de ira y dolor y cierra la puerta mientras se pone las medias de red.

Remo sale corriendo a la calle en busca de un refrigerio, pero una ola de calor lo ataca. El hedor a asfalto y gasolina enferma. Pero tiene que irse. Para un 105 en la dirección opuesta, irá a la estación de Termini y tomará servicio allí. El colega, sudoroso, lo saluda con un movimiento de cabeza. Se derrumba en un asiento, trata de abrir una ventana, se encuentra con las miradas irónicas de los escasos pasajeros. Fauna típica. Diferente a la de Tuscolana. *Aguileñas*, grisáceas, rostros sombríos. Vientres redondos y ropa barata. Y miradas intensas

de mujeres bajitas y gordas, como radares para encontrar un asiento o para lanzar flechas a quien lo ocupó primero. Roma invadida por la construcción, incluso en agosto en ese momento está sofocada por el tráfico y el alboroto. Una correa de hombro cae y revela un pecho bronceado justo en frente de él. Remo salta como un niño pequeño asomándose por las faldas de la maestra. La muchacha se levanta la correa del hombro y se ajusta las gafas de sol. Luego se lleva la mano a la barbilla y mira hacia afuera. La misma postura de Gianna en esa foto que él...

Pero ahora solo hay cansancio. Una flojera sudorosa y babeante como un escarabajo, que ese día arde bajo el influjo de quién sabe qué sueño inoportuno. Nunca antes le había pasado. Incluso frente a los repetidos ataques verbales de Gianna, que exigía un informe de su fracaso, siempre se las había arreglado para mantener una compostura imperturbable. Más que flema, una capa de manteca, una cortina de grasa que caía de los ojos al cerebro, sentimientos y rencores. Todo distante, todo... borroso y descolorido y distante, parpadeante y borroso como el mundo a través de la ventana de un autobús en un día lluvioso y con niebla.

Un rayo de sol lo golpea en un relámpago. Gotas de sudor desde las mejillas hasta la camisa. Mira al espacio, al suelo negro del autobús, a los asientos manchados de naranja. La negrita en frente parpadea. Él mira hacia otro lado. No estaba apuntando a sus muslos abiertos, al pelaje negro que ahora se vislumbraba dentro de una falda redonda plisada. La muchacha avanza audazmente. Tiene piernas torcidas y paso larguirucho, pechos hinchados y mirada de comadreja. Se

planta frente a él y vuelve a guiñar el ojo balbuceando frases incomprensibles. Su amiga, más lejos, se ríe. Está claro que se burla de la concienzuda dama blanca, tiesa con el vestido ordinario y las alpargatas de color brillante compradas en el mercadito. Le ordena que le dé el asiento, ella quiere sentarse en el lado de la sombra y apuntar al hombre blanco también. Remo las conoce de vista. Las ve a cualquier hora del día, aporreando el 105 en busca de clientes, antes de irse por la circunvalación. A veces los abordan abiertamente, como ahora con él. Y si sale mal, gritan o se burlan de las mujeres y se ríen, como brujas toscas. Recuerda los comentarios de los pasajeros, sus fuertes insultos, el fastidio de las madres, los ojos abiertos de par en par de los niños. Y siente una punzada de lástima, de envidia y de cólera por los pies callosos de las negras, las sandalias medio gastadas, los tacones torcidos sobre el asfalto caliente, sus noches. ¿Y las noches de él? Pasa el pañuelo ya sucio por la frente, las mejillas... los ojos. No suele llorar. La puta tiene el ceño fruncido, entrecierra los ojos, gira sobre sus talones y se aleja. Baja con su amiga a Piazza Vittorio.

—¿Todo bien? —pregunta el colega desde su estribo—
Hace un calor bestial, ¿eh? Deberían pagarnos el doble, de ida y vuelta en este carro. Casi me pongo en huelga.

“¿Ves?”, piensa Remo, “¡como si no te conociera! Se necesita más que una tarjeta sindical para salir de allí. Tú, como los demás ya... ovejas resignadas, que se mueven solo a la orden, temerosas de perder sus preciadas y ganadas migajas. Ustedes no valen nada... Nosotros ya no valemos nada”, rectifica.

Una vez, sin embargo, había pensado que valía algo. Junto a sus compañeros de barrio le había parecido correr hacia el

mundo, destrozando a todos los hipócritas y pegando los restos, a modo de aviso, sobre alguna bandera.

Érase una vez... hace siglos.

Años setenta, esquimal, pantalones acampanados, canciones de lucha a todo pulmón para dominar el aire de las cancioncillas. Domingo entre los edificios suburbanos. De un lado estaban los viejos, hartos de fútbol, cerveza y humo seccional para refunfuñar contra esos veinteañeros cascarrabias que querían hacer una revolución. Del otro, agarrados al murete como a la cubierta de un barco que no se decide a salir del puerto, estaban ellos, de mirada hosca y pelo largo. Las espinelas saltaron entre un texto sagrado del marxismo y un libro de texto demasiado arrugado.

Él, Remo, gustosamente optó por fumar si ocurría, dejando las discusiones sobre el marxismo al grupo más comprometido, los que incluso renunciaron al juego por la reunión. Pero se sentía parte de ese grupo, lo que lo hacía sentir parte de algo. Aunque por todo lo demás (los ahorcamientos, los volantes, las demostraciones con pasamontañas y esa ropa seria que para algunos insinuaba el comienzo de la clandestinidad) empezaba a creer que no tenía talento alguno. La noche en que había una lección que enseñar a los fascas, por ejemplo, se había quedado atrás, incapaz de dar una patada, un puñetazo o desahogar siquiera un poco de la ira que había sentido el día anterior, cuando los fascistas lo atacaron. Había atacado a otro camarada. Y así había sucedido aquella otra vez de la molotov, que aún le explotaba un poco en la mano. Sin embargo, no se habló de renunciar al grupo. Allí estaban sus amigos de toda la vida, la infancia en los prados dándose palmaditas y

haciéndose promesas silenciosas, un crisol de sueños y esperanzas en el que al final todavía se podía encontrar un hogar.

Ahí estaba Ivana, capaz de plantar cara a los más audaces a la hora de mostrar valentía y disputar la última palabra con Roja si se hablaba de revolución. Pequeña y sinuosa, movía su siempre alborotada cabellera rubia como una potra inquieta. Sus ojos grises perlados a veces te clavaban sin escapatoria, otras se perdían en el vacío, como deslumbrados por un dolor antiguo. Llevaba pocos años viviendo en el barrio, pero enseñada se integró. A Remo le gustó de inmediato, pero también se sintió intimidado por ella. Estaba seguro de que sus modales encantadores no funcionarían con ella. Y luego, ella era una estudiante, quién sabe en qué se habría convertido. Es más, estaba claro que las atenciones de Rosso ciertamente no la dejaban indiferente.

Esa tarde Remo estaba asombrado de que Ivana hubiera logrado unirse a él para ir a ver un lugar donde se decía que los fascistas entrenaban con pistolas. Así que, mientras el aire resonaba con las voces de después del almuerzo del domingo, ignoró el puchero de Gianna y se alejó con Ivana a lo largo de puertas destartaladas y paredes de colores. Durante un rato habían seguido en silencio. La niña avanzó rápidamente, Remo medio paso más atrás, distraída por un reflejo en la espalda de su compañera. Extendió la mano como si fuera a tocarla y ella se dio la vuelta.

—¿Qué pasa? —preguntó— No me digas que no estás al día.

Sonrió y se detuvo, apoyándose en un banco oxidado. Se quitó la chaqueta y luego el suéter, su cabello eléctrico se

enfriaba bajo el sol de abril. Luego levantó los brazos hacia arriba y se estiró, exponiendo los músculos de su abdomen.

—Es un hermoso día —dijo.

Ivana se quedó mirándolo, con los labios entreabiertos, un soplo de viento que de vez en cuando le levantaba la falda.

—Vamos, perezoso, qué vamos a hacer. —Instó. Y le tendió la mano.

Él la atrajo hacia él. Sus labios sabían a fruta y su piel a miel bajo la camisa de angora que apenas le cubría el ombligo. Se refugiaron en un sótano e hicieron el amor de pie, saltando con cada sonido. Antes de partir esa noche, ella solo dijo:

—No me olvides.

Luego nunca más la volvió a ver. Esa noche hubo un alboroto: una ráfaga de detenciones, registros, padres desesperados buscando a sus hijos en las comisarías. Fue interrogado durante dos días. Estaba tan entumecido que terminó confirmando alguna declaración. Al final lo liberaron y descubrió que solo quedaban unos pocos en el muro: los que no tenían nada que ver con la política, los que lo habían derramado todo o incluso admitido algo. Los otros no regresarían pronto de la cárcel.

Ivana y Rosso, en cambio, se habían salido con la suya, porque esa noche no estaban en casa. Un año después, ella murió en un tiroteo, la Red fue arrestada. La imagen de Ivana tirada en el pavimento, con el rostro contraído, las piernas y los brazos abiertos, fue difundida en todos los noticieros.

—Buenos días —le dijo el colega a Remo, dejándolo en la estación.

Remo respondió con un gruñido. Odiaba las bromas, los conductores y los pasajeros que se agolpaban incluso en aquel agosto abrasador en que parecía que nadie se había ido al mar. Que esperen, tenía que tomar un café. Maldiciéndose a sí mismo, caminó hacia el quiosco. Pero inmediatamente se congeló como si hubiera visto un fantasma. Un traje muy parecido al que vestía su esposa mecía el brazo de un demonio con una camisa floreada. ¿Podría ser Gianna? Indeciso entre correr tras ella o quedarse allí, Remo cerró los párpados y abrió la boca varias veces. Y en ese momento la mujer se volvió, de esa manera inconfundible que tiene una esposa de inclinar la cabeza. ¿Fue la impresión de Remo o sus ojos se encontraron? ¿Fue una impresión o su esposa lo desafió con esa traviesa mirada de polilla suya? Una paloma revoloteó a los pies de Remo, un mendigo eructó mientras aceleraba el paso. El conductor bajó la vista y caminó lentamente hacia la 105. El calor dibujaba ondas de grasa sobre el asfalto.

Tomó el volante del autobús que le pareció pesar como un bloque de granito. Después de caminar unos metros, vio demasiado tarde el semáforo en rojo y se arriesgó a atropellar a dos viejos turistas pomados. No se dio cuenta de que había golpeado el tablero hasta que sintió el dolor en los nudillos y vio las miradas asustadas de los pasajeros en el espejo retrovisor. Trató de concentrarse en conducir, mientras ya podía vislumbrar la curva de Porta Maggiore. ¿Qué debería haber hecho antes? ¿Quizás una escena en medio de la estación? De qué serviría... No era un hombre para peleas. Ni siquiera sabía qué clase de hombre era. La vida con Gianna era solo otra asignatura pendiente: una de tantas en su existencia vacía,

que se deslizaba paso a paso como una gota de sudor en el calor de agosto.

Un tipo se acercó a la salida. Remo reconoció los típicos tatuajes carcelarios. Y apareció ante él el rostro de su hermana Laura, deshecho por la droga: ni siquiera la sombra de las mejillas aceitunadas que de niño le había tocado para fastidiarla. Durante años, su hermana había sido una zombi en movimiento, siempre en busca de dinero para conseguir cosas. Dentro y fuera de la cárcel, se olvida de sí mismo y de cada sentimiento. En la década de 1980, las drogas habían engullido a muchos de ellos, muchos más de los que la política había reclutado unos años antes. En la pared había ahora rostros diferentes, rostros disimulados o diáfanos, vagamente impertinentes. Pero ni siquiera la sombra de las esperanzas del pasado. Al pasar por aquellos parajes, le pareció que las miradas de aquellos jóvenes estaban allí pidiéndole cuentas, así que aceleró el paso, con un nudo en medio del estómago.

Sumido en sus pensamientos, se detuvo cerca del campamento gitano solo por reflejo y partió a toda prisa. La colorida maldición confirmó que alguien se había quedado atascado en medio de la puerta. Volvió a abrir, liberando una solapa de tela roja, y en ese momento una voz familiar lo alcanzó desde detrás del asiento.

—Bueno, ¿ahora también empiezas a intimidar a tus colegas, Remo?

Era Lorenzo, y unos pasos más allá Lena, con pantalones rojo fuego y blusa a juego.

Remo negó con la cabeza como si dijera que estaba desolado, apenas logrando ocultar un ceño fruncido de

decepción. La aparición de la trans en su vida ordinaria fue como una nota amarga, otra puñalada en aquel día ya bastante desgraciado. Esperaba que los dos bajaran rápidamente y lo dejaran macerar con su húmeda vida y sus asuntos pendientes. Ese día ya estaba demasiado cargado de recuerdos, sin que Lena y Lorenzo aumentaran su molestia con su presencia. En el calor, el crepúsculo sombreaba las casas desconchadas y el asfalto magullado y las tumbas de las víctimas de los accidentes de tráfico. Remo miró por el espejo retrovisor. Renzo estaba sentado en la primera fila y la trans un poco más atrás, rodeados de una pequeña familia con niños, baldes, hilos de pescar y un pequeño perro.

“Siempre cauteloso, ese astuto Lorenzo”, pensó Remo al ver a su compañero salir al frente y ver que el trans se dirigía hacia la salida trasera.

Lorenzo lo saludó con un movimiento de cabeza. Lena pasó junto al autobús guiñando un ojo. Remo los siguió con la mirada. Detrás de ellos, la familia gritaba tratando de controlar la vehemencia de su descendencia. Uno de los niños abofeteó a su hermano y luego se lanzó hacia adelante corriendo. El más pequeño corrió tras él blandiendo la pequeña caña de pescar, cuyo anzuelo se enganchó en una pierna del pantalón de Lorenzo, dejando al descubierto una pantorrilla rígida sostenida por una prótesis. Remo puso los ojos en blanco, ignorando la luz verde. Y, mientras detrás los cuernos impacientes ya se hacían oír, su mente volvió al asesinato de Flora. ¿El pie que había vislumbrado debajo de la tienda pertenecía a su colega? ¿Era el asesino de Flora? ¿Y entonces Lena era su cómplice o terminaría ella también de esa manera?

Sus ojos se pusieron rojos cuando su mano agarró el volante hasta que le dolió. Consideró dejar el autobús y llamar a la policía de inmediato. Pero luego, lentamente, comenzó a sopesar las consecuencias de su acto: su nombre en los periódicos, quizás las sospechas y el escándalo, y quizás el despido. ¿Y si Lorenzo hubiera sido inocente? Habría causado una mala impresión dos veces. Y además, ¿quién era él para juzgar? Por un momento incluso pensó en confrontar a su colega con una cara dura, pero una punzada de angustia lo atrajo como si fuera un caparazón, y encogió los hombros. Y el último remordimiento se estableció con la bola de fuego detrás de las montañas de Frascati.

Un camión avanzaba en dirección contraria a una distancia temeraria. Ahora los párpados de Remo estaban pesados, como impregnados de gelatina. Revivió ese día como un saldo fallido de sus cuentas pendientes sin poder sacar ni una pizca de tragedia. Solo sentía un gran cansancio. Todo el peso de la sangre pareció tirar hacia abajo y llenar sus tobillos de cantos rodados. Afortunadamente, el final de la línea estaba cerca.

Cuando llegó al depósito, tiró de la palanca del freno como si estuviera perdiendo sus últimas fuerzas y comenzó a salir. Pero fue entonces cuando vislumbró, por el rabillo del ojo, a la mujer en la parte trasera del autobús, con la cabeza rubia apoyada en el asiento delantero. Resoplando se acercó a ella y la llamó:

—¡Dama!

Pero la mujer no se movió, emitiendo solo un gemido indistinto. Durmió. Abierta bajo sus pies, una carpeta con libros y documentos. Cuando estuvo cerca de ella, Remo se

sobresaltó y se quedó mirándola como hipnotizado: Dios, cómo se parecía a Ivana... ¿Será ella, de regreso de su infierno para venir a descansar en el suyo? Él la sacudió ligeramente y la miró, como para confirmar. Podría haber tenido su edad.

“... cansada”, murmuró la mujer, “... tan cansada”.

Asintiendo, Remo se sentó junto a ella e inclinó su cabeza junto a la de ella. Y en torno a ellos inmediatamente se encabitaron las penosas sombras de la noche.

CLAROSCURO (CLICHÉ)

Joelle volvió a leer detenidamente la historia que pretendía incluir en el libro que se enviaría a la editorial. Estaba esperando la visita de su amiga Consuelo, a quien se la había dado para opinar. La mirada de Joelle recorrió rápidamente las líneas:

* * *

El brazo de Geneviève jadea, el dedo índice apunta en la dirección del trino que la arranca del sueño... y de los brazos de Jean. El susurro del maíz evanescente: el dios del sueño, el único amante al que permanece fiel, se deja ir. Maléfica radio reloj... Apunta con decisión su dedo índice. Un grito ahogado: algo peludo en la almohada al lado... um, demasiado rizado para ser Matou el gato.

¿Francois?

Rashid. Restaurante árabe. Cuscùs-merguez, ¿recuerdas?
“Mmm...”.

La voz apaga el despertador y Geneviève vuelve a caer tendida, la cabeza como una colmena: la resaca del excelente vino árabe de la noche anterior, claro... A ver. Abre

con cautela el ojo izquierdo, el más madrugador, inmediatamente herido por un rayo de sol. Demasiado complicado, lo intentaremos de nuevo dentro de un rato, ¿eh?... Vuelve a esconderse bajo las sábanas, gimiendo: ¡oye, cámara lenta, quiero que vuelva la escena anterior, el trigo, el verano y todo lo demás! Especialmente las manos de Jean, rebautizado como “Míster Caricia”.

Se asoma de nuevo entre las sábanas. El cálido sol de mayo se filtra tentador, un par de gorriones cantan: podría ser un buen día, por qué no... Terminó con Renato, ya no tiene que rendirle cuentas a nadie. Ahuyenta el matiz de angustia, la tentación de refugiarse nuevamente en el sueño. Todo tiene un precio, vieja, ¿no quieres complicarte el día? ¡Abre los ojos de una vez por todas!

Sin embargo, su ático es hermoso. Lo acaricia con la mirada: dos grandes habitaciones sin demasiadas comodidades, pero con grandes ventanales, y los tejados de Barbès. Prefiere vivir en el norte de París, hay más color. Intentará mantenerlo a toda costa. Aunque se avecina el desalojo, está en desacuerdo con el dueño y todos los días teme encontrar la puerta rota. Por ahora, ella ha pensado en todo para mantener alejado el viejo buitre. Últimamente, incluso, ha grabado rugidos y conectado un artilugio al timbre de la entrada: basta con tocar la puerta para que el amplificador esparza sonidos terroríficos. La madre de una vecina casi había tenido un síncope, el loro que tenía delante había empezado a tartamudear, y el dueño la había denunciado por tenencia ilegal de animales salvajes: los dos policías habían rebuscado por todas partes, buscando cualquier bestia, hasta que, por culpa

del gigantesco gato negro parado sobre el armario, se habían tropezado con un hueco en la alfombra y habían terminado sentados en el arenero de Matou, el supermichi. Menuda escena... El de atrás, con una mano en el aire y la otra en el cuenco del gato. Y su colega, que lo había atropellado, que estaba sentado entre sus piernas, sin apartar la vista del felino que se avecinaba. Claro, Matou, de constitución considerable y pelo largo, podría verse feroz. Especialmente para los ojos amarillos con pupila viva, rodeados de una máscara negra bordeada de blanco. Parecía la versión malvada del gato Silvestre. Pero esta vez había soltado el maullido habitual: una especie de inofensivo cascabeleo estrangulado. Y había salido del armario torpemente, como el felino cojo que era...

Geneviève sonríe ante el recuerdo. Ese gato, su venganza. Lo había recogido, pequeño y maltrecho, contra el consejo de todos. Siempre la misma, con su pasión por los marginados, animales o humanos. Desde niña, al ver a un desgraciado al que la naturaleza le había jugado alguna mala pasada, no podía resistirse: desde la paloma tullida hasta el furioso vagabundo que había vaciado su casa, ella había recogido de todo. Sin dudas.

Mientras curaba las mordeduras de su manita, salvada milagrosamente de las fauces de un viejo perro al que quería acariciar, su madre había empezado a desesperarse. Geneviève de niña nunca perdió una oportunidad. Así que en esa tienda de mascotas, despreciando a los perros de pura raza, había puesto su mirada en un perro callejero casi sin vida, incapaz incluso de mover la colita, que de hecho murió casi de inmediato, a pesar de los cuidados amorosos y costosos. O aquella

vez, cuando tenía siete años, que desapareció durante horas después de bajar a comprar pan. Entonces la habían encontrado en la orilla del río, a manos de un viejo mirón baboso que solo de milagro la había salvado.

Se ha hecho tarde y hoy importantes clientes la esperan. Solo fantasea. Bosteza y está a punto de levantarse. Oye, ¿qué hace este dedo en mi pezón? Y a la izquierda, pues, que con solo tocarlo... Oh, bueno... Apoyada en el respaldo de la cama, se arquea lo más posible y deja solo las rodillas cubiertas. Ella le sonríe al hombre de pelo rizado que no ha dejado de mirarla.

—Eres hermosa... —Rashid se arrodilla a un lado. Con un dedo sigue el hueco de su espalda, con la otra mano acaricia su vientre, se demora justo alrededor del ombligo...

Ah, eso es lo que estaba a su lado. Recuerda las horas pasadas con ese hombre. Y ahora se siente en armonía con el sol de la mañana y los colores de París, únicos en mayo.

Pero ahora no hay más tiempo ni nada más que decir. Sugerencia habitual de angustia y un poco de molestia. Se levanta y esboza una sonrisa. Aquí viene *Alicia en el país de las maravillas*: ¿quieres ahogarte en lágrimas o intentar nadar? Todo esto es solo asunto suyo. El buen humor va y viene como el aire de la mañana.

El barrio late más allá del ventanal. ¡Podría volar! Se abalanzaría y robaría sombreros, arruinaría a damas perfectamente peinadas y pondría una broma del Día de los Inocentes en el cañón de una pistola. Estacionados entre los árboles en flor, varios coches de policía blindados. Volando, podría destruirlos con el aleteo de sus alas. Desde la cama, un silbido

de admiración: en el acto de volar, se le cayó el pareo. Se gira con una reverencia y sale de la habitación haciendo *marameo*.

En el baño se abre paso entre el desorden y se las arregla para tomar una ducha. Luego vuelve corriendo a la habitación. ¡Qué tarde! Tiene muy poco tiempo para vestirse. Saca montañas de ropa del armario y prueba algunas combinaciones. Con cada atuendo, pide la opinión de Rashid sin tomarla en cuenta. Se decide por el atuendo habitual fuera de lo común e interroga al espejo. Escudriña con detalle a la chica rubia de pelo alborotado y expresión salvaje que ningún truco logra domar. Joder, el kilo de más de siempre... Mejor deja de examinar los defectos. Se vuelve hacia el hombre que la mira intensamente desde la cama, con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

—Rashid, tienes cinco minutos para salir de allí, solo necesito terminar de maquillarme.

—Me quedo aquí... Ordenaré y esperaré por ti.

—Olvídalo.

—Déjame las llaves.

—Ya no dejo las llaves a los hombres.

Indica al taxista qué ruta prefiere. Está bien, el viaje lo paga la agencia, pero no le gusta ser estafada. Apoya su codo contra la ventana, indiferente a los gases de escape del coche. ¡Qué espectáculo esa ciudad, cada rincón celebra su primavera! A lo largo del canal San Martín, los techos de los grandes camiones detenidos a lo largo de la avenida están rebosantes de gemas de colores que han caído de los árboles. El conductor la mira desde el espejo, listo para darle conversación. Ella mira hacia otro lado.

Plaza de la Bastilla... cuántos recuerdos... En 1981, tras la elección de Mitterrand hubo celebración. ¡Cuántas esperanzas! Gente de todos los colores había bailado hasta el amanecer e improvisado “guerrilla” con petardos en las salidas del metro. ¡Cómo habían cambiado las cosas! El labio superior se agrieta en una mueca. El taxista maldice a una familia negra que lo obligó a frenar en seco.

Geneviève suspira. Renato estaba allí, entonces, para rodear sus hombros. ¡Al diablo Renato, sus manos afiladas, su tutela! Después de siete años de tormentas, fue ella quien provocó la ruptura. En un momento sintió que estaba cercada. Se había acostumbrado a salir con otros hombres, sobre todo por despecho. Y Renato se había liado con Amandine. Así que ella había hecho lo imposible para recuperarlo. Pero los problemas quedaron y las peleas también. Estaba derramando cada expectativa, cada miedo sobre Renato. Así que decidió vivir sola. Ahora ve pasar a una señora embarazada, con los brazos llenos de paquetes, incapaz de hacer que sus hijos la obedezcan. Un escalofrío le recorre la columna vertebral. Se había desviado a tiempo de esta parábola inclinada, pero ¿qué vendría después de eso?

El taxista repite la tarifa. Ella paga la cantidad, de mala gana da una pequeña propina y baja. En la acera, un trío de músicos negros canta *blues* conmovedor. Todo el olor de *croissants* y *crêpes* calientes. Una tentación. Pero ya es tarde. Por suerte, en el trabajo no son demasiado exigentes y le dejan cierto margen de autonomía.

Como siempre, la agencia huele a humo y lavanda: los cigarrillos y las velas humeantes se disputan la plaza. Se gana

su pequeña oficina, el único oasis incontaminado, feliz de realizar tareas particulares que le dan derecho a hacerlo. Es la agente inmobiliaria más solicitada y, de hecho, coordina todo el trabajo. Las responsabilidades no la desaniman, le encantan las situaciones complicadas. Y le gusta el contacto con el público, curiosa como es por conocer gente, aprender historias, adivinar los personajes. Su casa es un punto de encuentro de personas muy diferentes, que se sienten cómodas solo en su presencia. Ella es una frontera para todos, tocando zonas inaccesibles e insospechadas. Tenerla a tu lado es fácil, pero nadie se atreve a seguirla hasta el fondo de sus pensamientos. Solo Eric, a veces... pero las cosas no son fáciles con él.

Respira el aroma de frutas exóticas que flota en la habitación. Tiene pasión por las esencias tropicales y las esparce por todas partes. Matou todavía no puede acostumbrarse y siempre está estornudando... Descorre la cortina de la gran ventana hacia las flores y la vegetación del jardín delantero y queda encantada con los reflejos de un charco. E inmediatamente ella está sentada en una hoja en lugar del abejorro, justo en ese arcoíris. Languidez y tristeza, como un vórtice vaporoso. El teléfono suena varias veces, pero ella no se mueve.

Ahora sí que tiene que ponerse manos a la obra, las primeras citas no tardarán en llegar. Sigue y anota todo con su brío habitual. Pero al final de la mañana se da cuenta de que ha hecho una nota en la agenda del año pasado. Su mente está abarrotada de demasiados pensamientos. Rostros de hombres se acercan a ella como fotografías muertas. Sus cabezas, grandes burbujas de colores, giran alrededor de su rostro que ya no tiene contornos definidos. Los ojos negros

de Eric... como una acidez... Lo encontrará en breve, pero en compañía de Carlo. Debe llevarlos a visitar su futuro “nido de amor”. Me pregunto si les gustará ese apartamento: Carlo tiene gustos difíciles...

Le gusta Eric, eso la molesta. Se entienden mutuamente, como en un mismo pensamiento. Así fue desde el primer encuentro en la feria del cómic: él es un famoso ilustrador satírico. Con Renato, en cambio... siempre bajo juicio, siempre en la sombra y nunca natural. Pero, ¿qué tiene que ver Renato con eso ahora?

Le gustaría acostarse en la alfombra, pensar en silencio. De repente se quita los zapatos, luego corre a recogerlos y los sostiene en una mano. Con la otra roza la reproducción de un cuadro de Kandinsky como para captar sus colores. Eric... la involucró de inmediato en todos sus dramas amorosos, varias veces tuvo su corazón en sus manos, pero ni una sola vez para sí mismo. Ni nunca quiso, en verdad. Hasta que un día, al verlo sufrir por un muchacho, se dio cuenta de que lo deseaba: hubiera querido ese amor para ella, para experimentarlo como en un espejo.

Desde entonces, ella lo ha seguido con el pensamiento a todos los rincones de Francia y experimenta todos los tormentos de un amor imposible. Siempre que sea amor ese delgado trapecio en el que se obstina en balancearse. Experimentó sensaciones similares solo para una mujer. Pero sus gestos no encontraron palabras.

Maldita sea, qué lío, solo oleadas de deseos a la deriva y un terrible dolor de cabeza. Esto es lo que obtiene con el alcohol. Tiene que parar de una vez... Pero por ahora, no hay otro

remedio que algunas copitas... Se sirve un aperitivo. Ahora se despegará de las emociones, como la gota del cubo de hielo y recuperará el control. Pero, como una luciérnaga en un surco negro, solo logra recuperarse por breves intervalos.

Tocan el timbre. Un colega le pregunta si quiere algo del bar. No, gracias... Que la dejen en paz, tiene que prepararse para la casa en el parque que se suponía que le vendería a Eric. Y a Carlos. Y sin embargo... Eric la llamó en medio de la noche.

Han pasado algunas horas desde que, como en un sueño, escuchó su voz en el auricular.

—¡Eric! ¿Pasó algo?

—No... Es que... ¿Está confirmado para mañana?

—Sí, te lo dije ayer... Oye, ¿tuviste una pelea con Carlo? ¿Qué pasa? Lo siento, pero mi cabeza da vueltas como un ventilador...

Silencio. Entonces, como una ametralladora con resaca:

—Geneviève no te rías, no sé cómo decírtelo pero: te amo.

Se dio una palmadita en la mejilla para asegurarse de que no estaba soñando. Y no tenía ganas de decirle que ella también... No con ese otro en la cama.

—Pero, Eric, ¿por qué ahora?

—... No lo sabía antes. Y luego estaba Renato. De todos modos, lo siento, nos vemos mañana...

—... Esperas...

Colgó y Geneviève no devolvió la llamada. Volvió a dormirse con esa lluvia ligera, sin importar el amanecer y los ruidos.

Ahora vuelven a tocar el timbre. Es la secretaria de la agencia, que ha venido a recordarle sus citas. Geneviève se pone el abrigo, le arden las mejillas. El espejo del tocador refleja dos ojos brillantes y febriles. Sale pillándose en la manilla, en un torbellino de pensamientos.

Millones de mandíbulas hunden su peso específico de la mejor manera que los bolsillos permiten tragar. Todas las cervecerías sintonizan su ritmo con el de los estómagos hambrientos: para los parisinos de todos lados es la hora del almuerzo. Pero Geneviève no tiene hambre. Se mete en el metro como un gusano en la tierra. Hay una multitud y debe hacerse espacio entre las miradas y los estados de ánimo de la masa sobrecalentada. Casi quisiera no sostenerse, abandonándose a la marea, siguiendo los cuerpos que se balancean. El periódico del vecino le hace cosquillas en la nariz. Pronto volvería a ver a Eric... Y quién sabe si Carlo sabe...

Llega media hora antes. No le gusta esperar, especialmente en un apartamento vacío. Pero no quiere volver a sumergirse en la multitud. Pone la llave en la cerradura, luego lo piensa mejor y la vuelve a poner en la bolsa. Entra en el ascensor, cierra el ascensor, vuelve a cambiar de opinión y decide abrir la puerta del apartamento.

¡Qué impresión las casas vacías! Sin la familia con cachorros y canarios ese piso ya no parece el mismo. A los dos “amigos” les debería gustar. El apartamento es grande y luminoso. Y domina los tramos superiores de Butte Chaumont. Contempla el parque desde una ventana. En el estanque, los misteriosos cisnes negros dejan un largo rastro. Respira profundamente. Como por un giro del destino, depende de ella, sin-lugar

en busca perpetua de hogares, instalar personas en casas. Y además esos dos entonces...

Dándose la vuelta, ve la cama. Demasiado engorroso o demasiado usado, por eso lo dejaron ahí... Prueba su consistencia. Aun así puede ver el parque. ¿Carlo y Eric dejarán la ventana abierta cuando hagan el amor? Tal vez sí, no hay nadie enfrente... excepto el mirlo mirándola fijamente, y que tal vez también presenciara a... Eric... no se imaginaba con él. Pero el toque de su cuerpo, sí. ¡Cuántas veces lo había buscado, demorándose en su abrazo demasiado tiempo! Al pensarlo se deja caer sobre el áspero colchón. Un tibio rayo de sol, como un escalofrío, guía la mano bajo la falda, eritema los senos...

El timbre suena demasiado temprano. Los dos entran tomados de la mano, saludándola con cariño amistoso. Eric le habla sin mirarla. Es mejor así, mejor que cada uno siga su propio rumbo...

Compitiendo con las golondrinas, un gorrión cruza el espectro de la ventana. Desde lo alto de un árbol una paloma infatigable arrulla con insistencia. Geneviève inhala durante mucho tiempo como si se preparara para una apnea. Habla sobre el apartamento con una voz neutral. Eric responde con gestos, como si no le importara. Carlo inspecciona la habitación. Frente a la ventana, ella y Eric miran el estanque. Tal vez, él escucha sus pensamientos y siente la vibra que fluye...

—¿Viste, Eric? Todo está listo para recibirnos —dice Carlo a su compañero con una mirada que parece besarlo.

Con los brazos cruzados, Geneviève los observa con fingida indiferencia. El sol de las quince entra por todos lados,

confinando la sombra en un rincón de la habitación. Mira repetidamente el reloj y se arremanga la camisa: tiene calor.

Salen del apartamento en silencio y se separan al final de la calle. Una multitud distraída y ruidosa entra y sale del parque. Ahora el tiempo ha cambiado, hace casi frío. Geneviève se abrocha el abrigo. Eric, habiendo dejado a Carlo, corre tras ella y la abraza, enterrando su rostro en su cabello despeinado. Una ráfaga de viento le levanta la falda, un ciclomotor silba de admiración. El tiempo se está poniendo feo.

Geneviève se pone en marcha lentamente, charlando sola con los cisnes negros. Realmente no quiere volver a trabajar. Llama y, con una excusa, se va a casa. Como en trance, enciende la radio, abre una caja de comida para Matou, desconecta el teléfono y se tira sobre la cama. La voz ronca y triste de Jacques Brel acompaña sus pensamientos. Sigue las sombras en el techo. En las paredes, la mujer sentada de Miró refleja los colores del crepúsculo.

Los últimos rayos del sol perfilan los objetos, sumergiéndolos en un aura indefinible. En la pared ve la sombra de un ramo de flores que sobresale de un estante, pero no sabe dónde está el origen de esa sombra en el exterior. Después de todo, se puede seguir el hilo de los reflejos sin comprender su origen. ¿Por qué los momentos de comprensión son imposibles de replicar y el resto es solo una secuela sin aliento? Una telaraña la atrae entre las celosías del sueño.

Dos caminos se abren ante ella, cielo y tierra, envueltos en hilos de luna, como telarañas de nácar. Geneviève tiene que buscar un tesoro, necesita moverse, tal vez hacer ejercicio, de hecho está en ropa de gimnasia, los auriculares Walkman

amplifican una melodía lejana, las piedras tienen el color del silencio, de las entrañas de la tierra, raíces de árboles centenarios los envuelven como tentáculos, sonajeros cuelgan de las ramas, ¿dónde está su cuarto de juegos? Dos flechas de madera consumidas por las polillas indican los caminos, la de la derecha dice: ¿Sendero rastreado, un camino gimnástico? Pero ya tiene tanto esfuerzo en las piernas... en la otra flecha, una inscripción incierta: *ánomos*, “sin ley”. Un sonido hechizante la atrae en esta dirección. Ella es inmediatamente atacada por los vapores rojizos. Pero ya no puede retroceder, por una súbita red de acero, avanza entre lagos oscuros y plantas desconocidas, un universo bíblico se despliega ante ella. El terror da paso a la curiosidad. Llega hasta las laderas de un volcán cuyas llamas brotan en un lago y se convierten en excremento, formando un magma inodoro. La mezcla la atrae, entra en el lago. Ahora sus manos crean y modelan con frenesí. Y dan forma a los rostros de las mujeres y los hombres con los que ha salido. Pero está demasiado cansada y ya no puede moldear el perfil de Eric.

Tiene mucha sed y quiere salir de ese lugar. Bebe agua fresca y lechosa de un manantial coloreado por el amanecer. Está mejor y tiene que irse. Se ajusta los auriculares: la melodía le indica el camino... Ausencia, Recuerdo, Retraso... Las flechas, con formas de notas musicales, conducen al final del camino. Tres polillas con alas veladas abren el camino.

Se detiene en un espacio abierto pavimentado con piedras de colores. Sobre ella, la bóveda estrellada está salpicada de polvo lunar. Pero es solo una imagen de un tren fluorescente y las estrellas son las salidas de los trenes. Perdura, pero ya no

hay sonido que la guíe. Y un gemido aterrador, amplificado por auriculares, traspasa el firmamento.

Se despierta sobresaltada, escucha. Es de noche. El maullido de los gatos enamorados, como gritos de auxilio dirigidos a la luna. No hace frío, pero Geneviève está temblando. El despertador fosforescente da las tres de la mañana. A la misma hora esa noche...

Tiempo atrás Renato se había acostado con ella, en su casa. Saboreando el calor familiar una vez más, Geneviève había estado despierta durante mucho tiempo. Luego se había derrumbado en un sueño inquieto, pronto interrumpido por una sacudida provocada por una serie prolongada de gemidos. Eran exactamente las tres de la mañana y los lamentos venían del bulevar. Descorre la cortina y se frota los ojos: una mujer persigue a un hombre, lo alcanza. Él la empuja brutalmente, ella responde con esos gemidos y continúa siguiéndolo. No hay palabras entre ellos, solo empujones y gemidos. Hasta que el hombre, alcanzado de nuevo, gira bruscamente, saca un cuchillo y la apuñala. Los gemidos de la mujer son ahora jadeos ahogados que se apagan en la noche. Las luces se encienden en las ventanas, llega la policía con las sirenas a todo volumen. El asesino ha desaparecido.

Geneviève castañetea los dientes. Renato está despierto pero no la abraza, ni lo volverá a hacer en los días venideros. La ambulancia está recogiendo el cuerpo de la mujer asesinada. Las farolas se apagan, los basureros ya están trabajando: dentro de un rato las manchas de sangre desaparecerán de la acera. Ella se entierra en la cama.

“¡Matou!”, llama Geneviève ahora. Le responde un maullido soñoliento y un bostezo. El gato se estira perezosamente, la cola le hace cosquillas en las orejas. “¡Matou, ven aquí!”.

En respuesta, un maullido molesto. Entonces el felino se posa sobre ella, sus patas a los lados de su cuello como para un abrazo. Y lame algunas lágrimas de las mejillas ardientes. Ruidos de cristales rotos vienen de la calle. Una luna invitante parpadea desde los tejados. Abandonar y encontrar... deambular, en ambos lados de la frontera. ¿Es necesario perderse para encontrar el sentido del retraso? Recuerda el sueño. Tal vez solo está caminando a través de la sombra de lo que siempre pensó que era bueno. Libertad. Quién sabe si un deseo sin límites trazará nuevos caminos entre la bóveda estrellada y la moral empobrecida... Bosteza. El alba corta los lazos de la noche, pero todavía ella tiene sueño.

A la mañana siguiente en el contestador, un mensaje de Carmen, la amiga española que ahora reside definitivamente en París.

—Esta noche conocerás a alguien especial. Iré con él y con Juan. Traeremos el vino.

—¡Oh, no! ¡Hasta los españoles ahora! —Geneviève se queja, pero no quiere cancelar la cita.

Se viste al ritmo de la *Sonatine bureaucratique* de Satin y se va al trabajo.

Y por la noche conoce a Francisco, alto y larguirucho, con ropa demasiado holgada, maneras torpes y amables. Detrás de las gruesas lentes miopes se pueden vislumbrar ojos marrones veteados de verde como si provinieran de una luz diferente.

“Al menos no me arriesgaré a enamorarme de él”, piensa Geneviève.

Francisco se ve desaliñado, pero no desagradable. Sus manos afiladas acompañan una voz persuasiva que se torna fervorosa al discutir. Se sonroja y no sonríe ante los chistes groseros del marido de Carmen. Su humor es, por el contrario, sutil y razonado. Geneviève lo observa: es joven, pero ya un experto en controlar sus emociones. Con alguien así nunca podría vivir, quién sabe qué aburrido.

Se hizo tarde, Matou se durmió. Antes de despedirse, Carmen le pregunta si puede acoger a Francisco, que por motivos políticos no puede volver a España ni quedarse más tiempo con ella. ¿Aceptas? Bueno... solo hay una cama, prestó el colchón de repuesto y...

—No te preocupes, dormiré en la silla. Pero si hay otros problemas, no importa... —Interviene Francisco, avergonzado.

Después de momentos de vacilación, Geneviève acepta. Francisco se acuesta de un lado, subiéndose las cobijas hasta las orejas.

Pero a partir de las pocas frases de circunstancia, no sin vergüenza, su conversación arranca por caminos más personales. Detrás de su modestia, Geneviève intuye una vida de decisiones difíciles y pocas satisfacciones. Siente una extraña sensación de solidaridad. Recién hacia el alba se duerme, sin dejar de sentir la presencia del otro a su lado. Se da cuenta de que está gimiendo en sueños y siente como si una mano le estuviera acariciando el cabello. Por la mañana atrapa la mirada de Francisco como un *abat-jour* que se ha quedado a velarla toda la noche. Ella le sonríe. Geneviève se desliza fuera

de la cama. Al salir del baño, un buen olor a café y tostadas la recibe: Francisco ha preparado el desayuno y ahora busca comida para Matou.

Después del desayuno, Geneviève lo ve ir hacia la puerta, listo para irse. ¿Y si le pasara algo? Imagina un ser perdido en la orilla opuesta a la tuya. Lo tira de la chaqueta.

—Puedes quedarte si quieres...

Él contiene la respiración. Pasa la chaqueta de un brazo al otro. Y la chaqueta se cae. Se agacha para recogerla. Y levantándose, le da un cabezazo a un rincón. Reprime una maldición y se sonroja:

—Gracias, pero no quiero abusar...

Ella se ríe y agita el manojito de llaves.

—No te dejaré esto —dice—, pero te contaré un secreto: al presionar un botón debajo del pomo de la puerta ventana, puedes volver a entrar.

* * *

El sonido de la campana. Las dos amigas se sientan en el sofá. Joelle mira a Consuelo con ansiedad:

—¿Entonces, qué piensas? ¿Podría incluir esta historia en mi libro? Quiero un juicio franco, como siempre.

Consuelo cierra el cuaderno de golpe, visiblemente avergonzada. Matou, dormitando a su lado, salta y la mira.

—Bueno, Jo: apesta.

—¿Cómo dices?

—Es irreal, formulista, pretencioso, y azucarado. ¿Dónde está tu desapego, tu sarcasmo habitual? Este personaje es un

cliché autobiográfico desprovisto de matices, arruinaría la colección.

—Pero hay un poco de todo —se defiende Joelle—. ¡Hasta cierta autoironía! Después de todo, la protagonista se burla de su propia desesperación.

—No parece suficiente. Lo que emerge es una figura unidimensional, en un mundo improbable. ¿Qué es, una especie de regresión infantil la tuya? Ni siquiera en los cuentos de hadas existe tal cosa.

—Me enamoré de la persona equivocada, tal vez por eso perdí el ánimo.

—¡Oh, pero compláceme! La verdad es que tienes un “olfato” increíble para meterte en enredos amorosos insolubles. Entonces entras en crisis regularmente, distorsionas la realidad y te absuelves. Es una compulsión a repetir la tuya, ¿cuándo vas a parar?

—Pero en la historia es casi todo cierto... Conoces mis aventuras y...

Joelle espanta un mosquito y coloca un repelente en la ventana. Consuelo enciende un cigarrillo y le pasa los fósforos para que lo encienda.

—Sí, tus aventuras... Precisamente porque las conozco podría leerlas de otra manera. Renzo, por ejemplo, que llamaste Renato en la historia. Tenía tantos defectos, pero tú lo obsesionabas con tus celos y tus “refinamientos” existenciales... ¿Crees que siempre has tenido razón?

Joelle enciende un fósforo tras otro y los rompe. En el apartamento de enfrente bailan unos jóvenes, la música está

muy alta. Ella marca el ritmo con el pie. Consuelo inhala otra calada y continúa.

—Tú no has sido una campeona de lealtad. Y te ves arras-trada a aventuras de todo tipo que tal vez ni siquiera son reales...

—¡Aquí está la sibila! ¿Quieres decir que me lo inventé todo? Y aunque lo fuera, ¿no dijo Marx que el mundo solo necesita ser consciente de su sueño para verlo hecho realidad? Bueno, ¡ese sueño para mí está en la comunicación!

Joelle se pasea por la habitación y habla rápidamente. En la televisión, los planos de un wéstern que nadie ve.

—¿Quieres concreción? ¡Cuidado: sobre el asfalto en frente todavía hay un rastro de sangre de la mujer asesinada, y mira esa pequeña araña corriendo por la pared!

—¡Sí, arañas! Míralas: una de ellas acaba de atrapar una mariposa. ¡La naturaleza es despiadada y voraz, querida! Y los humanos no somos más que carroña, más o menos conscientes, más o menos hábiles para hundir a otros que se ahogan... Pero, ¿qué describes? Una enfermera de la Cruz Roja de la existencia con el único defecto de confiar demasiado en los demás. De verdad, amiga mía, ¿te crees así?

Joelle apaga la televisión y se aleja. Deja caer los brazos a los costados y toma una actitud de superioridad.

—Ya ves —articula— que el carácter de este personaje debe entenderse en dos niveles, existencial y psicológico. Del sueño está claro que la libertad...

—¡Pero deja tu sermón! ¿De qué libertad estás balbu-ceando? ¡La libertad como posible hoy, especialmente para nosotras las mujeres, es un miserable nido de espinas!

—Y *voilà* ya viene la política... y de la manera masculina habitual. ¡Eres una prisionera de tu papel, querida, y tienes la sagacidad de un topo!

Las dos mujeres se enfrentan, con la cara roja. Sobre esos temas, como siempre, terminarán discutiendo. Firma exitosa en un periódico de izquierda, Consuelo no se rinde fácilmente. Tiene convicciones de granito y odia los discursos abstractos. Joelle confía en ella: sabe que la quiere, que trata de mantenerla con los pies en la tierra. Es unos años mayor que ella y se ha consolidado en su difícil profesión. Su opinión debe ser tenida en cuenta. Pero esta noche es insoportable... Joelle la observa: menuda y altanera, su rostro oliváceo y cuadrado medio oculto por sus lentes, ahora atormenta el camafeo que cuelga del collar. ¿Quién te crees que eres con esa arrogancia?

—¿Terminaste, Joelle? No quiero discutir contigo. Además, es tarde... —Consuelo, bostezando, se dirige hacia la puerta. Su amiga no la ayuda a ponerse la chaqueta. En las escaleras, la española se gira para saludar— ¿Estás segura, Joelle, de que nunca la has cagado?

Joelle vuelve a entrar y cierra la puerta. Ni siquiera una estrella en el cielo... Un manto de brea envuelve la ventana. Cielo sepia. Imágenes de tomates rojos en contraste con pasta hervida, blanca como la piel de un muerto. No salió como en la historia. No exactamente. La mujer había muerto allí abajo, pero al menos tendría tiempo de pedir ayuda. En cambio, ella se había quedado allí para seguir la escena. Cobardía y curiosidad morbosa, ciertamente no Geneviève-bondad. ¡Dios mío! En el manto de tinta, como un techo sobre la ciudad, ahora es solo un punto: un pequeño agujero negro. El vidrio

refleja solo concreto y tierra. No somos más que bultos de apariencia, al contrario, no: carroñas corriente... como dice la querida Consuelo-periodista-consagrada.

¡Al diablo, al infierno! Empujando sus brazos hacia atrás, retrocede bruscamente. Choca contra algo en el suelo, trata de evitarlo y aterriza sobre la cola del gato. Llorando, abraza a Matou, casi asfixiándolo en su agarre. Pero el felino se retuerce libre soplando. ¡Al diablo el gato también, maldito sea! Al diablo la Joelle-escritora-fracasada y esa cabrona de Consuelo.

Y en ese instante ve el camafeo de su amiga cerca del sofá. El vidrio se revienta y la foto de la madre fallecida se desborda. Joelle la mira fijamente durante unos momentos. A Consuelo le importa mucho ese camafeo: es de su madre, muerta en las prisiones franquistas. ¿Por qué ahora recuerdas “El pescador y el genio”, el cuento de *Las mil y una noches*? Pisotea violentamente el camafeo: ¿por qué ese maldito pescador liberó al Genio de la botella? Durante siglos esperó la libertad, hasta que la esperanza no fue más que un deseo de venganza... ¿Por qué exponer al ridículo sus sentimientos embotellados? Se agacha para recoger los restos de la foto. Cuando suena el timbre está terminando de arrancar los últimos pedazos.

—¿Dejé el camafeo aquí, Joelle? —Consuelo jadea. Debe haber subido corriendo las escaleras.

—No. Aquí no has perdido nada.

—¿Seguro? Probemos a mirar, por favor... —Consuelo la empuja a un lado para entrar.

La bofetada golpea a Joelle en la cara, haciéndola vacilar. A cuatro patas, la amiga se dispone a recoger los trozos.

EL SUEÑO DE LOS DELFINES

Delfina nadaba entre las olas de un océano sin nombre, cuando el cormorán aterrizó en la roca bordeada de luna: “Morirás la noche de San Lorenzo”, espetó.

“La noche de las estrellas fugaces...”, susurró Delfina. “¡Pero tú no eres una estrella, gorda!”, se rio el cormorán. Delfina lo ignoró. “Todavía hay tiempo”, se dijo, “esta es la noche de San Juan”.

La noche mágica de San Juan, cuando el fuego penetraba el agua haciéndola temblar con una ola caliente y voluptuosa y los peces se lanzaban, buscando en todas direcciones a alguien a quien abrazar. Delfina también sintió una vibración, desde la cola hasta las neuronas.

“Todavía hay tiempo”, jadeó, “esta noche, tal vez, llegue un delfín”.

“No hay delfines, gorda”, graznó el cormorán.

Y los pájaros a su alrededor cantaron: “No hay delfines, gorda”.

Y las gaviotas y los peces reían, apartándose de la mueca de los tiburones, sus dientes blancos, afilados como espadas.

No hay delfines... Las formas grises de los tiburones oscurecían el horizonte como una barrera infranqueable. ¿Quién era ella entonces? ¿Quizás solo había soñado con vivir en la comunidad de delfines? Sin embargo, recordaba las miradas, las historias, la llegada de los depredadores que se habían apoderado de los mares.

Recordaba el momento en que los tiburones habían rodeado la bahía. Querían evitar su viaje al universo de los sonidos que aguardaban el lenguaje de los delfines. Entonces tenía un compañero de juegos, un delfín de ojos muy abiertos, más blanco que la nieve. Cachorro de Nieve, de hecho. Había aprendido a mezclarse como un camaleón. Él solo había cruzado la barrera. Ella lo había visto. Ella estaba segura de eso. Delfina lo imaginaba en un océano de olas color ciruela y peces con alas o ruedas, o peces catapulta, que saltaban a la orilla. Volvería por ella. O ella lo habría alcanzado, en una de esas largas noches sin luna, cruzando milagrosamente la barrera de los tiburones. ¿Pero cómo? Cerró los ojos y los volvió a abrir, y nuevamente se encontró con que estaba sola. Los tiburones, en cambio, eran muchos y amenazantes: depredadores, que devoraban a cualquiera a la vista y, al no encontrar nada más, se devoraban unos a otros. Criaturas sombrías e insondables, listas para ahuyentar o aplastar a aquellos que se aventuran en lo que ahora consideran su territorio. Pero el océano, pensó, era de todos, peces grandes y pequeños, libres de ir tan lejos que ni siquiera podían imaginarlo.

¿No era ese el caso antes? ¿No sería ese el caso en el mundo de los delfines? “El mundo de los delfines es una ilusión”, cantó una sirena desde arriba de la barrera. “¡No, no, no, no!”

Delfina meneó la cabeza y la cola varias veces, perturbando a los peces globo en su danza de amor.

“¡Cachorro de Nieve!”, gritó a la noche. Y dirigió una oración a la Luna:

“Oh gran Luna, antes de que se cumpla mi último día, dime si hay alguien con quién vivir el sueño de los delfines”.

En ese momento, otro estremecimiento recorrió la espalda de Delfina, y una señal inconfundible anunció la llamada telepática:

“Es él”, pensó, y una ola ámbar pareció darle la bienvenida en un cuenco de miel.

Ese pensamiento la envolvió como una llama de San Juan, una noche de brujas y elfos que bailan sobre las olas y las llamas para dibujar sueños. El sueño de los delfines. Delfina recordó el día que decidieron, después de muchas consultas, traspasar la barrera. A cualquier costo. Nariz dura contra los tiburones. Para librar al mundo de esas sombras oscuras. Porque era imposible tener un universo cerca y no poder tocarlo.

¡Así que al ataque! ¡Ataquen, delfines! ¡Al ataque, pacíficos nadadores, obligados a luchar para salvarse!

El impacto con la barrera gris fue tremendo, la resistencia de los delfines vigorosa y tenaz, y también se produjeron inesperadas consecuencias. De alguna manera se deslizaron sobre la barrera, pero después de un tiempo se convirtieron en tiburones y comenzaron a devorar a sus semejantes. Otros se sometieron, deslumbrados por el ojo redondo de los asesinos del mar y dieron caza a sus camaradas. Otros se volvieron locos, gritando en la noche que no había un mundo nuevo más allá de la barrera.

Finalmente, un grupo logró batirse en retirada y consumió muchos amaneceres y atardeceres en la elaboración de planes. Entonces, una mañana, ciegos por el sol y los horizontes, los delfines se lanzaron contra la barrera. Delfina, pequeña y redonda como un pez globo, ya rodaba en las fauces de los tiburones cuando una estrella, cayendo en ese océano de esperanzas perdidas, dibujó un círculo luminoso, haciéndola invisible a los ojos de los asesinos. Ella fue la única sobreviviente.

A salvo, pero prisionera.

¿Y si se empujaba a salir?

Quería tener el horizonte a su alrededor y, en cambio, su espacio todavía estaba restringido. Ahora solo tenía un pequeño círculo para nadar y pensar si quedaba alguien en el mundo de los delfines. Ella había llamado y llamado usando el alfabeto telepático, pero solo los cormoranes que custodiaban el círculo de estrellas respondieron burlándose de ella. Alguien, sin embargo, había logrado superar la barrera: Cachorro de Nieve, su compañero de juegos. Ella estaba segura de eso. Lo había visto, su lomo tan blanco y deslumbrante como la nieve, confundiendo a los tiburones y desapareciendo en el sol, mientras el círculo de luz la llevaba de espaldas, en una zona gris, de este lado de la barrera.

Delfina observó el mundo de los tiburones y los peces a su alrededor que circulaban sumisamente. Estaba derramando lágrimas de ira. Quería volver a intentarlo, arrojarse contra la barrera.

Así pasaron muchos amaneceres y atardeceres. El sueño de los delfines parecía cada día más incierto y lejano.

¿Pero había existido realmente?

Si al menos hubiera alguien, otro ser que conociera el sueño de los delfines.

Alguien, sin embargo, ahora estaba contactando a Delfina. Una voz se colaba en los pensamientos, resonando versos, topacios entre la ola y la impalpable arena del tiempo. Cachorro de Nieve.

Respondió Delfina.

Y se reflejó en las fuentes de angustia, sació la sed de los silencios ardientes. Había dos voces en el diapasón de la misma noche. Noche de hadas y elfos que ofrecieron guirnaldas de conchas y una alfombra de viento entrelazada con los pensamientos de los amantes.

¿No es eso, el amor? Delfina se estremeció, atravesada por otro telépata:

“Mi vida... esta noche para nosotros es la noche de los incendios. Se quema leña en perchas elevadas como altares paganos, cuerpos entrelazados, brujas y lémures deslumbrados por estrellas metropolitanas se prenden fuego en las hogueras. La multitud se desborda, desbordando las riberas amuralladas del río, invade las plazas, cruza el puente, se convierte en un rostro anónimo, magnético como la luna que domina el resplandor. Arcaico. Polimórfico. Cruel e inmortal. Para nosotros la carne y el océano viven la simbiosis de una noche, bajo las limas brotando de fragantes lágrimas, mientras una voz lejana y profunda de una orilla a otra grita: ‘La muerte vendrá y tendrá tus ojos’. Y nace un poema dibujado entre arco y arco, estatua y estatua, sin sentido preciso, si no su destino interior. El deseo de llegar a un rostro querido, una

voz que renueve el hilo de la vida en la fatigada respiración del abandono de uno mismo”.

Copos de oscuridad bordeados de luz siguieron la noche de los fuegos, preguntas tácitas, versos robados al sol despiadado.

“Mi vida, mi vida...

Cachorro de Nieve, tu voz es el desierto que desdibuja la distancia, es un cuaderno azul arrugado por el cielo indiferente, madrugada precoz. No son más que el eco de una voz que enciende los pensamientos, un cuerpo que arde de ausencia.

Mi vida, la muerte es mi jardín verde de océano y soledad. ¿Es eso el amor?”.

“Tu hora llegará en la noche de San Lorenzo”, se rio entre dientes el cormorán.

“Estoy aquí, estoy aquí, gran Luna. Estoy aquí, concédeme, por favor, un solo deseo”, rogó Delfina, siguiendo con la mirada a una estrella fugaz, “déjame abrazar una sola vez al Cachorro de Nieve”.

Pero, desde el fondo del océano, un torbellino de brea la absorbió aullando.

“Tu hora llegará en la noche de San Lorenzo”, croó el cormorán.

Delfina agitó la cola varias veces. Una migaja de estrella superó su caída.

“Mi vida”, murmuró una voz desde un lado.

“¡Cachorro de Nieve!”, exclamó Delfina, y acercó la figura blanca que brillaba en el oscuro telón de fondo. Ella lo abrazó. Pero el delfín comenzó a desmoronarse, dejando solo el eco de una voz.

“Mi vida”.

Una voz de grabadora atascada.

“Un muñeco de nieve”, gritó Delfina, “era solo un muñeco de nieve”.

Y en el abismo, su corazón se apretó como una soga.

“Llegará tu hora en la noche de San Lorenzo”, lanzó desde arriba el cormorán.

En el remolino, Delfina se atragantaba.

“Cachorro de Nieve,” murmuró, todavía pensando ver un delfín, y extendió los brazos hacia la forma blanca que la apuntaba directamente. Pero un acordeón de dientes, afilados como espadas, abrió sus gigantescas fauces. Delfina gritó cuando un remolino de arena y lágrimas la succionaron hasta el fondo.

—¿Qué pasa, cariño, qué cachorro? No tenemos cachorros ni niños, ¿recuerdas?

Una mano segura la acaricia ahora. Toca esos dedos delgados, su rostro ahuecado por arrugas y cicatrices, similares al de ella. Reconoce la casa en la que están segregados.

—Delfines —murmura— el sueño de los delfines.

—Qué delfines, aquí solo hay cemento, y tu sueño inquieto, amor. Ven aquí.

Amor... Abraza a este hombre del que conoce el olor. Ahora recuerda los preparativos, las acciones guerrilleras, sus muertos abandonados en la acera, los sueños perdidos en las plazas. Piensa en el momento en que los capturaron, los hirieron, los separaron.

Y, finalmente, segregados allí.

De afuera ruidos hostiles.

Mi vida...

Todavía el recuerdo de una voz dentro de ella.

En el loco reloj de arena, un día ella creyó, esperaba que el amor la llevara más allá de ese alambre de púas.

Solo el tiempo de un respiro, la trayectoria de una estrella caída.

Pero el delfín tenía aletas de plástico y dientes de tiburón.

Mi vida...

—El control llegará pronto —dice ella ahora.

Besa al hombre que está a su lado en esa maldita vida.

¿Es eso el amor?

Se pega a él como un caparazón, para sofocar la voz que resuena como un eco...

Mi vida...

ÍNDICE

Primera parte / 7

Recordando a Libo / 9

La niña / 17

El registro / 26

Vania / 31

Argentina / 38

El tribunal / 44

Minino Miao / 54

La rosa negra / 60

Las tres Gracias / 68

Princesa / 78

Como acompañamiento / 85

Un benefactor / 93

Tortugas / 98

Segunda Parte / 107

El certificado / 109

El anestésico / 132

El monstruo del arrecife / 153

La provincia del Faro / 168

El 105 / 185

Claroscuro (Cliché) / 207

El sueño de los delfines / 228

Prueba de vida

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela,
Octubre de 2023



Desde una prisión especial, en Italia, donde cumple una larga condena, una exguerrillera dibuja los contornos de un mundo roto tras la caída de la Unión Soviética y la derrota de las hipótesis que se creían posibles en el siglo pasado. A partir de los recuerdos de la protagonista y de sus encuentros en prisión con reclusas que enfrentan un presente de sufrimiento y exclusión, toma forma *Prueba de vida*, de Geraldina Colotti. Una novela circular en la que los personajes tropiezan periódicamente con la amarga toma de conciencia, dejando entrever, desde el fondo del abismo, algún tipo de esperanza que centellea en el pedregoso suelo del pasado.

GERALDINA COLOTTI

Nació el 12 de abril de 1956, en Ventimiglia (Italia). Es graduada en Filosofía por la Universidad de Genova (Italia) y en periodismo. Es poeta, escritora y traductora. Ha publicado en varios idiomas. De sus libros publicados en Venezuela podemos destacar la novela *El secreto* (El perro y la rana); *Lo vi no me lo contaron* (Vadell Hermanos Editores); *Oscar Arnulfo Romero. El santo de los pobres* (El perro y la rana) y *Después de Chávez. Cómo nacen las banderas* (El perro y la rana–Vadell Hermanos). Tradujo e hizo la introducción al italiano del libro *Hugo Chávez. Así empezó todo* (Vadell Hermanos); el ensayo *Asedio a Venezuela*, en coautoría con Gustavo Villapol y Verónica Díaz (Vadell Hermanos); la antología *Poesía contra el bloque* (Vadell Hermanos). Y estuvo a cargo de la revisión e introducción de la traducción italiana de *Alex Saab, lettere di un sequestrato* (Multimage). En la actualidad es corresponsal de Resumen Latinoamericano y del Cuatro F, por Europa; directora de *Le Monde diplomatique* (edición italiana), pertenece a la Red Europea de Solidaridad con la Revolución Bolivariana; es integrante del Secretariado Internacional del Consejo Nacional e Internacional de la Comunicación Popular (Conaicop); de las Brics-Psurv; de la Red de Intelectuales en Defensa de la Humanidad y del Colectivo internacionalista Vientos del Sur. Es militante del PSUV y vocera del Movimiento Free Alex Saab Italia. Participó en el conflicto social de los años 70 y 80 en Italia, y cumplió una condena de 25 años por su militancia en la organización guerrillera Brigadas Rojas.

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA